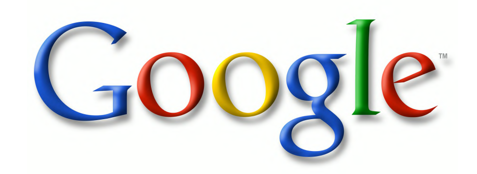
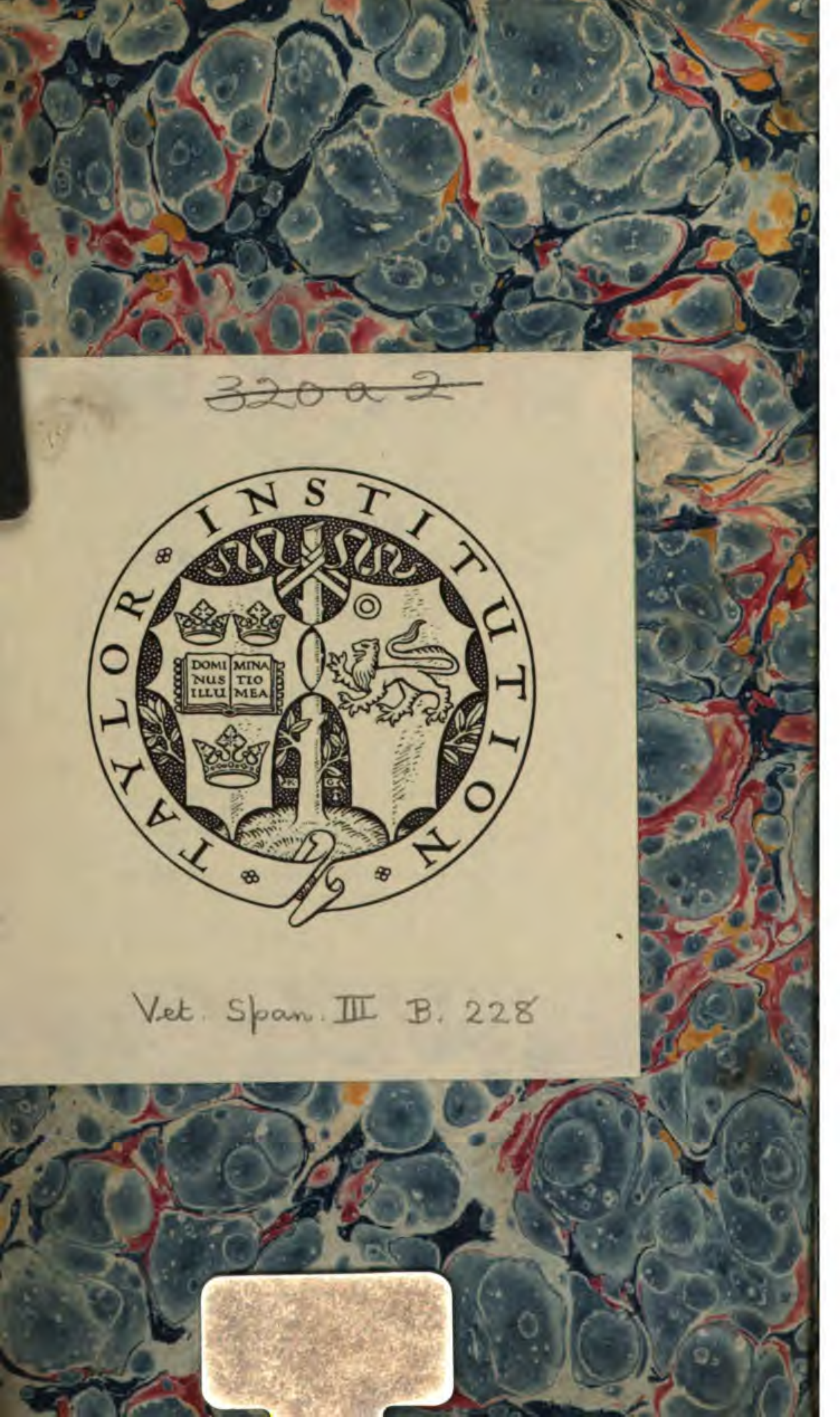
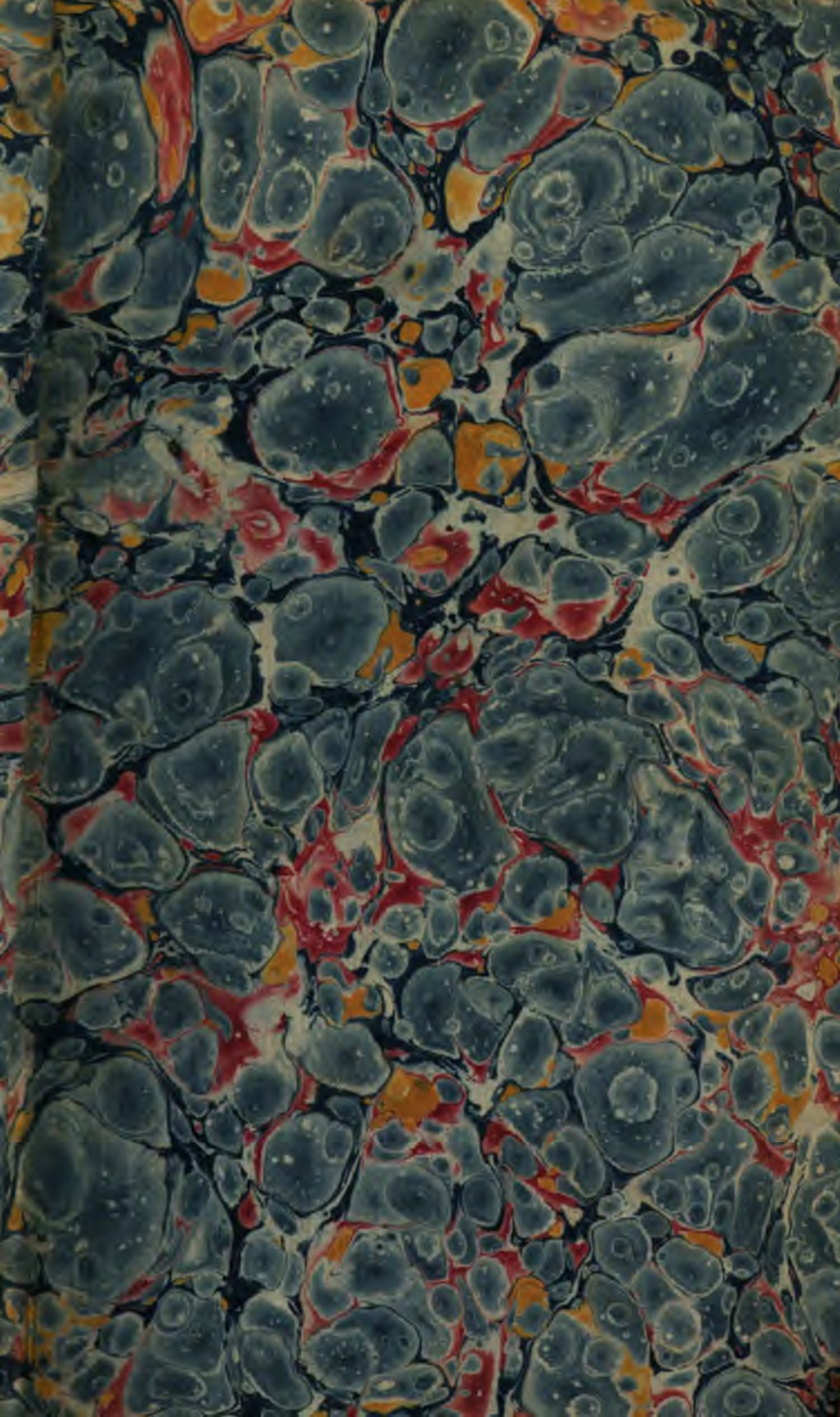






3200 a 2
TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA



ORÍGENES

DEL TEATRO ESPAÑOL.

PARTE SEGUNDA.

COLECCION DE PIEZAS DRAMÁTICAS ANTERIORES Á LOPE DE VEGA.

OBRAS

DE

D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN,

DADAS Á LUZ POR LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO I.

ORÍGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

PARTE SEGUNDA.



MADRID:

POR AGUADO, IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Y DE SU REAL CASA.

1830.


OF THE TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
22 JUL. 1938
OF OXFORD

ADVERTENCIA.

El asunto de la estampa de esta segunda parte se ha tomado de la *Eufemia*, comedia de Lope de Rueda, acto cuarto, escena tercera, y representa á la criada *Cristina* en accion de pedir al simple *Melchor* la carta de *Leonardo* para *Eufemia*, mientras ésta se lamenta de las malas nuevas que ha escuchado. El original pintado al oleo es obra de don José Ribelles, pintor de cámara de S. M., quien lo ha ejecutado gratuitamente.

COLECCION
DE PIEZAS DRAMÁTICAS
ANTERIORES
Á LOPE DE VEGA.

RODRIGO DE COTA.

DIÁLOGO.

OBRA de Rodrigo Cota á manera de diálogo entre el Amor y un Viejo, que escarmentado de él, muy retraido se figura en una huerta seca y destruida, do la casa del placer derribada se muestra, cerrada la puerta en una pobrecilla choza metido, al que súbitamente paresció el Amor con sus ministros, y aquel humildemente procediendo, y el Viejo en áspera manera replicando, van discurriendo por su fabla, fasta que el Viejo del Amor fue vencido.

VIEJO.

Cerrada estaba mi puerta:
¿á qué vienes, por do entraste?
di, ladron, ¿por qué saltaste
las paredes de mi huerta?
La edad y la razon
ya de tí me han libertado:
deja el pobre corazon
retraido en su rincon
contemplar cual le has parado.
La beldad de este jardin
ya no temo que la halles,

ni las ordenadas calles,
ni los muros de jazmin,
ni los arroyos corrientes
de vivas aguas potables,
ni las albercas y fuentes,
ni las aves producientes
los cantos tan consolables.
Ya la casa se deshizo
de sotil labor extraña,
y tornóse esta cabaña
de cañuelas de carrizo.
De los frutos hice truecos
por escaparme de tí,
por aquellos troncos secos,
carcomidos, todos huecos
que parescen cerca mí.
Sal del huerto, miserable,
ve á buscar dulce floresta,
que tú no puedes en esta
hacer vida deleitable.
Ni tú ni tus servidores
podeis bien estar conmigo;
que aunque esten llenos de flores,
yo sé bien cuantos dolores
ellos traen siempre consigo.

AMOR.

En tu habla representas
que no me has bien conoscido.

VIEJO.

Sí que no tengo en olvido
como hieres y atormentas.

AMOR.

Escucha, padre, señor,
que por mal trocaré bienes,
por ultrages y desdenes
quiero darte grande honor:
á tí, que estás mas dispuesto
para me contradecir;
asi tengo presupuesto,
de sofrir tu duro gesto,
porque sufras mi servir.

VIEJO.

Habla ya, di tus razones,
di tus enconados quejos,
pero dímelos de lejos,
el aire no me inficiones,
que segun sé de tus nuevas,
si te llegas cerca mí,
tú farás tan dulces pruebas,
que el ultrage que hora llevas
ese lleve yo de tí.

AMOR.

Comunmente todavía
han los viejos un vecino,

enconado, muy malino,
gobernado en sangre fria:
llámase melanconía
amarga conversacion:
quien por tal extremo guia
ciertamente se desvia
lejos de mi condicion.
Mas despues que te he sentido
que me quieres dar audiencia,
de mi miedo muy vencido,
culpado, despavorido,
se partió de tu presencia.
Este moraba contigo
en el tiempo que me viste,
y por esto te encendiste
en rigor tanto conmigo.
Donde mora este maldito
no jamas hay alegría,
ni honor, ni cortesía,
ni ningun buen apetito;
pero donde yo me llego
todo mal y pena quito,
de los hielos saco fuego,
y á los viejos meto en juego,
y á los muertos resucito.
Yo compongo las canciones,
yo la música suave,
yo demuestro al que no sabe
las sotiles invenciones:
yo fago volar mis llamas

por lo bueno y por lo malo,
yo hago servir las damas,
yo las perfumadas camas,
golosinas y regalo.
Visito los pobrecillos,
huello las casas reales,
de los senos virginales
sé yo bien los rinconcillos:
mis pihuelas y mis lonjas
á los religiosos atan:
no lo tomes por lisonjas,
si no ve, mira las monjas,
verás cuan dulce me tratan.
Yo hago las rugas viejas
dejar el rostro estirado,
y sé como el cuero atado
se tiene tras las orejas,
y el arte de los ungüentes
que para esto aprovecha:
sé dar cejas en las frentes,
contrahago nuevos dientes
do natura los desecha.
Yo las aguas y legías
para los cabellos rojos,
aprieto los miembros flojos,
y do carne en las encías:
á la habla tremulenta,
turbada por senectud
yo la hago tan exenta,
que su tono representa

la forma de juventud.
En el aire mis espuelas
fieren á todas las aves,
y en los muy hondos concaves
las reptillas pequeñuelas.
Toda bestia de la tierra
y pescado de la mar
so mi gran poder se encierra,
sin poderse de mi guerra
con sus fuerzas amparar.
Pues que ves que mi poder
tan luengamente se extiende,
do ninguno se defiende
no le pienses defender,
y á quien á buena ventura
tienen todos de seguir,
recibe, pues que procura
no hacerte desmesura,
mas de muerto revivir.

VIEJO.

Maestra lengua de engaños,
pregonero de tus bienes,
dime agora, ¿por qué tienes
so silencio tantos daños?
Que aunque mas doblado seas
y mas pintes tu deleite,
estas cosas do te arreas
son deformes caras feas,
encubiertas del afeite.

Y como te glorificas
en tus deleitosas obras,
¿por qué callas las zozobras
do lo vivo mortificas?
Di, maldito; ¿por qué quieres
encobrir tal enemiga?
Sábete que sé quien eres,
y si tú no lo dijeres
que está aqui quien te lo diga.
El libre haces cautivo,
al alegre mucho triste,
do ningun pesar consiste
pones modo pensativo:
tú ensuciaste muchas camas
con aguda llama fuerte,
tú mancillas muchas famas,
y tú haces con tus llamas
mil veces pedir la muerte.
Tú hallas las tristes yerbas
y tú los tristes potages,
tú mestizas los linages,
tú limpieza no conservas,
tú doctrinas de malicia,
tú quebrantas lealtad,
tú con tu carnal cobdicia
tú vas contra pudicicia
sin freno de honestidad.
Tú nos metes en bollicio,
tú nos quitas el sosiego,
tú con tu sentido ciego

pones alas en el vicio.
Tú destruyes la salud,
tú rematas el saber,
tú haces en senectud
la hacienda y la virtud
y el autoridad caer.

AMOR.

No me trates mas, señor,
en contino vituperio,
que si oyeres mi misterio
convertirlo has en loor.
Verdad es que inconveniente
alguno suelo causar,
porque de el amor la gente
entre frio y muy ardiente
no saben medio tomar.
Razon es muy conoscida
que las cosas mas amadas
con afan son alcanzadas
y trabajo en esta vida.
La mas deleitosa obra
que en este mundo se cree
es do mas trabajo sobra,
que lo que sin él se cobra
sin deleite se posee.
Siempre uso de esta astucia
para ser mas conservado,
que con bien y mal mezclado
pongo en mí mayor acucia;

y revuelto alli un poquito
con sabor de algun rigor
el deseo mas incito,
que amortigua el apetito
el dulzor sobre dulzor.
Por ende si con dulzura
me quieres obedescer,
yo haré reconoscer
en ti muy nueva frescura:
ponerte he en el corazon
este mi vivo alborozo,
serás en esta ocasion
de la misma condicion
que eras cuando lindo mozo.
De verdura muy gentil
tu huerta renovaré,
la casa fabricaré
de obra rica y sotil,
sanaré las plantas secas
quemadas por los friores:
en muy gran simpleza pecas,
viejo triste, si no truecas
tus espinas por mis flores.

VIEJO.

Allégate un poco mas:
tienes tan lindas razones,
que sofrirte he que me encones
por la gloria que me das.
Los tus dichos alcahuetes,

con verdad ó con engaño,
en el alma me los metes
por lo dulce que prometes
de esperar en todo el año.

AMOR.

Abracémonos entramos
desnudos, sin otro medio,
sentirás en tí remedio
y en tu huerta frescos ramos.

VIEJO.

Vente á mí, mi dulce amor,
vente á mis brazos abiertos:
ves aqui tu servidor
hecho siervo de señor
sin tener tus dones ciertos.

AMOR.

Hete aqui bien abrazado:
dime, ¿qué sientes agora?

VIEJO.

Siento rabia matadora,
placer lleno de cuidado,
siento fuego muy crescido,
siento mal y no lo veo,
sin rotura estoy herido:
no te quiero ver partido,
ni apartado te deseo.

AMOR.

Agora verás, don Viejo,
conservar la fama casta:
aquí te veré do basta
tu saber y tu consejo.
Porque con soberbia y riña
me diste contradicion,
seguirás estrecha liña
en amores de una niña
de muy duro corazon.
Amarás mas que Macías,
hallarás esquividad,
sentirás las plagas mias,
fenesciendo viejos dias
en ciega cautividad.
Viejo triste entre los viejos,
que de amores te atormentas,
mira como tus artejos
parescen sartas de cuentas,
y las uñas tan crescidas,
y los pies llenos de callos,
y tus carnes consumidas,
y tus piernas encogidas
cuales son para caballos.
Amargo viejo, denuesto
de la humana natura,
¿tú no miras tu figura
y vergüenza de tu gesto?
¿y no ves la ligereza
que tienes para escalar?

¡Qué donaire y gentileza!
¡y qué fuerza y qué destreza
la tuya para justar!
¡Quién te viese entremetido
en cosas dulces de amores,
y venirte los dolores
y atravesarse el gemido!
Depravado y obstinado,
deseoso de pecar:
mira, malaventurado,
que te deja á tí el pecado,
tú no le quieres dejar.

VIEJO.

Pues en tí tuve esperanza
tú perdona mi pecar:
gran linage de venganza
es las culpas perdonar.
Si de el precio de el vencido
de el que vence es el honor,
yo de tí tan combatido
no seré flaco, caido,
ni tú fuerte, vencedor.

JUAN DE LA ENCINA.

ÉGLOGA.

Representada en la noche postrera de carnal (que dicen de antruejo, ó carnestollendas) á donde se introducen cuatro pastores llamados Beneito é Bras, Pedruelo é Lloriente: é primero Beneito entró en la sala, donde el duque é duquesa estaban, é comienzó mucho á dolerse é acuitarse, porque se sonaba que el duque su señor se habia de partir á la guerra de Francia, é luego tras él entró el que llamaban Bras, preguntándole la causa de su dolor, é despues llamaron á Pedruelo, el cual les dió nuevas de paz, é en fin vino Lloriente que les ayudó á cantar.

BENEITO.

¡Oh triste de mí, cuitado,
lacerado!
noramala acá nascí:
¿qué será triste de mí,
desdichado?
ya no hay huzia, mal pecado.

BRAS.

¡Ha! Beneito del Collado,
¿dónde vas?

BENEITO.

Miefé, miefé, miefé Bras,
de muerte voy debrocado.

BRAS.

Debrocado ya y mortal.

BENEITO.

É aun bien tal.

BRAS.

En mal hora é en mal punto:
dome á Dios que estás difunto.

BENEITO.

¡Ay! zagal,
no sabes aun bien mi mal.

BRAS.

Tu gesta bien da señal
de muy malo.

BENEITO.

Ya mas seco estoy que un palo,
que es mi mal mas desigual.

BRAS.

¿É de qué se te achacó?

BENEITO.

No faltó:
de cuido, grima y cordojo.

BRAS.

Asmo que debe ser ojo.

BENEITO.

Miefé, no:
dese mal no peco yo.

BRAS.

¿Desde cuándo te tomó
tu accidente?

BENEITO.

Desde que primeramente
una nueva se sonó.
É tal nueva descutir
es morir.
Yo siempre llanteo é cramo:
que se suena que nuestramo
se quiere á las Francias ir.

BRAS.

Eso yo lo oí decir
por muy cierto,
antes mucho de mes muerto,
é que al marzo ha de partir.

BENEITO.

Dime, Bras, ¿qué sentiremos
si lo vemos,
que se parte é que nos deja?
cuando un poco que se aleja
ya creemos
que del todo nos perdemos.

BRAS.

Miefé, Beneito, roguemos
por su vida,
que forzada es la partida,
por mas que nos quillotremos.

BENEITO.

¡Ah! no praga á Dios contigo,
é aun conmigo,
si has de salir verdadero.

BRAS.

¿É tú dudas, compañero?
yo me obrigo
ser verdad lo que te digo.

BENEITO.

¡Ay de mí! tan sin abrigo
mi ganado,
no quiere pacer bocado,
aunque lo lance en el trigo.

BRAS.

¡Oh qué casta tan aguda
la res muda
sentir el mal de su dueño!

BENEITO.

Mi ganado en verme el ceño
se demuda
como persona sesuda.

BRAS.

Beneito, no pongo duda,
que bien siento
que sentirás gran tormento
en quillotranza tan cruda.

BENEITO.

Tan cruda dices, é cuanto
yo me espanto
como no soy muerto ya.
En pensar que se nos va
ya no canto:
mi cantar es todo llanto.

BRAS.

Júrote á sant Pedro santo
que lo creo:
tan deslumbrado te veo
que me pones gran quebranto.

BENEITO.

Quebranto malo nos vino
¡Ay! mezquino.

BRAS.

¡Oh cuán desalmado sos!
roguemos por él á Dios
de contino,
porque lleve buen camino:
que dome á Dios que magino,
si el va allá,
que muy gran vitoria habrá,
que es muy diestro é de gran tino.

BENEITO.

Eso yo te lo aseguro,
é aun te juro
donde fuere su pendon,
que no falte corazon
huerte é duro,
cual es fortaleza é muro.

BRAS.

É aun con eso, no me curo
que se vaya
donde gran vitoria traya
por su gran esfuerzo puro.
É aun ahotas quel concierte
de tal suerte
la gente de su rebaño,

que en las Francias haga daño:
donde acierte
no es menester otra muerte.
Digo hey,
tiene gran cariño al rey,
é el rey le quiere muy huerte.
É por él se nos destierra
á la guerra;
allá volará su fama.

BENEITO.

Acá quedará nuestrama
en esta tierra,
donde todo el bien se encierra.

BRAS.

Asmo que en toda la sierra
hasta agora
nunca se vió tal señora.

BENEITO.

Quien eso no cree yerra.

BRAS.

Miefé yerra, é aun te digo
como amigo,
que de lo que mas me pesa,
de nuestrama la duquesa,
que me obrigo
que sienta gran desabrigo.

BENEITO.

¡Ah! no pese á sant Rodrigo,
que con eso
ya no tengo solo un hueso
que tengo salud conmigo.
Todo, todo me desnuelo
con gran duelo,
trasijado de cordojos,
hago laguna mis ojos
sin consuelo:
llanteando me desvelo,
allastrado por el suelo
de pesar,
no me puedo levantar
á poder hacer un pelo.

BRAS.

Calla, calla, dolorido,
pan perdido:
huzia en Dios que no se irá.
Pedruelo nos lo dirá,
si es venido,
que hoy al mercado era ido.

BENEITO.

Por amor de Dios te pido
anda Bras,
llámale, corre, verás
cual habrá nuevas oido.

BRAS.

Que me prace, juro á mí.
Guarda aquí.
¡Ah! Pedruelo, ¿estas acá?

PEDRUELO.

Acá estoy: asmo que ha.

BRAS.

¿Ques de tí?
fuístete, que no te ví.

PEDRUELO.

Pues bien tarde me partí
del ganado.

BRAS.

¿Hoy ha sido buen mercado?

PEDRUELO.

Bueno, miefé, pues vendí.

BRAS.

¿Qué llevabas de vender?
ora ver.

PEDRUELO.

Tres gallos é dos gallinas:
traje puerros é sardinas
por comer
el domingo á mi prazer.

BRAS.

Tal estaba
que no se me percordaba
la cuaresma que ha de ser.

BENEITO.

Asi te vea logrado;
pues que vienes del mercado,
tú me da
de las nuevas que hay allá.

PEDRUELO.

Miefé, dicen que estará,
si á Dios praz,
ya Castilla é Francia en paz,
que ninguna guerra habrá.

BENEITO.

¿No habrá guerra? di, mozuelo,
di, Pedruelo.

PEDRUELO.

No, que Dios anda en medio,
é el quiere enviar remedio
desde el cielo.
No tengas ningun rescelo,
toma, toma gran consuelo
que te prega.

BENEITO.

Yo te mando una borrega
de las que andan al majuelo:

pues me das nueva tan buena,
por estrena
te la mando, si no mientes.

PEDRUELO.

Dícenlo todas las gentes:
ya se suena,
toda la villa está llena.

BENEITO.

Hasme dado buena cena:
buenos ramos
habremos con nuestros amos
si Dios las paces ordena.

PEDRUELO.

Yo lo doy por ordenado,
Dios loado.

BENEITO.

Loado sea Jesú,
ruega, ruégaselo tú
con cuidado,
que eres zagal sin pecado.
Da cramor acelerado
con hemencia.

PEDRUELO.

¡Oh señor! por la cremencia
danos tiempo paciguado.

BRAS.

Todos, todos nos juntemos
y cramemos
al Señor muy reciamente.

BENEITO.

Ves, allí viene Lloriente.

PEDRUELO.

Comenzemos.

BRAS.

No comiences, esperemos:
ven, Lloriente, cantaremos.

LLORIENTE.

Que me praz.

BENEITO.

Roguemos á Dios por paz.

LLORIENTE.

Miefé, Beneito, roguemos.

VILLANCICO.

Roguemos á Dios por paz,
pues que de él solo se espera,
quel es la paz verdadera.
El que vino desde el cielo

á ser la paz en la tierra,
él quiera ser desta guerra
nuestra paz en este suelo.
Él nos dé paz é consuelo,
pues que del solo se espera,
quel es la paz verdadera.
Mucha paz nos quiera dar
el que á los cielos da gloria,
él nos quiera dar vitoria
si es forzado guerrear;
mas si se puede escusar,
denos paz muy placentera,
quel es la paz verdadera.
Si guerras forzadas son,
él nos dé tanta ganancia,
que á la flor de lis de Francia
la venza nuestro leon;
mas por justa peticion
pidámosle paz entera,
quel es la paz verdadera.

ÉGLOGA.

Representada en recuesta de unos amores, adonde se introduce una pastorcita llamada Pascuala, que yendo cantando con su ganado entró en la sala adonde el duque é duquesa estaban, é luego despues de ella entró un pastor llamado Mingo, é comenzó á requerilla, é estando en su recuesta, llegó un escudero que tambien fue preso de sus amores. Recuestando é altercando el uno con el otro, se la sonsacó é se tornó pastor por ella.

MINGO.

Pascuala, Dios te mantenga.

PASCUALA.

Norabuena vengas, Mingo.
¿Hoy ques dia de domingo
no estás con tu esposa Menga?

MINGO.

No hay quien allá me detenga,
quel cariño que te tengo
me pone un quejo tan luengo
que me acosa que me venga.

PASCUALA.

¡Eh! no praga á Dios contigo,

é aun con tu esposa Menguilla:
¿cómo dejas tu esposilla
por venirte acá conmigo?

MINGO.

Soncas, soncas, ¿no te digo
que eres zagala tan bella
que te quiero mas que á ella?
Dios lo sabe ques testigo.

PASCUALA.

Miefé, Mingo, no te creo
que de mí estés namorado;
pues eres ya desposado,
tu querer no lo deseo.

MINGO.

¡Ay Pascuala! que te veo
tan lozana y tan garrida,
que yo te juro á mi vida
que deslumbra si te oleo.
É porque eres tan hermosa
te quiero: mira, verás,
quiéreme, quiéreme mas,
pues por tí dejo á mi esposa;
é toma, toma esta rosa
que para tí la cogí,
aunque no curas de mí,
ni por mí se te da cosa.

PASCUALA.

¡Oh que chapados olores!
Mingo, Dios te dé salud,
é goces la juventud
mas que todos los pastores.

MINGO.

É tú dasme mill dolores:
dame, dame una manija,
ó siquiera esa sortija
que traya por tus amores.

PASCUALA.

Tirte, tirte allá, Minguillo,
no te quillotres de vero;
hete viene un escudero,
vea que eres pastorcillo;
sacude tu caramillo,
é tu hondijo é tu cayado;
haz que aballas el ganado,
silva, hurria, da gritillo.

ESCUDERO.

Pastora, sálvete Dios.

PASCUALA.

Dios os dé, señor, buen dia.

ESCUDERO.

Guarde Dios tu galanía.

PASCUALA.

Escudero, asi haga á vos.

ESCUDERO.

Tienes mas gala que dos
de las de mayor beldad.

PASCUALA.

Esos que sois de cibdad
perchufais huerte de nos.

ESCUDERO.

Deso no tengas temor
por mi vida, pastorcica,
que te hago presto rica
si quieres tener mi amor.

PASCUALA.

Esas trónicas, señor,
allá para las de villa.

ESCUDERO.

Vente conmigo, carilla,
deja, deja ese pastor.
Déjale, que Dios te vala,
no te pene su penar,
que no te sabe tratar
segun requiere tu gala.

MINGO.

Estate queda, Pascuala,

no te engañe ese traidor
palaciego, burlador,
que ha burlado otra zagala.

ESCUDERO.

Hideputa, avillanado,
grosero, lanudo, brusco.

MINGO.

¡Ah! no praga Dios con vusco,
porque venís muy pendado.

ESCUDERO.

Cura allá de tu ganado,
calla, si quieres, matiego.

MINGO.

Porque sois muy palaciego
presumís de corcovado:
¿cuidais que los aldeanos
no sabemos quebrajarnos?
No penseis de sobajarnos
esos que sois cibdadanos,
que tambien tenemos manos
é lengua para dar motes,
como aquesos hidalgotes
que presumís de lozanos.
Anda acá, Pascuala, vamos,
no paremos ques ya tarde.

ESCUDERO.

Por vida de quien..... Aguarde
porque mas nos entendamos.

PASCUALA.

Espera, Mingo, veamos.

ESCUDERO.

¡Oh bendita tal zagala!
yo te doy mi fe, Pascuala,
que no nos desavengamos.
Pénasme por solo verte
é con tu vista me aquejas,
si tú te vas é me dejas
muy presto verás mi muerte:
no me trates de tal suerte,
pues que yo te quiero tanto.

MINGO.

Júrote á sant Junco santo
que la quiero yo mas huerte.

ESCUDERO.

¿Qué aprovecha tu querer,
que no tienes que le dar?
que la fe é el bien amar
en las obras se ha de ver.

MINGO.

Yo te juro á mi poder
que le dé yo mill cosicas,

que aunque no sean muy ricas
serán de bell parescer.

ESCUDERO.

Dime, pastor, por tu fe,
¿qués lo que tú le darás,
ó con qué la servirás?

MINGO.

Con dos mill cosas que sé.
Yo, mi fe, la serviré
con tañer, cantar, bailar,
con saltar, correr, luchar,
é mill donas le daré.
Daréle buenos anillos,
cercillos, sartas de prata,
buen zueco, buena zapata,
é manguitos amarillos;
Manto, saya, sobresaya
é alfardas con sus orillas,
almendrillas é manillas,
para que por mí las traya.
É frutas de mill maneras
le daré desas montañas,
nueces, bellotas, castañas,
manzanas, priscos é peras;
dos mill yerbas comederas,
cornezuelos, botiginas,
pies de burro, zapatinas,
é gavanzas é acederas.

É aun daréle pajarillas,
codornices é zorzales,
gergueritos é pardales,
pegas, tordos, tortolillas.
¿Cómo no te maravillas?

ESCUDERO.

Calla, calla, que es grosero
todo cuanto tú le das:
yo le daré mas é mas,
porque mas que tú la quiero.

MINGO.

Miefé, señor Escudero,
ella diga quién le agrada,
é de aquel sea adamada
aunque yo la amé primero.

ESCUDERO.

Pláceme que sea asi,
pues que quieres que asi sea;
é luego, luego se vea
antes que vamos de aqui:
é tú mesmo se lo dí
porque despues no te quejes;
mas cumple que me la dejes
si dice que quiere á mí.

MINGO.

Asi te mantenga Dios,
Pascuala, que tú nos digas,

é por la verdad te sigas,
á cuál quieres mas de nos.

PASCUALA.

Miefé, de vosotros dos,
Escudero, mi señor,
si os quereis tornar pastor
mucho mas os quiero á vos.

ESCUDERO.

Soy contento é muy pagado
de ser pastor ó vaquero:
pues me quieres é te quiero,
quiero cumplir tu mandado.

PASCUALA.

Mi zurron é mi cayado
tomad luego por estrena.

ESCUDERO.

Venga, venga enhorabuena,
é vamos luego al ganado.
É tú, Mingo, no te espantes,
descordoja tu cordojo,
aunque tengas gran enojo
ruégote que te levantes:
no te aquejes ni quebrantes,
pues que tan buen zagal eres,
seamos, si tú quisieres,
amigos mejor que de antes.

MINGO.

Mucho me pena esta llaga
cuando bien bien me percato;
mas pues ya sois de este hato,
buena pro, señor, os haga.
Ya muy poco espacio vaga:
quedad si quereis quedar,
que yo voy á repastar.

ESCUDERO.

Vamos todos, Dios te praga.

VILLANCICO.

Repastemos el ganado:
hurriallá,
queda, queda, que se va.
Ya no es tiempo de majada,
ni de estar en zancadillas:
salen las siete cabrillas,
la media noche es pasada,
viénese la madrugada:
hurriallá,
queda, queda, que se va.
Queda, queda acá el vezado,
hélo va por aquel cerro:
arremete con el perro,
é arrójale tu cayado,
que anda tan desmandado:
hurriallá,
queda, queda, que se va.

Del ganado derreniego,
é aun de quien guarda tal hato,
que siquiera solo un rato
no quiere estar en sosiego,
aunque pese ora á sant Pego:
hurriallá,
queda, queda, que se va.

ANÓNIMO.

ÉGLOGA.

PERSONAS.

TORINO. GUILLARDO. QUIRAL. BENITA. ILLANA.

TORINO.

¡Oh grave dolor! ¡oh mal sin medida!
¡oh ansia rabiosa, mortal de sufrirse!
ni puede callarse ni osa decirse
el daño que acaba del todo mi vida.
Mi pena no puede tenerse escondida,
la causa no sufre poder publicarse,
ni para decirse ni para callarse,
ni entrada se halla ni tiene salida.
Conténtate agora, amor engañoso,
pues todos tus fuegos con tanto furor
encienden y abrasan de un pobre pastor
sus tristes entrañas sin dalle reposo.
Bien te podrás llamar vitorioso
venciendo un vencido que quiso vencerse,
de quien imposible le fue defenderse,

ni tú si la vieses serás poderoso.
¡Oh triste ganado que estás sin señor
á solas paciendo! pues solo te dejo,
quejarte has de mí, tambien yo me quejo
del mal que sin culpa me hace el amor.
No plangas perder tan triste pastor,
de quien no esperabas ya buena pastura,
pues él ya no espera sino desventura;
déjale á solas pasar su dolor.
Agora reposo que solo me veo,
agora descanso enmedio mis males:
¡oh lágrimas mias! ¡oh ansias mortales!
¡oh tristes sospiros con quien yo peleo!
La vida aborrezco, la muerte no veo,
que aun esa me niega su triste venir,
y trueca el matarme con darme el vivir,
por no complacer mi triste deseo.

GUILLARDO. TORINO.

GUILLARDO.

¡Oh! doilas á huego que juras tamañas,
como este pastor descubre que siente:
yo nunca vi en otro que estando doliente
dijese que se arden en él sus entrañas.
Yo creo que tiene heridas extrañas:
qué, ¿querrán del todo con yerbas matallo?
Quiero buscar quien venga á curallo,
si puedo hallarle por estas cabañas.
Quizá le ha mordido un perro dañado,

ó cualque animal ó lobo rabioso,
pues da tales vuelcos, ni tiene reposo,
y está de los ojos tan ciego y turbado,
no ve do los deja zurron ni cayado,
vertida la yesca, quebrado el rabel.
¿O es el demoño que anda con él?
¿O cualque desastre que tiene el ganado?
¡Oh! dolo á Dios y como no siente:
mayor es que sueño aqueste su mal.
Allí me paresce que viene Quiral,
que le es gran amigo, y aun cabo pariente.
Quiero llamalle, zagal es valiente.
Oyes, Quiral, allégate acá.

QUIRAL. GUILLARDO. TORINO.

QUIRAL.

Miefé, Guillardo, yo ya me iba allá,
que bien ha buen rato que lo tengo en miente.

GUILLARDO.

Pues yo te he llamado para hacerte ruego
que vengas á ver tu amigo Torino,
que aqui le he hallado tan fuera de tino,
que dice que se arde en llamas de fuego.

QUIRAL.

Quizá habrá perdido ó choto ó borrego,
y está maldiciendo la res que le cria.

GUILLARDO.

No es ese el mal, Quiral, que él decia:
mayor es el daño de que él está ciego.
¡Oh! sálvete Dios.

TORINO.

Vengais norabuena.

QUIRAL.

¿Qué sientes, Torino, que gimes tan huerte?

TORINO.

Siento, pastores, el mal de la muerte,
y esta no llega por darme mas pena:
pasion me combate, razon me condena,
dolor me fatiga, tristeza me aqueja,
querria sanar, querer no me deja,
los males son mios, la causa es agena.

QUIRAL.

¿De qué desesperas? ¿Has algo sembrado
que piensas perdello, ó quizá no nazca?
¿O has miedo que falte lugar donde pazca
en estos egidos tu poco ganado?

TORINO.

No es ese, pastor, mi grave cuidado;
mas verme penado de muerte herido,
de mano de quien me tiene aborrido,
y asi desespero de ser remediado.

GUILLARDO.

Ahotas que pienso que tu mal oteo
y dudo que creo que es mal de amorío:
dale al demoño tan gran desvarío,
que mata la vida su solo deseo.

TORINO.

Mayor es el daño, Quiral, que poseo:
que en todos los males que sufro y consiento,
fallesce esperanza y crece tormento,
y en todos los medios remedio no veo.
Guillardo, Guillardo, mi mal es que adoro
de amor á Benita, porque es mi señora:
mi vida la quiere, mi alma la adora,
y ella me trata peor que á un moro.

GUILLARDO.

¡Oh! Dome á Dios, ¿y agora lo ignoro?
Eso que dices querencia se llama
cuando algun zagal vos dice que ama:
ya yo lo sabia, mia fe, de coro.
Pues hela aqui viene la que asi te mata,
con otra zagala que se anda tras ella;
levanta, Torino, y vamos á ella
por bajo estas matas, pues no se da cata;
y pues que te quejas que ansina te trata,
abúrrela un tiro con este mi dardo.

TORINO.

¡Ay! no plegue á Dios, amigo Guillardo,
que yo la merezca tocar su zapata.

BENITA. ILLANA. TORINO. GUILLARDO. QUIRAL.

BENITA.

¿Qué estais ahi hablando á solas, pastores,
que asi embebecidos estais razonando?

TORINO.

Mis males, señora, estamos contando,
que vos los haceis ser siempre mayores.

BENITA.

Torino, Torino, tú no te enamores
en parte do nunca se sientan tus males;
que busques y sirvas tus pares iguales,
y alli verás tarde alcanzar favores.

TORINO.

Mis ojos que han sido la puerta y escala
por do la hermosura hirió con sus tiros,
estos me han hecho, señora, serviros:
lo que no merezco mi pena lo iguala.
Si causa no tengo, razon no me vala,
pues que yo no quiero que mi mal merezca,
sino que querais que yo le padezca,
que tal intencion por cierto no es mala.
Y pues que virtud en todo os es guia,
valer, merecer y mucha nobleza,
no useis conmigo de tanta crueza
porque es imposible mudar mi porfia.
Consejo no quiero, remedio querria

de vos, mi señora, de quien yo le espero,
en veros doler de verme que muero,
y es vuestra la culpa, la pena es la mia.

BENITA.

A mí no me place tu mal por mi vida,
asi como dices segun se te antoja:
tu pena y servicio en todo me enoja,
pues déjate de ello y tenerme has servida.
A esto que digo razon me convida,
y mi honestidad que da inconvenientes;
que nunca yo mire el mal que tú sientes,
porque aunque mas sea mi estado lo olvida.

TORINO.

Si tal fantasía me juzgan ser loca,
mas loco sería quien tal me juzgase,
que si con mis ojos te viese y mirase
veria que es justo mi vida ser poca;
que no puede menos, señora, mi boca
hacer que no diga del mal la ocasion,
y aunque ella quisiese trocar la razon,
el fuego de dentro la causa provoca.

BENITA.

Pues créeme, pastor, y haz lo que digo,
y quédate á Dios con tu compañía.

TORINO.

Miefé, Benita, imposible sería,

que aunque aqui me dejas, allá voy contigo,
y tú aunque te vas, aqui estás conmigo,
que siempre en mis ojos tu figura está.
Benita está aqui, Torino está allá:
si esto no crees la obra es testigo.

TORINO. QUIRAL. GUILLARDO.

GUILLARDO.

Escucha, Quiral, yo nunca tal ví:
Benita se es ida, Illana con ella,
él se está aqui, diz que va con ella,
la otra está allá, y diz que está aqui.
Dios me defienda y me libre de tí.
¿No eres Torino? Aqui te ha dejado.

TORINO.

Mi cuerpo dejó, mi alma ha llevado,
que estando con ella no parte de mí.

QUIRAL.

Que no morirás: ¿qué estás ahí diciendo?
que amor aunque mate no acaba la vida,
y aunque su pena no tiene medida,
á aquel que mas mata le deja viviendo.

TORINO.

Yo eso que dices bien claro lo entiendo,
porque esa razon es muy verdadera
mas es que morir, contino que muera,
penando en la vida, mil muertes sufriendo.

QUIRAL.

Mándeme Illana, pues que es tan hermosa,
que nunca la vea ni nunca la huya:
si quiere matarme, ¿mi vida no es suya?
y si ella la mata será venturosa.
¿Pues no te parece que es bien poderosa
Benita que puede mandarte que mueras?
pues sirve, Torino, que nunca debieras
en toda tu vida hacer otra cosa.

VILLANCICO.

Nunca yo pensé que amor
con sus amores,
de amor matase pastores.
Tras galanes palaciegos
yo pensé que siempre andaba,
y no pensé que mataba
los pastores ni matiegos:
mas do van tras sus borregos,
veo que con su dolor
les da dolores
con que los mata de amores.
Con su nombre falso engaña
que parece que no es nada,
y de majada en majada,
y de cabaña en cabaña
va con su engañosa maña
prometiendo su favor,
y sus favores
matan despues los pastores.

BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO.

COMEDIA HIMENEA.

Personas.

HIMENEO.	BOREAS.
MARQUES.	ELISO.
FEBEA.	TURPEDIO.
DORESTA.	CANTORES.

JORNADA I.

HIMENEO. BOREAS. ELISO.

HIMENEO.

GUARDE Dios, señora mia,
vuestra graciosa presencia
mi sola felicidad;
aunque es sobrada osadía
sin tomar vuestra licencia
daros yo mi libertad.
Pero en mi primer miraros
tan ciego de amor me ví,
que cuando miré por mí

fue tarde para hablaros,
hasta agora
que de mí sois ya señora.
Habéisme muerto de amores
y dejáisme aqui en la plaza
donde publique mis yerros;
como aquellos cazadores
que desque matan la caza
la dejan para los perros.
Donde quiera que me halle
diré siempre que es mal hecho,
pues yo vos guardo en mi pecho,
vos me dejeis en la calle.
Bien me viene
que sin culpa muera y pene.

BOREAS.

¿Aun agora comenzamos
y tantos duelos tenemos?

HIMENEO.

¿Qué hablas allá, villano?

BOREAS.

Digo, señor, que nos vamos,
que mañana tornaremos,
y quizá con mejor mano.

HIMENEO.

Mas vame por la vihuela,

quizá diré una cancion
tan envuelta en mi pasion,
que todo el mundo se duela,
sino aquella
que dolor no cabe en ella.

BOREAS.

No podrás, señor, tañer
porque le falta la prima
y estan las voces gastadas.

HIMENEO.

No cures, hazla traer,
que el dolor que me lastima
las tiene bien concertadas.

BOREAS.

Aunque te sepa enojar
haremos bien de nos ir.

HIMENEO.

¿Y es tiempo de ir á dormir?

BOREAS.

Y aun hora de levantar.

HIMENEO.

Calla, loco,
que en mis males sabes poco.

BOREAS.

Sepas que estás en error,
si tan grosero me hallas
como tú me certificas;
pues de cierto sé, señor,
que con la pena que callas
es nada cuanto publicas.
Y si mueres por tal dama
tienes muy justa querella,
pues otros mueren sin vella
que se ahogan en su fama,
con decir
que es la vida bien morir.

ELISO.

Dile de eso y medraremos.

HIMENEO.

¿Qué hablas allá entre dientes,
almahacen de negligencia?

ELISO.

Que presto lo llevaremos
con los otros inocentes
á la casa de Valencia.

HIMENEO.

No medre quien te vistió.
¿Y á quién tienes de llevar?
tú de mí debes hablar.

ELISO.

Vos lo decís, que no yo.

HIMENEO.

¡Oh borracho,
mal criado é sin empacho!

ELISO.

Mas, señor, pues que asi es,
tu señoría provea
que ninguno aqui te halle;
porque su hermano el marques
de la señora Febea
visita mucho esta calle;
trae muy buenos criados,
y tú los tienes mejores.
Reniega de los amores,
no vamos descalabrados.

HIMENEO.

Yo me quedo:
váyase quien les ha miedo.

ELISO.

Si quieres, señor, probar
cuánto miedo les tenemos,
y saber cuánto nos tienen,
anda vete á reposar;
nosotros nos quedaremos
á respondelles si vienen.

Pues catad que esteis velando,
porque vernán mas de dos.

ELISO.

Vengan diez, cuerpo de Dios,
que no se irán alabando.

BOREAS.

Ya viniesen,
con tal que no nos huyesen.

HIMENEO.

Mientras no os enojaren
no los corrais por agora,
que sería inconveniente;
si no que si bravearen,
por amor de mi señora
los espanteis solamente.

ELISO.

Vé con Dios, deja hacer,
que de todo les pornemos.

BOREAS.

Habla paso, y acordemos
lo que mas es menester.

HIMENEO.

Digo, Eliso,
haz que estés sobre el aviso.

BOREAS. ELISO.

ELISO.

Muy modorro sois, amigo,
porque yo me sé guardar
de los peligros mundanos.

BOREAS.

A la fe que estás conmigo.
Hagamos por nos salvar
como dos buenos hermanos.
Huigamos de esta congoja
y apartémonos del mal;
que á la fe todo lo al
es andar de mula coja.

ELISO.

Pues sabrás
que agora te quiero mas.

BOREAS.

Bien tengo que te decir
de una cierta amiga mia,
que se deshace por mí;
pero por no te mentir,
yo tengo en la fantasia
que no estamos bien aqui.

ELISO.

Pues no temamos, par Dios,
aunque en tus cosas hablemos,

que si nada sentiremos
bien corremos todos dos.

BOREAS.

No sé nada,
mas si la calle es tomada.....

ELISO.

No temas aunque eso sea,
que por las casas caidas
nos iremos con la luna,
y sin que nadie nos vea
salvaremos nuestras vidas,
y sin deshonra ninguna.

BOREAS.

Voto á Dios, que has dicho bien,
y que alabo tu razon.
Pero mira aquel canton
que paresce no sé quien.

ELISO.

Ven seguro,
que era la sombra del muro.

BOREAS.

Mira bien á cada parte.

ELISO.

Ya lo tengo bien mirado,
y es asi como te digo.

BOREAS.

Pues de mí puedo jurarte
que no me habia quedado
gota de sangre conmigo.

ELISO.

Pierde agora esos temores
si no has perdido el correr,
y hazme tanto placer
que me cuentes tus amores;
mientras vemos,
que partir no nos debemos.

BOREAS.

Pues que, hermano, tu deseo
mis cosas saber desea,
la verdad de ellas es esta.
Cuando nuestro amo Himeneo
se enamoró de Febea,
yo de su sierva Doresta.
Y es tan hermosa doncella,
tanto gentil crïatura,
que su ama en hermosura
puede bien vivir con ella;
mas es tal
que la juzgan sin igual.

ELISO.

¿Hasla hablado algun dia?
¿Cómo sabes que te quiere?
Guarda no pises abrojos.

BOREAS.

Sin hablalla juraria
que por verme pena y muere,
si no me mienten los ojos.
. . . .
Yo confio
que es su querer cual el mio.

ELISO.

¿Y no has leido aquel testo,
que maldito debe ser
hombre que en hombre se fia?
Pues si verdad es aquesto,
quien se fiase en muger
muy mas maldito sería.
A la fe para gozallas
y no perderse tras ellas,
oillas y no creellas,
sacudillas y dejallas.
No lo digo
porque las soy enemigo.

BOREAS.

Mucho tienes de grosero:
bien paresce, Eliso hermano,
que aun no te conosce amor;
que pensarias primero
que no está mas en su mano
del verdadero amador.
Porque aquel que pena y muere,
si bien ama, y es asi,

no puede hacer de sí
sino lo que amor quisiere,
desque dió
su libertad á quien vió.
Por ende no hables mas
en juzgar vidas agenas,
pues das á muchos molestia;
que si no quieres querrás,
y penarás si no penas,
y caërás de tu bestia.
Pornás en amor tu fe
y alabarás sus fatigas,
por mucho que agora digas
de esta agua no beberé:
que por damas
honramos vidas y famas.

ELISO.

Boreas, hermano mio,
recia cosa es la razon
contra lenguas desarmadas,
y dicen que es desvarío
dar coces al aguijon
y á la carreta pernadas.
Acuerda si nos iremos,
que será bien que nos vamos,
y tambien que proveamos
en buscar qué almorzaremos.

BOREAS.

Nunca he gana
de almorzar por la mañana.

MARQUES. TURPEDIO.

TURPEDIO.

¿Quién va allá? ¿Jugais de pies?
Tornad un poco, galanes,
y llevareis que contar.

MARQUES.

Turpedio.

TURPEDIO.

Señor.

MARQUES.

¿Quién es?

TURPEDIO.

No sé cuantos rufïanes
que andaban á capear.

MARQUES.

Mas si los has conoscido,
guarda no fuese Himeneo.

TURPEDIO.

Par Dios, señor, no lo creo,
porque no ovieran huido.

MARQUES.

Antes, cierto,
huye de ser descubierto.

TURPEDIO.

Puede ser, mas aqui viene
cada noche y cada dia
con músicas y alboradas.

MARQUES.

Si esa presuncion él tiene,
voto á la Virgen María,
yo le ataje las pisadas.

TURPEDIO.

Déjale, señor, hacer,
que es usanza del palacio,
y es un modo de solacio
festejar y dar placer,
y un deporte
sin el cual no hay buena corte.

MARQUES.

Bien me place el festejar,
mas no en mi casa, par Dios,
la verdad hora hablando,
porque tras de este cantar
yo sé bien que mas de dos
se quedan despues llorando.

TURPEDIO.

Bien siento do van tus flechas.
No temas aunque eso sea;
que la señora Febea
no es de esas que tú sospechas.
¡Qué doncella
para burlarse con ella!

MARQUES.

Tocaremos á la puerta
por ver qué hace siquiera;
no nos vamos sin hablalle.

TURPEDIO.

No estará, señor, despierta:
sería cosa grosera
dar voces hora en la calle.

MARQUES.

¿Pues dónde iremos agora?

TURPEDIO.

Vamos por la sillería,
que presto será de dia
y abrirá aquella señora,
y aun haremos
que nos dará que almorcemos.

MARQUES.

No nos debemos partir,
que á esta hora suelen dar
las músicas y alboradas:
y si aquel ha de venir,
no puede mucho tardar;
oigamos sus badajadas.

TURPEDIO.

Sí que no vienen campanas
en las músicas que ordenan.

MARQUES.

Vernán badajos, que suenan
maitines por las mañanas.

TURPEDIO.

Sin mentir
por nos se puede decir.
Porque ha diez horas, señor,
que andamos por la cibdad
sonando como badajos,
y cogemos poco honor,
á decirte la verdad,
de aquestos vanos trabajos.
Bien es un poco por ende
pasear sobre la cena,
y es usanza justa y buena,
para mancebos se entiende:
lo demas
va muy fuera de compás.

MARQUES.

Pues yo te diré que sea.
Vámonos hora á dormir
lo que queda hasta el dia:
quédese con Dios Febea,
mañana podré venir
á tentar su fantasia.
....
....
....

JORNADA II.

HIMENEO. BOREAS. ELISO. CANTORES.

BOREAS.

No hay nadie.

HIMENEO.

Habla callando:
mira que tengo sospecha
que aún estan por ahí.

BOREAS.

Yo los ví, señor, cantando
por esta calle derecha,
buen rato, lejos de aqui.

HIMENEO.

Pues, sus, buen hora es aquesta
si no duermen mis amores:
haz llegar esos cantores
y demos tras nuestra fiesta.

ELISO.

Aqui vienen.

HIMENEO.

Llámalos. ¿Qué se detienen?

ELISO.

Caminad. ¿Qué estais parados?

HIMENEO.

Callando, cuerpo de Dios,
¿qué voces son hora aquestas?

ELISO.

Pues si los tengo llamados
una vez y mas de dos,
¿helos de traer acuestas?

HIMENEO.

No corrompas mis placeres.
Por mi fe que nos oigamos:
aqui solo no riñamos,
y en casa cuanto quisieres.

CANTOR 1.°

¿Qué haremos?

HIMENEO.

Señores, que comencemos.

CANTOR 1.°

Acaba con esos trastes.

CANTOR 2.°

Calla pues tú, majadero.

CANTOR 1.°

¡Cómo sobras de cortés!
¿Diremos lo que ordenastes?

HIMENEO.

Sí, bien. La cancion primero,
y el villancico despues.
Pero yo os ruego por tanto
que vaya la cosa tal,
que se descubra mi mal
en vuestras voces y canto:
por ventura
se aliviará mi tristura.

CANTOR 1.° Y 2.°

Tan ufano está el querer
con cuantos males padesce,
que el corazon se enloquesce
de placer
con tan justo padescer.

CANTOR 1.°

La pena con que fatigo
esme tan favorecida,
que de envidiosa la vida
ya no quiere estar conmigo.
Ella se quiere perder:
vuestra merced lo meresce.

CANTOR 1.° Y 2.°

Y el corazon se enloquesce
de placer
con tan justo padescer.

CANTOR 1.° Y 2.°

Es mas preciosa ventura
vuestra pena
que cualquiera gloria agena.

CANTOR 2.°

La pena que vos causais,
los suspiros, el tormento,
con vuestro merescimiento
todo lo glorificais.

CANTOR 1.° Y 2.°

Mas codiciosa dejais
vuestra pena,
que cualquiera gloria agena.

CANTOR 1.°

Los que nunca os conoscieron
penarán por conosceros,
y los que gozan de veros
porque mas antes no os vieron.

CANTOR 1.° Y 2.°

Que por mayor bien tuvieron
vuestra pena,
que cualquiera gloria agena.

HIMENEO.

No mas, señores, agora,
dejemos para otro dia;

poco y bueno es lo que place.
Tambien porque esta señora
se paró á la gelosía,
quiero saber lo que hace.

CANTOR 1.º

Vamos.

CANTOR 2.º

Vamos.

HIMENEO.

Id con Dios.

HIMENEO. BOREAS. ELISO. FEBEA.

BOREAS.

Ce, señor, buen tiempo tienes.

HIMENEO.

¡Oh mayor bien de los bienes!
Es mi bien.

FEBEA.

¿Mas quién sois vos?

HIMENEO.

Quien no fuese,
ni mas un hora viviese.

FEBEA.

No os entiendo, caballero.
Si merced quereis hacerme,
mas claro habeis de hablarme.

HIMENEO.

Y aun con eso solo muero,
que no quereis entenderme
sino entender en matarme.

FEBEA.

Cómo os llamais os demando.

HIMENEO.

Por las llamas que me dais,
del fuego que me causais
lo podeis ir trasladando.

FEBEA.

Gentilhombre,
quiero saber vuestro nombre.

HIMENEO.

Soy el que en veros me veo
devoto para adoraros,
contrito para quereros.
Soy aquel triste Himeneo,
que si no espero gozaros
no quisiera conoceros,
porque en ser desconocida
me matais con pena fuerte,
sabiendo que de mi muerte
no podeis ser bien servida;
pero sea,
pues por vos tambien se emplea.

FEBEA.

Bien me podeis perdonar
que, cierto, no os conoscia.

HIMENEO.

Porque estoy en vuestro olvido.

FEBEA.

En otro mejor lugar
os tengo yo todavía,
aunque pierdo en el partido.

HIMENEO.

Yo gano tanto cuidado
que jamas pienso perdello,
sino que con merescello
me parece estar pagado;
pues padezco
menos mal del que merezco.

FEBEA.

Gran compasion y dolor
he de ver tanto quejaros,
aunque me place de oiros,
y por mi vida, señor,
querria poder sanaros
por tener en qué serviros.

HIMENEO.

Ojalá pluguiese á Dios

que querais como podeis,
porque mis males saneis,
que esperan á sola vos.

FEBEA.

Dios quisiese
que en mí tal gracia cupiese.

HIMENEO.

Esa y todas juntamente
caben en vuestra bondad,
pues os hizo Dios tan bella;
pero de esta solamente
tengo yo necesidad,
aunque soy indigno de ella.

FEBEA.

Mas mereceis que pedís,
aunque lo que es no sé;
mas de grado lo haré
si puedo como decís,
pero he miedo
que sin dañarme no puedo.

HIMENEO.

Pláceme, señora mia,
que me habeis bien entendido;
no os quiero mas detener;
vuestra misma fantasía
vos dirá que lo que pido

lo compra bien mi querer.
Y las mercedes pesadas
que con fatiga se hacen,
son las que alegran y placen,
y las que son estimadas;
de las cuales
todas las vuestras son tales.

FEBEA.

Pues si puedo complaceros,
aclaradme en qué manera
porque tengais cosa cierta.

HIMENEO.

Que cuando viniere á veros
en la noche venidera,
me mandeis abrir la puerta.

FEBEA.

Dios me guarde.

HIMENEO.

¿Qué, señora?
¿revocáisme ya el favor?

FEBEA.

Sí, porque no me es honor
abrir la puerta á tal hora.

HIMENEO.

No son esas
vuestras pasadas promesas.

FEBEA.

¿Pues cómo quereis que os abra?
que en aquellos tiempos tales
los hombres sois descorteses.

HIMENEO.

Señora, no tal palabra:
si quereis sanar mis males,
no busqueis esos reveses.
Ya sabeis que mis pasiones
no me mandan enojaros,
y no debeis escusaros
con escusadas razones,
de tal suerte
que me causais nueva muerte.

FEBEA.

No puedo mas resistir
á la guerra que me dais,
ni quiero que me la deis.
Si concertais de venir,
yo haré lo que mandais
siendo vos el que debeis.

HIMENEO.

Debo ser siervo y cautivo
de vuestro merescimiento,
y asi me parto contento
con la merced que recibo.

FEBEA.

Id con Dios.

HIMENEO.

Señora, él quede con vos.

HIMENEO. BOREAS. ELISO.

BOREAS.

Señor, pues has conseguido
la merced que deseaste,
tan conforme á tu querer;
cúmplenos lo prometido,
pues sabes que nos mandaste
las albricias del placer.

HIMENEO.

Hermanos, de muy buen grado,
que es razon en todo caso.
Toma tú el sayo de raso,
y tú el jubon de brocado,
que otro dia
yo os daré mejor valía.

BOREAS.

Dios haya de tí memoria
y acresciente tu vivir
con honra y fama sin par,
y te dé tanta victoria
que no tengas que pedir,
pues no te falta que dar.

ELISO.

Yo no quiero tus brocados,
ni consiento, ni es honesto
que quedes tú descompuesto
por componer tus criados.
Ten cordura,
que tu largueza es locura.

BOREAS.

Bien dices.

HIMENEO.

No quiero yo,
sino daros esto y mas.

ELISO.

No queremos un cabello.

HIMENEO.

¿Por qué?

ELISO.

Señor, porque no;
sino aquello que nos das
te debes honrar con ello.

HIMENEO.

Pues callad, hermanos mios,
sed los que sois por entero,
que yo os daré, si no muero,
mas que ropas y atavíos;
que el amor
es de hermano y no señor.

ELISO.

Por eso, señor, tomamos
la voluntad por el hecho
de tu mucha cortesía;
mas si quieres que nos vamos,
sernos ha mayor provecho
porque se hace de dia.
Esta tarde tornaremos
yo y Boreas paseando,
para ver disimulando
con qué esperanza vernemos.

HIMENEO.

Asi sea.
Quede Dios con mi Febea.

MARQUES. TURPEDIO.

TURPEDIO.

Ce, señor, oyes que digo,
veslos allá do han pasado,
que agora parten de aqui.

MARQUES.

Pese al dïablo conmigo
porque nos hemos tardado,
que no se fueran asi.

TURPEDIO.

Déjalos, señor, andar,
tu señoría no pene,

porque la noche que viene
no nos pueden escapar;
que haremos
de modo que los tomemos.

MARQUES.

¿Cómo se podrá hacer
que si yo la noche vengo
pueda ver toda la fiesta?
Porque aunque sepa perder
la persona y cuanto tengo,
yo sabré qué cosa es esta.
Y aun si le tomo con ella,
prometo á Dios verdadero,
y á fe de buen caballero,
de matar á él y á ella;
que la vida
por la fama es bien perdida.

TURPEDIO.

Pues, señor, en conclusion
á nos nos cumple venir
antes de ser prevenidos,
y detrás de aquel canton
estaremos á sentir
sin que seamos sentidos;
y de alli si estás alerta
le podrás bien ver entrar,
y asi podemos saltar
para tomalle la puerta;
lo demas
se hará como querrás.

MARQUES.

Pues luego bueno sería,
sin que mas aqui tardemos,
que nos vamos á comer
y que durmamos el dia,
pues la noche velaremos
como será menester,
y aun venir acompañados
nos será cosa muy sana:
quizá vernemos por lana
no tornemos trasquilados,
y por ende
vengamos como se entiende.

TURPEDIO.

Antes, señor, te prometo
que con ayuda de Dios,
tú y yo podemos bastar;
y tambien porque el secreto,
despues que sale de dos,
es una cosa vulgar.
Pues si no rescibes pena,
solos nos cumple venir
porque no des á sentir
si tu hermana es mala ó buena.
Ten buen seso,
que su honra está en tu peso.

MARQUES.

Y aun por esto yo procuro

que aunque venga acompañado
me lo pague todavía.

TURPEDIO.

De aqueso yo te aseguro
que ningun enamorado
se pagó de compañía;
y cuando bien la trajere
traërá sus dos criados,
que de sombras de tejados
huirán á cual mas pudiere.

MARQUES.

Ya se alcanza
hasta do llega su lanza.

TURPEDIO.

Pues, señor, no nos curemos
ni de sus armas temamos,
pues que no son Anibales.
Vengamos como debemos,
que nosotros dos bastamos
para cuatro lanzas tales.

MARQUES.

Bien me aconsejas por cierto,
yo me confio de tí.
Pero vámosnos de aqui,
no sientan nuestro concierto;
que en consejas
las paredes han orejas.

JORNADA III.

BOREAS. ELISO.

BOREAS.

Pues Eliso, hermano mio,
no te quiero ser muy luengo,
ni sé si te enojarás;
mas con lo que en tí confio
y el gran amor que te tengo,
te diré lo que oirás:
por eso no te receles,
que los buenos servidores
han de ser á sus señores
muy leales y fïeles;
mas no tanto
que se pongan del quebranto.
Bien te debes acordar
desde ayer á lo que creo,
nota bien lo que diré,
que no quisiste tomar
lo que te daba Himeneo,
ni yo por tí lo tomé.
Ni me hagas entender
que aquella fue lealtad;
que es la mayor necedad
que nunca te ví hacer,
pues perdiste
lo que en diez años serviste.

ELISO.

No tengas á maravilla
si no quise á dos por tres
lo que nuestro amo nos dió,
que cierto tengo mancilla
de velle para quien es
mas pobre que tú ni yo.
Si cuando rico se viere
no se acordáre de nos,
allá contará con Dios
cuando de este mundo fuere:
pues vivamos,
que no falta que vistamos.

BOREAS.

No das en todo el terrero,
ni por ahí te me escapas,
ni tienes razon ninguna;
porque es un necio grosero
quien puede tener dos capas
y se contenta con una.
Lo que somos obligados
es servir cuanto podemos,
y tambien que trabajemos
en que seamos pagados;
de otra suerte
nuestra vida es nuestra muerte.

ELISO.

Hermano, bien te he entendido,

por lo cual á tu mandado
me ternás continuamente,
y aunque tengo por perdido
todo el tiempo que he dejado
de te ser muy obediente.
Y pues ya tan claras son
mi mentira y tu verdad,
confieso mi necedad
y alabo tu discrecion,
y de hoy mas
yo haré lo que verás.

BOREAS.

Mucho huelgo, hermano Eliso,
pues que repruebas el mal
como de buenos se espera;
vivamos sobre el aviso,
que sin duda el hospital
á la vejez nos espera.
Por lo cual te cumple, hermano,
que sin vergüenza ni miedo
cuando te dieren el dedo
que abarques toda la mano.
Haz si puedes
que puedas hacer mercedes.

ELISO.

Hermano, deja hacer,
que no quiero mas laceria
de la que tengo pasada;

y aun si recibes placer
dejemos esta materia
porque está bien disputada.
Buen tiempo se nos ofrece,
y es cosa justa y honesta:
hablemos á tu Doresta
que á la ventana parece.

BOREAS.

Ya la veo,
y es cumplido mi deseo.

ELISO.

Pues anda, vela á hablar:
yo quedaré de esta parte,
y escucharé desde aqui,
que me conviene notar
cómo sabes requebrarte
para que aprenda de tí.

BOREAS.

No te burles aunque callo,
ni me tengas por grosero,
que en manos está el pandero
de quien bien sabrá tocallo.

ELISO.

Ve callando,
que ya nos está mirando.

BOREAS. ELISO. DORESTA.

BOREAS.

Doresta, señora mia,
guarde Dios vuestra beldad
y vuestra gentil manera.

DORESTA.

Si no por la compañía,
yo os hablára, de verdad,
de modo que no os pluguiera.

BOREAS.

¿Por qué, señora Doresta?

DORESTA.

Porque no me motejeis,
que si otra vez lo haceis
no os placerá la respuesta,
que aunque fea
no tengo envidia á Febea.

BOREAS.

Señora, no os deis fatiga
por yo decir una cosa
que dirá cualquier que os viere.

DORESTA.

Boreas, ¿quereis que os diga?
Cual me veis fea ó hermosa,
tal no falta que me quiere.

BOREAS.

Pluguiera, señora, á Dios
en aquel punto que os ví,
que quisiera tanto á mí
como luego quise á vos.

DORESTA.

¡Bueno es eso!
á otro can con ese hueso.

BOREAS.

Ensayad vos de mandarme
cuanto yo podré hacer,
pues os deseo servir,
siquiera porque en probarme
conozcais si mi querer
concierta con mi decir.

DORESTA.

Si mis ganas fuesen ciertas
de quereros yo mandar,
quizá de vuestro hablar
saldrian menos ofertas.

BOREAS.

Si mirais,
señora, mal me tratais.

DORESTA.

¿Cómo puedo mal trataros,

con palabras tan honestas
y por tan corteses mañas?

BOREAS.

Como ya no oso hablaros,
que teneis ciertas respuestas
que lastiman las entrañas.

DORESTA.

Por mi fe tengo mancilla
de veros asi mortal.
¿Morireis de aquese mal?

BOREAS.

No sería maravilla.

DORESTA.

Pues galan,
ya las toman do las dan.

BOREAS.

Por mi fe que holgaria,
si como otros mis iguales
pudiese dar y tomar;
mas veo, señora mia,
que recibo dos mil males,
y ninguno puedo dar.

DORESTA.

¿Qué sabeis vos si los dais,

aunque no se da á entender?
como vos soleis hacer,
que sin dolor os quejais.

BOREAS.

Plegue á Dios
que mi pena pene á vos.

DORESTA.

Vos andais tras que publique
lo que está mejor secreto
para mi fama y la vuestra;
pues sin que mas os suplique
no querais, pues sois discreto,
que haga tan loca muestra.

BOREAS.

No os quiero mas deservir,
pues algo pienso entenderos,
y tendré que agradeceros
si me mandardes venir
hora cierta,
que no me negueis la puerta.

DORESTA.

Tal cosa no me mandeis,
que modo ninguno veo
de poder hacello asi.

BOREAS.

Esta noche, si quereis,

cuando abrireis á Himeneo,
me podeis abrir á mí.

DORESTA.

Mejor vivan ella y él.
Por eso perded cuidado,
que mi ama ha concertado
que ninguno entre con él.

BOREAS.

Pues haced
que me cumplais la merced.

ELISO.

Ha de ser para mañana.
Vámonos que eres prolijo.

BOREAS.

¿Consentís, señora, vos?

DORESTA.

Señor, sí, de buena gana,
pues que aquel señor lo dijo.
Id con la gracia de Dios.

BOREAS.

Y en la vuestra quede yo
para mi consolacion.

DORESTA.

Estad de buen corazon,
que Dios por todos murió.

BOREAS.

Pues señora,
vos quedad mucho en buen hora.

ELISO.

Boreas, nunca creyera
que tanto bien alcanzabas
en este penado oficio,
si por mis ojos no viera
cuando á Doresta hablabas
cuanto queda á tu servicio.

BOREAS.

Vamos, y no nos tardemos,
que nuestro amo está esperando.

ELISO.

Bien podemos ir hablando,
que harto tiempo tenemos.

TURPEDIO. DORESTA.

TURPEDIO.

Beso las manos, señora
de mis secretos, por tanto,
la muy hermosa Doresta.

DORESTA.

Señor, vengais en buen hora.
¿Para qué de chico santo
quereis hacer tanta fiesta?

TURPEDIO.

Sois asi gran santo vos,
y en vos tal gracia hallaron,
que de cuantos os miraron
los mas os tienen por Dios,
y no digo
lo que sois para conmigo.

DORESTA.

¡Oh, qué gracioso venís!
nuestro Señor os bendiga.
¿Sabeis mas que me decir?

TURPEDIO.

Si á mí, señora, decis,
sé que me sois enemiga
porque os deseo servir.

DORESTA.

¿Mal lo hago todavía?

TURPEDIO.

No podeis peor hacello.

DORESTA.

Pues de hoy mas, si pienso en ello,
lo haré sin cortesía.

TURPEDIO.

¿Qué hareis?

DORESTA.

Rogaros que me dejeis.

TURPEDIO.

Algun enamoradillo
sé que esperais vos agora.

DORESTA.

Mas hombre que vos en todo.

TURPEDIO.

Cierto, no me maravillo,
porque sois merecedora
del mayor que pisa lodo.

DORESTA.

No seríades mochacho.

TURPEDIO.

Y aun hombre os paresceré.

DORESTA.

Dejadme por vuestra fe,
que no quiero vuestro empacho.

TURPEDIO.

Ni querais,
ni de Dios salud hayais.

DORESTA.

Pues yo vos prometo á Dios

que yo lo diga al marques,
y quizá por vuestro daño.

TURPEDIO.

Pues si tal sale de vos,
yo os daré tanto mal mes
que nunca os falte mal año.

DORESTA.

¡Veis qué rapaz sin mesura,
cómo tiene presuncion!

TURPEDIO.

Pues voto al fuerte Sanson
de daros mala ventura;
que aqui está
quien de vos me pagará.

DORESTA.

Pues no te tomes conmigo,
que no me espantan tus motes
por mucho que me amenaces;
que si á tu amo lo digo
te hará dar mil azotes,
que es castigo de rapaces.

TURPEDIO.

Pues si alcanzarte pudiera,
por eso que agora dices,
te cortara las narices,
doña puerca, escopetera.

DORESTA.

Para vos.

TURPEDIO.

¡Oh! reniego, y no de Dios.

JORNADA IV.

HIMENEO. BOREAS. ELISO.

HIMENEO.

Pues agora, mis hermanos,
tú, Boreas, y tú, Eliso,
lo hablado se os refiere:
yo me pongo en vuestras manos,
ved que esteis sobre el aviso
mientras yo dentro estuviere.

BOREAS.

Señor, asi lo haremos;
entra tú con mano diestra,
que por tu fama y la nuestra,
si conviene, moriremos.

HIMENEO.

Yo lo creo.

ELISO.

Tal es, señor, el deseo.

HIMENEO.

¿Será tiempo de llamar?

ELISO.

Es temprano cuanto quiera,
dejemos dormir la gente.

BOREAS.

Mas, señor, en tal lugar
quien tras tiempo tiempo espera,
tiempo vien que se arrepiente.

HIMENEO.

Pues luego dad acá, vamos,
llegad conmigo y veremos.

BOREAS.

¿Quereis, señor, que gastemos
lo que los dos concertamos?
que Febea
solo á tí, señor, desea.

HIMENEO.

Pues solo voy.

ELISO.

Vé con Dios.

BOREAS. ELISO.

BOREAS.

Mas vaya con el dïablo.

ELISO.

No que se va santiguando.

BOREAS.

Calla tú, cuerpo de nos;

cuanto yo concierto y hablo
tanto tú me vas gastando.

ELISO.

No hago por cierto, hermano.

BOREAS.

Pues cuando llamar queria,
¿por qué de gran grosería
dijiste que era temprano?
que es locura
esperar mala ventura.
Porque en aquestos conciertos
si fuésemos afrentados
demorando aqui con él,
esperando somos muertos,
y huyendo, deshonrados,
y no sé qué fuera dél.
Mas solos de esta manera,
si quisiéramos huir,
podemos despues decir
una mentira cualquiera.
Mi consejo
será guardar el pellejo.

ELISO.

Dejemos esta cuestion,
y mira que ya es entrado.

BOREAS.

¿Pues qué tienes en la mente?

ELISO.

Que me hables sin pasion,
y dejando lo pasado
hablemos en lo presente.

BOREAS.

Tengo tan poco sentido
y estoy tan fuera de mí,
que por no me ver aqui
no quisiera ser nascido.

ELISO.

Calla, hermano,
que te quejas muy temprano.

BOREAS.

¡Oh que haga mal vïaje
quien en tan fuerte jornada
y en tal congoja me mete!
Pues hombre de mi linage
nunca supo qué era espada,
ni broquel, ni coselete.
Yo tambien soy mas que loco
por venir en tal lugar,
pues que no quiero matar,
ni que me maten tampoco.

ELISO.

Cuerdo eres,
hagamos lo que quisieres.

BOREAS.

Que no esperemos batalla,
sino que luego nos vamos
por no ser muertos aqui.

ELISO.

¿Pues si sale y no nos halla?

BOREAS.

No faltará qué digamos
si dejas hablar á mí.

ELISO.

Pues para todo hay remedio,
sin por qué no nos andemos,
cuando algo sentiremos
meteremos tierra en medio.

BOREAS.

¡Qué placer!
¿Y quien no puede correr?

ELISO.

¿Cómo no?

BOREAS.

Porque no puedo,
que son las armas pesadas
y dejallas no osaré:
tambien porque con el miedo
tengo las piernas cortadas,
que moverme no podré.

ELISO.

Pues deja, hermano Boreas,
las armas con que te hallas,
porque quizá por salvallas
perderás cuero y correas,
y verás
cuan sin pena correrás.

BOREAS.

Pues si las armas perdiese,
¿nuestro amo qué diria
de cobarde y de judío?
que si escusa no tuviese
para dar, como cumplia,
me echaria en aquel rio.

ELISO.

Pues si no puedes con ellas,
dámelas para que huyas,
que las mias y las tuyas
yo daré mal cabo de ellas.

BOREAS.

Y la capa,
¿qué dirán si se me escapa?

ELISO.

Para la capa ternás
dos mil escusas sobradas
para no poder salvalla,

que si tú quieres dirás
que jugando á cuchilladas
te fue forzado dejalla.
Porque los hombres de guerra,
para poderse valer,
primero de acometer
dejan la capa por tierra.

BOREAS.

Pues espera,
tendréla de esta manera.

MARQUES. TURPEDIO.

TURPEDIO.

¿Quién anda ahí?

MARQUES.

Mueran, mueran.
¿Por dó van?

TURPEDIO.

Allá han traspuesto;
mas la capa irá conmigo.

MARQUES.

Pese á tal, si no huyeran,
que por ventura de presto
llevaran un buen castigo.

TURPEDIO.

Mas, señor, ¿sabes que creo
que sabrás lo que deseas?
que esta capa es de Boreas
un criado de Himeneo.

MARQUES.

Di, ¿qué fue?

TURPEDIO.

Sí, señor, en buena fé.

MARQUES.

¿Cuántos eran?

TURPEDIO.

Solos dos:
y por la capa, señor,
son sus criados de aquel.

MARQUES.

Pues voto al cuerpo de Dios
que queda dentro el traidor.

TURPEDIO.

Si tal es, doblen por él.

MARQUES.

Ven acá, que es de pensar
de qué manera haremos.

TURPEDIO.

Señor, que luego llamemos,
pues que nos conviene entrar.

MARQUES.

Ciertamente:
se nos irá, si nos siente.

TURPEDIO.

¿Pues quieres cosa mas cierta
por quitar este recelo
y acertar esta jornada?
Da tú una coz á la puerta,
que des con ella en el suelo.
Jugaremos de antuviada.
Ningun temor se reciba
si entramos apercibidos,
que aun no seremos sentidos
cuando seremos arriba.

MARQUES.

Sus pues, vamos,
que ya sobrado tardamos.
Dame esa capa tú á mí.

TURPEDIO.

Toma la rodela, aosadas.

MARQUES.

Dala acá, que bien te entiendo.

TURPEDIO.

Pues si quereis sea asi,
y arrancadas las espadas
vamos diciendo y haciendo.

MARQUES.

Pues si viniere en tus manos
y le pudieres coger,
haz que no haya menester
médicos ni cirujanos.

TURPEDIO.

Entra presto,
deja á mí hacer el resto.

JORNADA V.

MARQUES. FEBEA. DORESTA. TURPEDIO.

MARQUES.

¡Oh! mala muger, traidora,
¿dónde vais?

TURPEDIO.

Paso, señor.

FEBEA.

¡Ay de mí desventurada!

MARQUES.

¿Pues qué os parece, señora?
¿Para tan gran deshonor
habeis sido tan guardada?
Confesaos con este page,
que conviene que murais;
pues con la vida excusais
un tan antiguo linage.
Quiero daros,
que os doy la vida en mataros.

FEBEA.

Vos me sois señor y hermano
(maldigo mi mala suerte
y el dia en que fui nascida),
yo me pongo en vuestra mano,
y antes os pido la muerte
que no que me deis la vida.
Quiero morir, pues que veo
que nascí tan sin ventura:
gozará la sepultura
lo que no pudo Himeneo.

MARQUES.

¿Fue herido?

TURPEDIO.

No, que los pies le han valido.

FEBEA.

Señor, despues de rogaros

que en la muerte que me dais
no os mostreis todo cruel,
quiero tambien suplicaros
que pues á mí me matais,
que dejeis vivir á él.
Porque segun lo atribuyo,
si sé que muere de esta arte,
dejaré mi mal aparte
por mejor llorar el suyo.

MARQUES.

Toca á vos
poner vuestra alma con Dios.

FEBEA.

No me querais congojar
con pasion sobre pasion
en mis razones finales;
dejadme, señor, llorar,
que descansa el corazon
cuando revesa sus males.

MARQUES.

Pues contadme en qué manera
pasa todo vuestro afan.

FEBEA.

Pláceme, porque sabrán
como muero, sin que muera,
por amores
de todo merecedores.
Doresta.

DORESTA.

Ya voy, señora.

FEBEA.

Ven acá, serás testigo
de mi bien y de mi mal.

TURPEDIO.

Señor, es una traidora.

DORESTA.

Tú, de bondad enemigo.

MARQUES.

Callad, hablemos en al.

FEBEA.

Hablemos como la suerte
me ha traido en este punto,
do yo y mi bien todo junto
moriremos de una muerte:
mas primero
quiero contar como muero.
Yo muero por un amor,
que por su mucho querer
fue mi querido y amado,
gentil y noble señor,
tal que por su merecer
es mi mal bien empleado.
No me queda otro pesar

de la triste vida mia,
sino que cuando podia
nunca fui para gozar,
ni gocé
lo que tanto deseé.
Muero con este deseo,
y el corazon me revienta
con el dolor amoroso;
mas si creyera á Himeneo,
no muriera descontenta
ni le dejára quejoso.
Bien haya quien me maldice,
pues lo que él mas me rogaba
yo mas que él lo deseaba,
no sé por qué no lo hice.
¡Guay de mí!
que muero asi como asi.
No me quejo de que muero,
pues soy mortal como creo;
mas de la muerte traidora,
que si viniera primero
que conociera á Himeneo,
viniera mucho en buen hora:
mas viniendo de esta suerte,
tan sin razon á mi ver,
¿cuál será el hombre ó muger
que no le duela mi muerte
contemplando
por qué y dónde, cómo y cuándo?
Yo nunca hice traicion:

si maté, yo no sé á quién,
si robé, no lo he sabido;
mi querer fue con razon,
y si quise, hice bien
en querer á mi marido.
Cuanto mas que las doncellas,
mientra que tiempo tuvieren,
harán mal si no murieren
por los que mueren por ellas;
pues muriendo
dejan sus famas viviendo.

MARQUES.

Si temiéreis el morir,
acordaos que en el nascer
á todos se nos concede:
yo tambien oí decir
que es gran locura temer
lo que excusar no se puede.
Y esta vida con dolor
no sé por qué la quereis,
pues muriendo vivireis
en otra vida mejor,
donde estan
los que no sienten afan.
En este mar de miseria
el viejo y el desbarbado
todos afanan á una,
los pobres con la laceria,
los ricos con el cuidado,

los otros con la fortuna.
No temais esta jornada,
dejad este mundo ruin
por conseguir aquel fin
para que fuisteis criada;
mas empero
confesaos aqui primero.

HIMENEO. BOREAS. ELISO. MARQUES. FEBEA.
DORESTA. TURPEDIO.

HIMENEO.

Caballero, no os movais.

MARQUES.

¿Cómo no? Mozo.

TURPEDIO.

Señor.

MARQUES.

Llega presto.

TURPEDIO.

Vesme aqui.

HIMENEO.

No braveeis, si mandais.
Callad y hareis mejor,
si quereis creer á mí.

MARQUES.

¿Pues quién sois vos, gentil hombre?

HIMENEO.

Soy aquel que mas desea
la honra y bien de Febea,
y es Himeneo mi nombre,
y ha de ser,
pues que fue y es mi muger.

MARQUES.

Catad, pues sois caballero,
no querais forzosamente
tomaros tal presuncion.

HIMENEO.

No quiera Dios, ni yo quiero
sino muy humanamente
lo que me da la razon:
y porque con la verdad
se conforme mi querella,
hagamos luego con ella
que diga su voluntad,
y con todo
hágase de aqueste modo.
Que si Febea dijere
que me quiere por marido,
pues lo soy, testigo Dios,
que pues la razon lo quiere
(no perdiendo en el partido)

lo tengais por bueno vos.
Pues sabeis bien que en linage
y en cualquier cosa que sea,
la condicion de Febea
me tiene poco ventage,
y esto digo
porque vos sois buen testigo.

MARQUES.

Bien veo que sois iguales
para poderos casar,
y lo saben donde quiera;
pero digo que los tales
lo debrian negociar
por otra mejor manera.

HIMENEO.

Ya sé yo poner tercero
donde fuera menester,
pero si tomo muger
para mí solo la quiero;
pues asi
quise engañarme por mí.
Yo, señora, pues ordeno
que se quede lo pasado.
Si bien mataros quisiera,
él hacia como bueno,
y le fuera mal contado
si de otro modo hiciera.

MARQUES.

No haya mas, pues que es ya fecho.
Plegue al divino Mesías
que le gocèis muchos dias
y que os haga buen provecho;
pues casastes
mejor de lo que pensastes.

HIMENEO.

Yo digo, pues que asi es,
que vos nos tomeis las manos
por quitar estas zozobras;
y si quisierdes despues,
seamos buenos hermanos
y hagamos nos las obras.

MARQUES.

¿Quereis vos?

FEBEA.

Soy muy contenta.

MARQUES.

Dad acá.

ELISO.

Gracias á Dios.

BOREAS.

Sí, pues que hace por nos
en sacarnos de esta afrenta.

MARQUES.

Pues veamos
qué será bien que hagamos.

HIMENEO.

Si vuestra merced mandare,
vámonos á mi posada,
sentirá mis ganas todas,
y segun alli ordenare
nombraremos la jornada
para el dia de las bodas.

ELISO.

Pues antes que aqueso sea,
Boreas y yo, señores,
nos damos por servidores
á la señora Febea.

FEBEA.

Por hermanos.

BOREAS.

Besamos sus pies y manos.

ELISO.

Tambien al señor Marques
ofrecemos el deseo,
con perdon de lo pasado.

TURPEDIO.

Yo tambien, pues que asi es,

me dó al señor Himeneo
por servidor y criado.

FEBEA.

Mas porque nuestros afanes
nos causen cumplida fiesta,
casemos á mi Doresta
con uno de estos galanes.

MARQUES.

¿Y con quién?

FEBEA.

Con el mas hombre de bien.

HIMENEO.

Cada cual lo piensa ser.

FEBEA.

Por cierto todos lo son.

MARQUES.

Pues, señora, ¿qué remedio?

FEBEA.

Que la demos á escoger:
porque ella tiene aficion
á Boreas ó á Turpedio.

TURPEDIO.

Yo, señores, no la quiero.

DORESTA.

Malos años para vos.

TURPEDIO.

Pues voto al cuerpo de Dios.....

MARQUES.

Calla, rapaz majadero.

FEBEA.

No haya mas:
toma tú cual mas querrás.

HIMENEO.

Yo tomo el cargo, señora,
de casaros á Doresta
si se confia de mí:
dejémoslo por ahora.
Vámosnos, que es cosa honesta
no nos tome el sol aquí.

MARQUES.

Pues á Dios.

HIMENEO.

No quiero nada.

MARQUES.

Sí señor.

HIMENEO.

Par Dios no vais.

MARQUES.

¿Por qué no?

HIMENEO.

Porque vengais
á conocer mi posada,
holgaremos
que cantando nos iremos.

MARQUES.

Pláceme por vuestro amor,
si mi hermana vuestra esposa
nos hiciese compañía.

FEBEA.

Soy contenta.

HIMENEO.

Pues señor,
cantemos alguna cosa
solamente por la via.

MARQUES.

¿Qué diremos?

HIMENEO.

De la gloria
que siente mi corazon
desque venció su pasion.

MARQUES.

Decid victoria, victoria:
vencedores,
cantad victoria en amores.

Victoria, victoria,
los mis vencedores,
victoria en amores.
Victoria, mis ojos,
cantad si llorastes,
pues os escapastes
de tantos enojos:
de ricos despojos
sereis gozadores.
Victoria en amores.

LOPE DE RUEDA.

LA CARÁTULA.

PASO.

Personas.

ALAMEDA, SIMPLE. SALCEDO, SU AMO.

(Campo solitario).

ALAMEDA. SALCEDO.

ALAMEDA.

¿Acá está vuesa merced, señor mosamo?

SALCEDO.

Aqui estoy: ¿tú no lo ves?

ALAMEDA.

Pardiez, señor, á no toparos, que no le pudiera encontrar aunque echára mas vueltas que un podenco cuando se viene á acostar.

SALCEDO.

Por cierto, Alameda, que es negocio ese que no se puede creer facilmente.

ALAMEDA.

A no creerme dijera que no estábades en vuestro juicio; pues á fe que vengo á tratar con vuesa merced un negocio, que me va mucho en mi conscencia, si acaso me tiene cilicio.

SALCEDO.

Silencio querrás decir.

ALAMEDA.

Sí, silencio será, pienso que.....

SALCEDO.

Pues di lo que quieres, que el lugar harto apartado es si ha de haber silencio ó cosa de secreto.

ALAMEDA.

¿Hay quien nos pueda oir por aqui? Mírelo bien, porque es cosa de grande secreuto, y en topetando que le topete, luego le conosciquerá vuesa merced como si se lo dijeran al oido.

SALCEDO.

Que te creo sin falta.

ALAMEDA.

¿Pues no m'habia de creer siendo nieto de pastelero?

SALCEDO.

¿Qué hay? acabemos.

ALAMEDA.

Hable quedo.

SALCEDO.

¿Qué aguardas?

ALAMEDA.

Mas quedo.

SALCEDO.

Dí lo que has de decir.

ALAMEDA.

¿Hay quien nos escuche?

SALCEDO.

¿No te habemos dicho que no?

ALAMEDA.

Sabed que me he hallado una cosa con que podré ser hombre, de Dios en ayuso.

SALCEDO.

¿Cosa de hallar, Alameda? Tu compañero quiero ser.

ALAMEDA.

No, no; solo me lo hallé, solo me lo quiero gozar, si la fortuna no me es adversa.

SALCEDO.

Amuestra qué te has hallado, enséñanoslo.

ALAMEDA.

¿Ha visto vuesa merced un cernícalo?

SALCEDO.

Sí, muy bien.

ALAMEDA.

Pues mayor es mi hallazgo con mas de veinte y cinco maravedís.

SALCEDO.

¿Es posible? amuestra á ver.

ALAMEDA.

Ni sé si la venda, ni sé si lampeñe.

SALCEDO.

Amuestra.

ALAMEDA.

A paso, á paso, mírela tantico.

SALCEDO.

¡Oh desventurado de mí! ¿que todo eso era tu hallazgo?

ALAMEDA.

¿Cómo? ¿no's bueno? Pues sepa vuesa merced que viniendo del monte por leña, me la'ncontré junto al vallado del corralejo este diabro de hilosomía. ¿Y adónde nacen estas, si sabe vuesa merced?

SALCEDO.

Hermano Alameda, no sé qué te diga, sino que fuera mejor que se te cayeran las pestañas de los ojos antes que te acontesciera una desdicha tan grande.

ALAMEDA.

¿Desdicha es hallarse el hombre una pieza como esta?

SALCEDO.

¿Y cómo si es desdicha? No quisiera estar en tu piel por todo el tesoro de Venecia. ¿Tú conoces este pecador?

ALAMEDA.

¿Pecador es este?

SALCEDO.

Dime, Alameda, ¿no tienes noticia del santero que desollaron los ladrones la cara por roballo, Diego Sanchez?

ALAMEDA.

¿Diego Sanchez?

SALCEDO.

Sí, Diego Sanchez; no me puedes negar que no sea este.

ALAMEDA.

¿Qu'est'es Diego Sanchez? ¡Oh desdichada de la madre que me parió! ¿Pues cómo no m'encontró Dios con unas arguenas de pan, y no con una cara de un desollado? Ce, Diego Sanchez, Diego Sanchez: no, no pienso que responderá por mas voces que le den. Y diga, señor, ¿qué se hicieron de los ladrones? ¿halláronlos?

SALCEDO.

No los han hallado; pero sábete, hermano Alameda, que anda la justicia muerta por saber quién son los delincuentes.

ALAMEDA.

Y por dicha, señor, ¿soy yo agora el delincuente?

SALCEDO.

Sí hermano.

ALAMEDA.

¿Pues qué me harán si me cogen?

SALCEDO.

El menor mal que te harán (cuando muy misericordiosamente se hayan contigo) será ahorcarte.

ALAMEDA.

Ahorcarme, y despues echarme han á galeras, y mas yo que soy algo ahogadizo de la garganta; y asi por averiguado tengo, señor, que si me ahorcasen, se me quitaria la gana del comer.

SALCEDO.

Lo que yo te doy por consejo, hermano Alameda, es que luego te vayas á la ermita de sant Anton, y te hagas santero asi como lo era el otro cuitado, y de este arte la justicia no te hará mal ninguno.

ALAMEDA.

Y dígame, señor, ¿cuánto me costará una tablilla y campanilla como aquella de aquel desdichado?

SALCEDO.

No es menester hacella de nuevo, que la del pasado santero anda vendiendo el pregonero de la villa, y se la podrás comprar: mas de una cosa tengo miedo.

ALAMEDA.

Yo de mas de doscientas. ¿Y es la suya de qué?

SALCEDO.

Que estando solo en la ermita, te podria asombrar alguna noche el espíritu de aquel cuitadillo; pero mas vale que te asombre á ti, que no que asombres tú á otros colgado del pescuezo como podenco en barbacana.

ALAMEDA.

Y mas yo, qu'en apretándome la nuez un poco no puedo resollar.

SALCEDO.

Pues, hermano, anda presto, porque si te tardas, podria ser que topases la justicia.

ALAMEDA.

¿Y qué se ha de hacer de aquesta filomancia, ó qué es?

SALCEDO.

Esta, déjala estar, no te topen con ella.

ALAMEDA.

Pues yo me voy, ruegue á Dios que me haga buen santero: hora, sus, quedad norabuena, señor Diego Sanchez.

SALCEDO.

Agora menester será, pues le he hecho encreyente á este animalazo que esta carátula es el rostro de Diego Sanchez, de hacelle una burla sobre ella, y es que yo me quiero ir á apañar con una sábana lo mejor y mas artificiosamente que pueda, y le saldré al encuentro, fingiendo que soy el espíritu de Diego Sanchez, y vereis qué burla tan concertada será esta. Sus, voilo á poner por obra.

(Bosque. *Éntrase Salcedo, y sale Alameda, simple, vestido como de santero, con una lumbre en la mano y una campanilla.*)

ALAMEDA.

Para la lámpara del aceite, señores. Trabajosísima cosa es el hombre santero, que nunca se mantiene sino de mendrugos de pan: que no parezco sino gozque de conejero, que lo matan de hambre porque cace mejor á sabor; y mas que los gozques que solia tener por amigos, como me ven con este trage me han desconocido; y como ven que de puerta en puerta ando pidiendo, y les recojo los mendrugos de pan que ellos solian tener por principal mantenimiento, asi se vienen á mí las bocas abiertas, como el cuquillo á las mariposas; y lo peor de todo es que no se menea un mosquito en la ermita, cuando luego pienso que es el álima del santero desollado, y no tengo otro remedio sino en sintiendo algo, capuzarme la cabeza debajo la ropa, que no parezco sino olla de arroz que la tapan porque no se le salga la substancia della. Dios me despene por quien él es. Amen.

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

¡Ay! llamado me han. ¿Hay quien dé por Dios para la lámpara del aceite?

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

Ya son dos Alamedadas. Alameda y en mitad del monte, no es por mi bien. Dios sea conmigo.

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

El Espíritu Santo consolador sea conmigo y contigo. Amen. Quizás será alguno que me quiera dar limosna.

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

Asi, asi, mucho Alameda, Alameda, y despues quebrarme han el ojo con una blanca.

SALCEDO.

Alonso de Alameda.

ALAMEDA.

Alonso y todo: ya me saben el nombre de pila, no es por bien esto: quiero preguntar que quién es, con dolor de mi corazon. ¿Quién sois?

SALCEDO.

¿No me conosces en la voz?

ALAMEDA.

¿Yo en la voz? ni aun querria; no os conozco si no os viese la cara.

SALCEDO.

¿Conociste á Diego Sanchez?

ALAMEDA.

Él es, él es; mas podrá ser que no sea él, sino otro. Señor, conoscí siete ú ocho en esta vida.

SALCEDO.

¿Pues cómo no conosces á mí?

ALAMEDA.

¿Sois vos alguno dellos?

SALCEDO.

Sí soy; porque antes que me desollasen la cara.....

ALAMEDA.

El desollado es, el desollado es; Dios sea con mi álima.

SALCEDO.

Porque me conozcas me quiero mostrar á ti.

ALAMEDA.

¿A mí? Yo os lo perdono: mas, señor Diego Sanchez, aguarde que pase por el camino otro que le conozca mejor que yo.

SALCEDO.

A ti soy enviado.

ALAMEDA.

¿A mí, señor Diego Sanchez? Por amor de Dios, yo me doy por vencido, y me pesa de buen corazon, y de mala voluntad.

SALCEDO.

¿Qué dices?

ALAMEDA.

Estoy turbado, señor.

SALCEDO.

¿Conócesme agora?

ALAMEDA.

Ta, ta, ta, sí señor; ta, ta, ta, ya le conozco.

SALCEDO.

¿Quién soy yo?

ALAMEDA.

Si no m'engaño, sois el santero que le desollaron la cara por roballe.

SALCEDO.

Sí soy.

ALAMEDA.

Pluguiera á Dios que nunca lo fuérades. ¿Y no teneis cara?

SALCEDO.

Denantes solia tener cara, aunque agora la tengo pegadiza por mis pecados.

ALAMEDA.

¿Pues qué quiere agora, señor su merced Diego Sanchez?

SALCEDO.

¿Dónde estan las notomías de los muertos?

ALAMEDA.

A las sepulturas me envia. ¿Y comen allá, señor Diego Sanchez?

SALCEDO.

Sí: ¿por qué lo dices?

ALAMEDA.

¿Y qué comen?

SALCEDO.

Lechugas cocidas, y raices de malvas.

ALAMEDA.

Bellaco manjar es ese por cierto. ¡Qué de purgados debe de haber allá! ¿Y por qué me quereis llevar con vos?

SALCEDO.

Porque sin mi licencia os posistes mis ropas.

ALAMEDA.

Tómelas, tómelas, y lléveselas, que no las quiero.

SALCEDO.

Vos propio habeis de venir, y si diéredes el descargo que convenga, dejaros han que volvais.

ALAMEDA.

¿Y si no?

SALCEDO.

Quedaros heis con las notomías en las cisternas viejas. Mas resta otra cosa.

ALAMEDA.

¿Qué es, señor?

SALCEDO.

Habeis de saber que aquellos que me desollaron me echaron en un arroyo.

ALAMEDA.

Fresco estaria alli su magnificencia.

SALCEDO.

Y es menester que al punto de la media noche vais al arroyo, y saqueis mi cuerpo y le lleveis al cimenterio de sanct Gil, que está al cabo de la villa, y alli junto digais á grandes voces: Diego Sanchez.

ALAMEDA.

Y diga, señor, ¿tengo d'ir luego?

SALCEDO.

Luego, luego.

ALAMEDA.

Pues señor Diego Sanchez, ¿no será mejor que vaya á casa por un borrico en que vaya caballero su cuerpo?

SALCEDO.

Sí, aguija presto.

ALAMEDA.

Luego torno.

SALCEDO.

Anda, que aqui os aguardo.

ALAMEDA.

Dígame, señor Diego Sanchez, ¿cuánto hay de aqui al dia del juicio?

SALCEDO.

Dios lo sabe.

ALAMEDA.

Pues hasta que lo sepais vos podeis aguardar.

SALCEDO.

Venid presto.

ALAMEDA.

No comais hasta que venga.

SALCEDO.

¿Ansi? aguarda, pues.

ALAMEDA.

Válame sancta María, Dios sea conmigo, que me viene siguiendo.

EL RUFIAN COBARDE.

PASO.

PERSONAS.
- SIGÜENZA, *lacayo.*
- SEBASTIANA, *mundana.*
- ESTEPA, *lacayo.*

(*Calle.*)

SIGÜENZA. SEBASTIANA.

SIGÜENZA.

PASA delante, señora Sebastiana, y cuéntame por extenso, sin poner ni quitar tilde, del arte que te pasó con esa piltraca disoluta, amiga dese antuviador de Estepa, que yo te la pondré de suerte que tengan que contar nascidos y por nascer de lo que en la venganza por tu servicio hiciere.

SEBASTIANA.

Que no, sino cuál hinchiria su cántaro primero á la fuente, venimos á palabras y á las manos, y habiéndome rompido una toca.....

SIGÜENZA.

¡Ah, pese á la puta! ¿por qué no me hallé presente?

SEBASTIANA.

Me llamó de bordonera, piquera, y que su gervilla valia mas que todo mi linage.

SIGÜENZA.

¡Ah putañona! como si yo no supiese que su madre fue una segunda Celestina.

SEBASTIANA.

Y amenazándola yo contigo, me dijo: váyase el ladron desorejado.....

SIGÜENZA.

Qué, ¿tal osó decir? ¡ah Dios! ¿y cómo no se hunde la tierra?

SEBASTIANA.

Que si no se huyera de la carcel, como se huyó, le hicieran escribano Real, y le pusieran en la mano una péndola de veinte y cinco palmos.

SIGÜENZA.

Tomay, si sabe de metáforas la poltronaza.

SEBASTIANA.

Y otras veinte bellaquerías que por no darte enojo dejaré de decir, amigo Sigüenza.

SIGÜENZA.

Ya, ya, no me digas mas. ¡Ladron desorejado! ¿y

de dónde le han nascido alas á esa lendrosilla? Déjame con ella. Pero quien viere un hombre como yo tomarse con una gallina, ¿qué dirá, habiendo conquistado los campos en Italia que todo el mundo sabe?

SEBASTIANA.

La sucia como te ve con ese becoquin de orejas, y los lados rasos, atrévese á hablar, diciendo que te las cortaron por ladron.

SIGÜENZA.

¡Ah pícara! ¿Por ladron á mí? ¿No sabe Dios y todo el mundo que nunca hombre ganó tanta honra quedando sin orejas como quedé yo?

SEBASTIANA.

Yo te creo: pero dime, señor Sigüenza, ¿cómo te lisiaron de ellas?

SIGÜENZA.

En el año de quinientos y cuarenta y seis, á nueve dias andados del mes de abril (la cual historia se hallará hoy en dia escrita en una tabla de cedro en la casa del ayuntamiento de la isla de Mallorca), habiendo yo desmentido á un coronel natural de Ibiza, y no osándome demandar la injuria por su persona, siete soldados suyos se convocaron á sacarme al campo, los nombres de los cuales eran (Dios les perdone) Campos, Piñeda, Osorio, Campuzano, Trillo el cojo, Perotete el zurdo, y Janote el desgarrado; los cinco maté, y los dos tomé á merced.

SEBASTIANA.

¡Válame Dios qué tan gran hazaña! Mas las orejas dime, señor, ¿cómo las perdiste?

SIGÜENZA.

A eso voy: que viéndome cercado de todos siete, por si acaso viniésemos á las manos no me hiciesen presa en ellas, yo mismo (usando de ardid de guerra) me las arranqué de cuajo, y arrojándoselas á uno que conmigo peleaba, le quebranté once dientes del golpe, y quedó torcido el pescuezo, donde al catorceno dia murió, sin que médico ninguno le pudiese dar remedio.

SEBASTIANA.

¡Válame Dios qué golpe tan cruel! qué fuera si le dieras con piedra ó con otra cosa semejante, cuando con tus orejas tal le paraste: ¿mas cómo dice aquella pulga que anduviste no sé qué tiempo en las galeras por ladron?

SIGÜENZA.

¿Ladron? ¡Ah! putilla, putilla, azotada tres veces por la feria de Medina el Campo, llevando la delantera su amigo, ó rufian por mejor decir, Estepa. ¡Ah! Estepilla, Estepilla, ¿no vendrian á tus orejas semejantes palabras para volver por esa andrajosa y vengar este mi airado corazon?

SEBASTIANA.

¿Ello es ansi que fuiste en galera?

SIGÜENZA.

Es la verdad que anduve en la galera bastarda contra mi voluntad no sé qué años; mas mirad qué va de ladron á hombre vividor.

SEBASTIANA.

¿Qué llamais vividor, señor Sigüenza?

SIGÜENZA.

¿No te paresce que es harta buena manera de vivir salirse el hombre á la plaza de mañana, y volverse antes de mediodia con la bolsa llena de reales sin ser mercader ni tener oficio?

SEBASTIANA.

Harto bueno es aqueso.

SIGÜENZA.

Catay pues por qué afrentan á un hombre de honra, y le hacen semejantes injusticias, con usar mi oficio tan limpiamente como todos cuantos hombres de mi arte lo pueden usar, y aun por ventura un poco mejor.

SEBASTIANA.

¿Cómo limpiamente?

SIGÜENZA.

¿No te paresce que es harta limpieza y destreza de manos traer cuatro ó cinco bolsas y faltriqueras á casa sin comprar el cuero de que son hechas, y vaciar las tripas en mi poder?

SEBASTIANA.

Oye, que Estepa viene.

SIGÜENZA.

Por tu vida ten, tenme esta espada.

SEBASTIANA.

¿Para qué?

SIGÜENZA.

Tenla tú y calla, que estos son unos nuevos términos que tengo yo en reñir.

ESTEPA.

¡Ah Sigüencilla! ¿paréscete bien de blasonar de quien vale mas que tu linage, ni poner lengua tras de ninguno?

SIGÜENZA.

Yo, señor Estepa, ¿qué blasoné?

ESTEPA.

Agradesce que estás sin espada.

SEBASTIANA.

Tómala, Sigüenza.

SIGÜENZA.

Quítamela delante, diablo, que yo la tomaré cuando menester sea.

ESTEPA.

Dí, bellaco, ¿no te paresce que esa tu mugercilla no es bastante para descalzar el chapin de la mia?

SIGÜENZA.

Espérese, señor, certificarme he de ello: ¿es verdad lo que dice el señor Estepa, Sebastiana?

SEBASTIANA.

¿Pues no será, si en mi vida la he visto traer chapines?

ESTEPA.

Dejémonos de gracias, doña bruta, andrajo de paramento; y vos, don ladron, tomá vuestra espada.

SIGÜENZA.

Que no es mia, señor, que un amigo me la dejó con condicion que no riñese con ella.

ESTEPA.

Pues desdeciros, como á cobarde que sois, de lo que dijísteis delante de vuestra amiga.

SIGÜENZA.

¿De qué, señor?

ESTEPA.

De que me habian azotado en Medina del Campo, siendo la mayor mentira del mundo.

SIGÜENZA.

Desdecirme, no, no; no me paresce cosa suficiente: ¿qué es de la espada?

SEBASTIANA.

Hela.

SIGÜENZA.

Quítala de ahí no la vea, que mejor será que me desdiga.

ESTEPA.

Acaba, ladron azotado.

SIGÜENZA.

¿Ladron azotado? Sus, perdóneme, que no me quiero desdecir.

ESTEPA.

¿No? pues aguarda.

SIGÜENZA.

Téngase, señor, que yo me desdiré; pero ha de ser con toda mi honra, si á vuestra merced le placiere.

ESTEPA.

¿De qué suerte? veamos.

SIGÜENZA.

Desta: que es muy gran verdad lo que dije como un grandísimo tacaño, y que estaba borracho y fuera de mi seso: no hay mas que tratar.

ESTEPA.

Pues mas habeis de hacer.

SIGÜENZA.

Haré cuanto vuesa merced mandáre.

ESTEPA.

Que me deis la espada.

SIGÜENZA.

¿Cómo daré lo que no es mio, señor?

ESTEPA.

Digo que me la habeis de dar.

SIGÜENZA.

Dádsela, señora Sebastiana, por amor de Dios.

ESTEPA.

Espera, que por fin y remate habeis de recibir de la mano de vuestra amiga tres pasagonzalos en esas narices bien pegados.

SIGÜENZA.

Señor, por amor de Dios, si puede ser, no sean pasagonzalos, sean pasarodrigos.

ESTEPA.

Sus, arrodillaos, porque mas devotamente los recibais.

SIGÜENZA.

Ya estoy, señor, arrodillado; haga de mí lo que se le antojare.

ESTEPA.

Ea, dueña, ¿qué aguardais? Dale recio.

SIGÜENZA.

¡Oh! pésete á quien me vistió esta mañana.

ESTEPA.

Tené tieso ese pescuezo.

SIGÜENZA.

Señora Sebastiana, *miserere mei*, pasito, no tan recio.

ESTEPA.

Bien está, dejadlo para quien es, venios conmigo.

SIGÜENZA.

La moza se me lleva. ¡Ah, Sigüenza, Sigüenza! igual fuera no desdecirte, y reñir de bueno á bueno con este Estepilla, y no quedáras sin honra y despojado de moza, y harto de pasarodrigos. ¡Ay narices mias que aún me duelen! Sus, en seguimiento me voy de mi Sebastiana.

EUFEMIA.

COMEDIA.

PERSONAS.

LEONARDO, *gentil hombre.*
EUFEMIA, *su hermana.*
VALIANNO, *señor de baronías.*
CRISTINA, *criada.*
JIMENA DE PEÑALOSA, *vieja.*
MELCHOR ORTIZ, *simple.*
PAULO, *anciano criado.*
VALLEJO, *lacayo.*
POLO, *lacayo.*
EULALIA, *negra.*
GREMALDO, *paje.*
ANA, *gitana.*
Acompañamiento.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

(*Sala en casa de Leonardo.*)

LEONARDO. MELCHOR.

LEONARDO.

Larga, y en demasiada manera, me ha parescido la pasada noche: no sé si fue la ocasion el cuidado con que de madrugar me acosté; sin duda debe ser ansi. Porque buen rato ha que Eufemia mi querida hermana con sus criadas siento hablar, que con el mismo

pensamiento se fue á dormir, entendiendo de mí que no me pudo apartar de hacer esta jornada. Vereis que no sé si habrá tampoco hecho Melchor lo que anoche le dejé encomendado. Melchor, ¡ah! Melchor.

MELCHOR.

Apriesa, apriesa, que se entran los moros por la villa. Henchí en mal punto el ringlon, si quereis que responda.

LEONARDO.

Melchor. Válgale el diablo á este asno: ¿y dónde está que no me oye?

MELCHOR.

Dizque no oigo: pardiez que si yo quisiese, antes que me llamase tengo oido. Mas que monta, que tambien trato yo de mis intereses como cualquiera hombre de honra. A ese Melchor échele un soportativo y verá cuán recio so con él.

LEONARDO.

Superlativo quieres decir, badajo.

MELCHOR.

Sí, señor. ¿Pues por qué nos barajamos ellotro dia Jimena de Peñalosa é yo?

LEONARDO.

No me acuerdo.

MELCHOR.

¿No se acuerda que nos medio apuñeteamos porque me dijo en mis barbas que era mejor alcurnia la de los Peñalosas que los Ortices?

LEONARDO.

Paresce que me voy acordando ya.

MELCHOR.

¡Ah! gloria á Dios. Pues aquese Melchor aguátele con alguna cosita al principio porque no vaya á secas, y verá lo que pasa.

LEONARDO.

Ah, señor Melchor Ortiz.

MELCHOR.

Agora soy contento. ¿Qué manda vuesa merced?

LEONARDO.

¡Oh! mal os haga Dios! qué ¿tantos términos habemos de tener para que salgais?

MELCHOR.

Que no lo hago en mi álima, sino porque sienta esta mala vieja que soy honrado en la boca de vuesa merced. Que para mi contento con un oyes me sobra tanto como la mar.

LEONARDO.

¿Pues qué se le da á ella de todo aqueso?

MELCHOR.

Que dice ella que es mejor que mi madre, con no haber hombre ni muger en todo mi pueblo que en abriendo la boca no diga mas bien de ella que las abejas del oso.

LEONARDO.

Aqueso, de bien quista debe ser.

MELCHOR.

¿Pues de qué? En verdad, señor, que no se ha hallado tras della tan sola una macula.

LEONARDO.

Mácula querrás decir.

MELCHOR.

Muger que todo el mundo la alaba. ¿No es harto, señor?

LEONARDO.

Pues no sé qué se dice por ahí de sus tramas.

MELCHOR.

No hay que decir. ¿Qué pueden decir? que era un poco ladrona, como Dios y todo el mundo sabe, y algo deshonesta de su cuerpo: lo demas no fuera ella..... ¿Cómo llaman aquestas de cuero que hinchen de vino, señor?

LEONARDO.

Bota.

MELCHOR.

¿No le sabe vuesa merced otro nombre?

LEONARDO.

Borracha.

MELCHOR.

Aqueso tenia tambien que en esotro asi podian fiar

de ella oro sin cuento, como á una gata parida una vara de longanizas, ó de mí una olla de puchas, que todo lo ponia en cobro.

LEONARDO.

Eso es cuanto á la madre. ¿Y tu padre era oficial?

MELCHOR.

Señor, miembro dizque era de justicia en Constantina de la Sierra.

LEONARDO.

¿Qué fue?

MELCHOR.

Miente vuesa merced los cargos de un pueblo.

LEONARDO.

Corregidor.

MELCHOR.

Mas bajo.

LEONARDO.

Alguacil.

MELCHOR.

No era para alguacil, que era tuerto.

LEONARDO.

Porqueron.

MELCHOR.

No valia nada para correr, que le habian cortado un pie por justicia.

LEONARDO.

Escribano.

MELCHOR.

En todo nuestro linage no hubo hombre que supiese leer.

LEONARDO.

¿Pues qué oficio era el suyo?

MELCHOR.

¿Cómo los llaman á aquesos que de un hombre hacen cuatro?

LEONARDO.

Bochines.

MELCHOR.

Asi, asi, bochin, bochin, y perrero mayor de Constantina de la Sierra.

LEONARDO.

Por cierto que sois hijo de honrado padre.

MELCHOR.

¿Pues cómo dice la señora Peñalosa que puede ella vivir con mi zapato, siendo todos hijos de Adrian y Esteban?

LEONARDO.

Calla un poco, que tu señora sale, y éntrate.

ESCENA II.

LEONARDO. EUFEMIA.

EUFEMIA.

¿Qué madrugada ha sido esta, Leonardo, mi querido hermano?

LEONARDO.

Carísima Eufemia, querria, si Dios de ello fuere servido, comenzar hoy mi viaje y encaminarme á aquellas partes que servido fuere.

EUFEMIA.

Qué, ¿todavía estás determinado de caminar sin saber á dó? Cruel cosa es esta. Mi hermano eres, pero no te entiendo. ¡Ay sin ventura! que cuando á pensar me pongo tu determinacion y firme propósito, la muerte de nuestros carísimos padres se me representa. ¡Ay hermano! acordarte debrias que al tiempo que tu padre é mio murió, cuanto á tí dél quedé encomendada, por ser muger y menor que tú. No hagas tal, hermano Leonardo: ten piedad de aquesta hermana desconsolada, que á tí con justísimas plegarias se encomienda.

LEONARDO.

Cara y amada Eufemia, no procures estorbar con tus piadosas lágrimas lo que tantos dias ha que tengo determinado, de lo cual sola la muerte sería parte para estorballo. Lo que suplicarte se me ofresce es que hagas aquello que las virtuosas y sabias doncellas, que del amparo paterno han sido desposeidas y apartadas, suelen hacer: no tengo mas que avisarte, sino que do quiera que me hallare, serás á menudo con mis letras visitada. Y por agora en tanto que yo me llego á oir misa, harás á ese mozo que entienda en lo que anoche le dejé mandado.

EUFEMIA.

Vé, hermano, en buen hora, y en tus oraciones pide á Dios que me preste aquel sufrimiento que para soportar tu ausencia me será conveniente.

LEONARDO.

Asi lo haré: queda con Dios.

ESCENA III.

EUFEMIA. MELCHOR.

EUFEMIA.

Ortiz. Melchor Ortiz.

MELCHOR.

Señora. Tomado lo han á destajo esta mañana.

EUFEMIA.

Sal aquí, que eres de menester.

MELCHOR.

Ya, ya, no me digais mas, que ya voy atinando lo que me quiere.

EUFEMIA.

Pues si lo sabeis, haceldo y despachá, que vuestro señor es ido á oir misa, y será presto de vuelta.

MELCHOR.

No sé por donde me lo comience.

EUFEMIA.

Con tal que se haga todo, comenzá por dó querreis.

MELCHOR.

Ora, sus, ya voy en el nombre de Dios. ¿Mas sabe vuesa merced qué querria yo?

EUFEMIA.

No, si no lo dices.

MELCHOR.

Saber á lo que vó, ó á qué.

EUFEMIA.

¿Qué te mandó tu señor anoche antes que se fuese á acostar? Oislo, Jimena de Peñalosa.

ESCENA IV.

EUFEMIA. MELCHOR. JIMENA.

JIMENA.

Mi ánima, entrañas de quien bien os quiere. ¡Ay! si he podido dormir una hora en toda esta noche.

EUFEMIA.

¿Y de qué, ama?

JIMENA.

Mosquitos, que en mi conciencia unas herroñadas pegan, que mal año para abejon.

MELCHOR.

Debe dormir la señora abierta la boca.

JIMENA.

Si duermo ó no, ¿qué le va al gesto de renacuajo?

MELCHOR.

¿Cómo quiere la señora que no se peguen á ella los mosquitos, si de ocho dias que tiene la semana se echa los nueve hecha cuba?

JIMENA.

¡Ay! señora, ¿paréscele á vuesa merced que se ha dejado decir ese cucharon de comer gachas en mitad de mi cara? ¡Ay! plegue á Dios que en agraz te vayas.

MELCHOR.

¡En agraz! A lo menos no la podrán comprender á la señora esas maldiciones, aunque me perdone.

JIMENA.

¿Por qué, molde de bodoques?

MELCHOR.

¿Cómo se puede la señora chapa de palmito ir en agraz, si á la contina está hecha uva?

JIMENA.

Aosadas, don mostrenco, si no me lo pagáredes.

MELCHOR.

Pase adelante la cara de mula que tiene torozon.

JIMENA.

¡Ay! señora, déjeme vuesa merced llegar á ese pai-

lon de cocer meloja. ¿Qué le paresce cual me para el aguja de ensartar matalates? ¡Paramento de bodegon! allega, allega, canton de encrucijada, aparejo para cazar abejarucos.

EUFEMIA.

Paso, paso, ¿qué es esto? ¿No ha de haber mas crianza, siquiera por quien teneis delante?

ESCENA V.

CRISTINA Y DICHOS.

CRISTINA.

¡Ay! señora, ¿y no hay un palo para este lechonazo? Por mi salud si no paresce que anda acá fuera algun juego de cañas segun el estruendo.

EUFEMIA.

En verdad que parescen contino, estando juntos, gato y perro.

CRISTINA.

Haria mejor á buena fe, ese señor Ortiz, de mirar por aquel cuartago, que tres dias ha no se le cae la silla de encima.

MELCHOR.

Mas me maravillo, hermana Cristina, de lo que dices. ¿Cómo demonio se le ha de caer, si está con la gurupera y con entrambas á dos las cinchas engarrotadas?

EUFEMIA.

Librada sea yo del que arriedro vaya. ¿Paréscete que es bien estar el cuartago sin quitar la silla tres dias ha? Ved con qué alientos estará para hacer jornada.

JIMENA.

Los recados del señor.

MELCHOR.

¿Qué recados? Si yo no le tuviera tan buena voluntad, ¿dejáralo estar ansi?

CRISTINA.

¿Y paréscete á ti que procede de buen querer dejalle con la silla tres dias?

MELCHOR.

Pardiez, hermana Cristina, que la verdad que te diga, yo no le dejé dormir vestido, sino porque se alegrase con la silla y freno nuevo que tiene. Otro peor mal no tuviese, que esotro bien le pasaria.

EUFEMIA.

¡Ay amarga! ¿y qué?

MELCHOR.

Que desde que señor vino anteyer del alquería, maldito el grano de cebada que ha probado, de todos cuantos piensos le he puesto.

EUFEMIA.

¡Jesus! Dios sea conmigo: ¿pues agora lo dices? Corre, Cristina, mira si es verdad lo que este dice.

MELCHOR.

Verdad, señora, asi como yo soy hijo de Gabriel Ortiz é Arias Carrasco, verdugo y perrero mayor de Constantina de la Sierra.

JIMENA.

Honrados dictados tenia el señór vuestro padre.

MELCHOR.

Tal me haga á mí Dios, amen.

EUFEMIA.

Harto bien te deseas por cierto.

MELCHOR.

Señora, no se engañe vuesa merced, que en ahorcando mi padre á cualquiera, no hablaba mas el juez en ello que si nunca hubiera tocado en él.

CRISTINA.

¡Ay señora qué desventura tan grande! Mire vuesa merced cómo habia de comer el rocin con freno y todo en la boca.

EUFEMIA.

¿Con freno?

MELCHOR.

Sí señora, el freno, el freno.

EUFEMIA.

¿Pues con el freno le has dejado, traidor?

MELCHOR.

¿Pues he de ser yo adivinador, ó vengo yo de casta para ser tan mal criado como aqueso?

EUFEMIA.

¿Pues qué mala crianza era desenfrenar un rocin?

MELCHOR.

Si le enfrenó nostramo, ¿paréscele qu'era límite de buena crianza, y diera buena cuenta de mí en deshacer lo que señor habia hecho?

JIMENA.

La retórica como la quisiéredes, que respuesta no ha de faltar.

MELCHOR.

¿Retórica? ¿Sabe que la mamé en la leche?

EUFEMIA.

¿Tan sábia era su madre del señor?

MELCHOR.

Pardiez, señora, las noches por la mayor parte en levantándose de la mesa, no habia pega ni tordo en gavia que tanto chirlase.

CRISTINA.

Ay, señora, éntrese vuesa merced; remediarse ha

lo que se pudiere, que ya mi señor dará vuelta y querrá luego partir.

EUFEMIA.

Bien has dicho, entremos.

JIMENA.

Pase delante el de los buenos recados.

MELCHOR.

Vais ella, la de las buenas veces.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

(*Calle.*)

POLO. VALLEJO.

POLO.

A buen tiempo vengo, que ninguno de los que quedaron de venir han allegado; pero ¿qué aprovecha, si yo por cumplir con la honra de este desesperado de Vallejo he madrugado antes de la hora que limitamos? ¡Catá que es cosa hazañosa la deste hombre, que ningun dia hay en toda la semana que no pone los lacayos de casa, ó parte dellos, en revuelta! Mirá hora por qué diablos se envolvió con Grimaldicos el page del capiscol, siendo uno de los honrados mozos que hay

en el pueblo. Hora yo tengo de ver cuánto tira su barra, y á cuánto alcanza su ánimo, pues presume de tan valiente.

VALLEJO.

¿Tal se ha de sufrir en el mundo? ¿Cómo puede pasar una cosa como esta, y mas estando á la puerta de la Seo, donde tanta gente de lustre se suele llegar? ¿Hay tal cosa, que un rapaz descaradillo que ayer nasció se me quiera venir á las barbas, y que me digan á mí los lacayos de mi amo que calle por ser el capiscol su señor amigo de quien á mí me da de comer? Asi podria yo andar desnudo é ir de aqui á Jerusalen los pies descalzos y con un sapo en la boca atravesado en los dientes, que tal negocio dejase de castigar. Acá está mi compañero. ¡Ah! mi señor Polo, ¿acaso ha venido alguno de aquellos hombrecillos?

POLO.

No he visto ninguno.

VALLEJO.

Bien está, señor Polo: la merced que se me ha de hacer es que aunque vea copia de gente, dobleis vuestra capa y os asenteis encima, y tengais cuenta en los términos que llevo en mis pendencias, y si viéredes algunos muertos á mis pies (que no podrá ser menos, placiendo á la Magestad divina), el ojo á la justicia en tanto que yo me doy escape.

POLO.

¿Cómo? ¿Qué tanto pecó aquel pobre mozo que os

habeis querido poner en necesidad á vos y á vuestros amigos?

VALLEJO.

¿Mas quiere vuesa merced, señor Polo? Si no que llevando el rapaz la falda al capiscol su amo, al dar la vuelta tocarme con la contera en la faja de la capa de la librea. ¿A quién se le hubiera hecho semejante afrenta que no tuviera ya docena y media de hombres puestos á hacer carne momia?

POLO.

¿Por tan poca ocasion? ¡válame Dios!

VALLEJO.

¿Poca ocasion os parece reírseme despues en la cara, como quien hace escarnio?

POLO.

Pues de verdad que es Grimaldicos honrado mozo, y que me maravillo hacer tal cosa; pero él vendrá y dará su descargo, y vos, señor, le perdonareis.

VALLEJO.

¿Tal decís, señor Polo? Mas me pesa que sois mi amigo, por dejaros decir semejante palabra. Si aqueste negocio yo agora perdonase, decíme vos, ¿cuál quereis que esecute?

POLO.

Hablad paso, que veisle aqui do viene.

ESCENA II.

POLO. VALLEJO. GRIMALDO.

GRIMALDO.

Ea, gentiles hombres, tiempo es agora que se eche este negocio á una banda.

POLO.

Aqui estaba rogando al señor Vallejo que no pasase adelante este negocio; y halo tomado tan á pechos que no basta razon con él.

GRIMALDO.

Hágase vuesa merced á una parte, y veamos para cuánto es esa gallinilla.

POLO.

Hora, señores, óiganme una razon, y es que yo me quiero poner de por medio: veamos si me harán tan señalada merced los dos que no riñan por agora.

VALLEJO.

Asi me podrian poner delante todas las piezas de artillería que estan por defensa en todas las fronteras de Asia, África y Europa, con el serpentino de bronce que en Cartagena está desterrado por su demasiada soberbia, y que volviesen agora á resucitar las lombardas de hierro colado con que aquel cristianísimo rey D. Fernando ganó á Baza, y finalmente aquel tan nombrado galeon de Portugal con toda la canalla que lo ri-

ge viniese, que todo lo que tengo dicho y mentado fuese bastante para mudarme de mi propósito.

POLO.

Por Dios, señor, que me habeis asombrado, y que no estaba aguardando sino cuando habíades de mezclar las galeras del gran turco, con todas las demas que van de levante á poniente.

VALLEJO.

¿Qué no las he mezclado? pues yo las doy por emburulladas, vengan.

GRIMALDO.

Señor Polo, ¿para qué tanto almacen? Hágase á una banda, y déjeme con ese ladron.

VALLEJO.

¿Quién es ladron, babosillo?

GRIMALDO.

Tú lo eres; ¿hablo yo con otro alguno?

VALLEJO.

¿Tal se ha de sufrir? ¿que se ponga este desbarbadillo conmigo á tú por tú?

GRIMALDO.

Yo, liebre, no he menester barbas para una gallina como tú; antes con las tuyas delante del señor Polo pienso limpiar las suelas de estos mis estivales.

VALLEJO.

¡Las suelas, señor Polo! ¿Qué mas podia decir aquel valerosísimo español Diego García de Paredes?

GRIMALDO.

¿Conocístele tú, palabrero?

VALLEJO.

¿Yo, rapagon? El campo de once á once que se hizo en el Piamonte, ¿quién le acabó sino él y yo?

POLO.

¿Vuesa merced? ¿Y es cierto eso del campo?

VALLEJO.

¡Buena es esa pregunta! y aun unos pocos de hombres que allí sobraron por estar cansado, ¿quién les acabó las vidas sino aqueste brazo que veis?

POLO.

Pardiez que me paresce aquello una cosa señaladísima.

GRIMALDO.

Que miente, señor Polo. Un hombre como Diego García de Paredes, ¿se habia de acompañar con un ladron como tú?

VALLEJO.

¿Ladron era yo entonces, palominillo?

GRIMALDO.

Si entonces no, agora lo eres.

VALLEJO.

¿Cómo lo sabes tú, ansarino nuevo?

GRIMALDO.

¿Cómo? ¿Qué fue aquello que te pasó en Benavente, que está la tierra mas llena dello que de simiente mala?

VALLEJO.

Ya, ya sé qué es eso: á vuesa merced que sabe de negocios de honra, señor Polo, quiero contárselo, que á semejantes pulgas no acostumbro dar satisfecho. Yo, señor, fui á Benavente á un caso de poca estofa, que no era mas sino matar cinco lacayos del conde, porque quiero que lo sepa. Fue porque habian revelado una mugercilla que estaba por mí en casa del padre en Medina del Campo.

POLO.

Toda aquella tierra sé muy bien.

VALLEJO.

Despues que ellos fueron enterrados, y yo por mi retraimiento me viese en alguna necesidad, acodiciéme de un manto de un clérigo y unos manteles de casa de un bodegonero donde yo solia comer, y cogióme la justicia, y en justo y en creyente, &c. Y esto es lo que aqueste rapaz está diciendo. Pero agora, ¿fáltame á mí de comer en casa de mi amo para que use yo de aquesos tratos?

GRIMALDO.

Suso, que estoy de priesa.

VALLEJO.

Señor Polo, aflójeme vuesa merced un poco aquestas ligagambas.

POLO.

Aguarde un poco, señor Grimaldo.

VALLEJO.

Agora apriéteme aquesta estringa del lado de la espada.

POLO.

¿Está agora bien?

VALLEJO.

Agora métame una nómina que hallará al lado del corazon.

POLO.

No hallo ninguna.

VALLEJO.

¿Qué? ¿no traigo una nómina?

POLO.

No por cierto.

VALLEJO.

Lo mejor me he olvidado en casa debajo de la cabecera del almohada, y no puedo reñir sin ella. Espérame aqui, ratoncillo.

GRIMALDO.

Vuelve acá, cobarde.

VALLEJO.

Hora, pues sois porfiado, sabed que os dejára un poco mas con vida si por ella fuera. Déjeme, señor

Polo, hacer á ese hombrecillo las preguntas que soy obligado en descargo de mi conciencia.

POLO.

¿Qué le habeis de preguntar? decí.

VALLEJO.

Déjeme vuesa merced hacer lo que debo. ¿Qué tanto ha, golondrinillo, que no te has confesado?

GRIMALDO.

¿Qué parte eres tú para pedirme eso, cortabolsas?

VALLEJO.

Señor Polo, vea vuesa merced si quiere aquese pobrete mozo que le digan algo á su padre, ó qué misas manda que le digan por su alma.

POLO.

Yo, hermano Vallejo, bien conozco á su padre y madre, cuando algo sucediese, y sé su posada.

VALLEJO.

¿Y cómo se llama su padre?

POLO.

¿Qué os va en saber su nombre?

VALLEJO.

Para saber despues quién me querrá pedir su muerte.

POLO.

Ea, acabá ya, que es vergüenza: ¿no sabeis que se llama Luis de Grimaldo?

VALLEJO.

¿Luis de Grimaldo?

POLO.

Sí, Luis de Grimaldo.

VALLEJO.

¿Qué me cuenta vuesa merced?

POLO.

No mas que aquesto.

VALLEJO.

Pues, señor Polo, tomad aquesta espada, y por el lado derecho apretá cuanto pudiéredes, que despues que sea ejecutada en mí esta sentencia, os diré el por qué.

POLO.

Yo, señor, líbreme Dios que tal haga, ni quite la vida á quien nunca me ha ofendido.

VALLEJO.

Pues, señor, si vos por serme amigo rehusais, vayan á llamar á un cierto hombre de Piedrahita, á quien yo he muerto por mis propias manos casi la tercera parte de su generacion, y aquese como capital enemigo mio vengará en mí propio su saña.

POLO.

¿A qué efecto?

VALLEJO.

¿A qué efecto me preguntais? ¿No decís que es ese hijo de Luis de Grimaldo, alguacil mayor de Lorca?

POLO.

Y no de otro.

VALLEJO.

¡Desventurado de mí! ¿Quién es el que me ha librado tantas veces de la horca, sino el padre de aquese caballero? Señor Grimaldo, tomad vuestra daga, y vos mismo abrid aqueste pecho, y sacadme el corazon, y abrilde por medio, y hallareis en él escripto el nombre de vuestro padre Luis de Grimaldo.

GRIMALDO.

¿Cómo? que no entiendo eso.

VALLEJO.

No quisiera haberos muerto por los santos de Dios, por toda la soldada que me da mi amo. Vamos de aqui, que yo quiero gastar lo que de la vida me resta en servicio deste gentil hombre en recompensa de las palabras que sin le conoscer he dicho.

GRIMALDO.

Dejemos aqueso, que yo quedo, hermano Vallejo, para todo lo que os cumpliere.

VALLEJO.

Sus, vamos, que por el nuevo conoscimiento nos

entraremos por casa de Malara el tabernero, que aqui traigo cuatro reales: no quede solo un dinero que todo no se gaste en servicio de mi mas que señor Grimaldo.

GRIMALDO.

Muchas gracias, hermano: vuestros reales guardaldos para lo que os convenga, que el capiscol mi señor querrá dar la vuelta á casa, y yo estoy siempre para vuestra honra.

VALLEJO.

Señor, como criado menor me puede mandar. Vaya con Dios. ¿Ha visto vuesa merced, señor Polo, el rapaz como es entonado?

POLO.

A fe que paresce mozo de honra. Pero vamos qu'es tarde. ¿Quién quedó en guarda de la mula?

VALLEJO.

El lacayuelo quedó. ¡Ah Grimaldico, Grimaldico, cómo te has escapado de la muerte por dárteme á conocer! pero guarte no vuelvas á dar el menor tropezoncillo del mundo, que toda la parentela de los Grimaldos no será parte para que á mis manos ese pobrete espritillo, que aún está con la leche en los labios, no me le rindas.

ESCENA III.

(*Plaza pública.*)

LEONARDO. MELCHOR.

MELCHOR.

¡Oh, gracias á Dios que me le deparó! ¿Parécele que ha sido buena la burla? ¿Esta es la compañía que me prometió de hacer antes que saliésemos de nuestra tierra, y lo que mi señora le rogó?

LEONARDO.

¿Qué fue lo que me rogó, que no me acuerdo?

MELCHOR.

¿No le rogó que me hiciese buena compañía?

LEONARDO.

¿Pues qué mala compañía has tú de mí rescebido en esta jornada?

MELCHOR.

Fíase el hombre en él, pensando luego daremos la vuelta, y ha unas siete horas que anda un hombre como perro rastrero, y á mal ni á bien no le he podido dar alcance.

LEONARDO.

¿No podíades dar la vuelta á la posada temprano, ya que no me hallabas?

MELCHOR.

Acabe ya. ¿Tenia yo blanca para dar al pregonero?

LEONARDO.

¿Y para qué al pregonero, acemilon?

MELCHOR.

Para que me pregonára como á bestia perdida, y asi de lance en lance me adestrára donde á vuesa merced le habian aposentado.

LEONARDO.

¿Qué, tan poca habilidad es la tuya que á la posada no atinas?

MELCHOR.

¿Pues si atinára, habia de estar agora por desayunarme?

LEONARDO.

¿Qué no has comido? ¿es posible?

MELCHOR.

¡Calle! ¿tengo el buche templado como halcon cuando le hacen estar en dieta de un dia para otro?

LEONARDO.

¿Cómo diablos te perdistes esta mañana?

MELCHOR.

Como vuesa merced iba ocupado hablando con aquel amigo, que no fue hombre, sino azar para mí, yo des-

viéme un poco, pensando que hablaba de secreto y no mas, cuanto doy la vuelta á ver una tabla de pasteles que llevaba un mochacho en la cabeza; atraviesan á mí otros dos (que verdaderamente el uno parecia á vuesa merced en las espaldas) y los dos cuélanse dentro en la Seo á oir misa que decian, que duró hora y media: yo contino alli detras pensando que era vuesa merced, y cuando se volvió á decir el *benelicamus dolime*, que responden los otros *dougráfilas*, lleguéme ad'aquel que le parecia, y díjele: ¡ea, señor, ¿habemos de ir á casa? él, que vuelve la cabeza, y me ve, dijo: ¿conócesme tú, hermano?

LEONARDO.

¡Oh quién te viera!

MELCHOR.

Yo que veo el preito mal parado, acudo á las puertas para volverle á buscar, y mis pecados que siempre andan haciéndome gestos, hállolas todas cerradas.

LEONARDO.

¡Cuál andarias!

MELCHOR.

Yo diré qué tal. ¿Ha visto vuesa merced raton caido en ratonera, que buscando por do soltarse anda dando topetadas de un cabo á otro para huir?

LEONARDO.

Sí he visto algunas veces.

MELCHOR.

Pues ni mas ni menos andaba el sin ventura de

Melchor Ortiz Carrasco, hasta que fortuna me deparó á una parte una puertecilla por do vi salir algunas gentes que se habian quedado rezagadas á oir aquella misa, qu'era la postrera. Pero vamos, señor, si habemos d' ir.

LEONARDO.

¿Adónde?

MELCHOR.

¿Diaque adónde? á casa.

LEONARDO.

¿A casa? ¿y á qué á tal hora?

MELCHOR.

Señor, para tomar por la boca un poco de orégano y sal.

LEONARDO.

¿Para qué sal y orégano?

MELCHOR.

Para echar la tripas en adobo.

LEONARDO.

¿Cómo?

MELCHOR.

Señor, ya ellas estan vinagre de pura hambre, con el orégano y sal ternán con que sustentarse si le paresce á vuesa merced.

LEONARDO.

Pues agora no puede ser: and'acá conmigo, que Valiano que es señor de aqueste pueblo, con quien yo agora de nuevo he asentado, está en vísperas, y tén-

gole de acompañar, y oirás las mas solemnes voces que oiste en toda tu vida.

MELCHOR.

Vamos, señor, en hora buena; pero si oir voces se pudiese excusar, rescebiria yo señaladísima merced.

LEONARDO.

¡Ah, don traidor! que agora pagareis lo que al cuartaguillo hecistes estar ayuno: ¡ah! ¿acordaisos?

MELCHOR.

Pues pecador fui yo á Dios, hiciérame pagar vuesa merced el pecado donde cometí el delito, y no donde asi me puedo caer á una cantonada desas que no hallaré quien me diga ¿qué has menester?

LEONARDO.

Ora, suso, toma toda esa calle adelante, y pregunta por el hostal del Lobo: cata aqui la llave, y come tú de lo que hallares en el aposento, y aguárdame en la posada hasta que yo vaya.

MELCHOR.

Agora va razonablemente el partido de Melchor; ¿pero no sabríamos lo que sobró para mí?

LEONARDO.

Camina, que yo aseguro que no quedarás quejoso.

MELCHOR.

Yo voy: quiera Dios que ansi sea.

ESCENA IV.

LEONARDO. POLO.

POLO.

Guarde Dios al gentil hombre.

LEONARDO.

Vengais norabuena, mancebo.

POLO.

Dígame, ¿es vuesa merced un extrangero que llegó los dias pasados á este pueblo en compañía del mayordomo de aquesta tierra?

LEONARDO.

Yo creo que soy aquese por quien preguntais; ¿mas por qué lo decís?

POLO.

Porque anoche sobre mesa trataron de la habilidad suya, y asimismo como era vuesa merced muy gentil escribano y excelente contador: finalmente que sería mucha parte su buena habilidad para entender y tratar en el oficio de secretario de Valiano mi señor, porque como hasta agora sea mozo y por casar, no tiene copia cumplida de los oficiales que á su estado y renta conviene. Holgára yo que vuesa merced quedára en esta tierra y en servicio del señor de ella, por ser uno de los virtuosos caballeros que hay en estas partes.

LEONARDO.

Holgaré por cierto de quedar, porque aquese caballero y yo, que no sé quién es, nos topamos una jornada de aqui, y sabiendo la voluntad mia que era de estar en servicio de un señor que fuese tal, él por la virtud suya me ha encaminado á esta tierra: asimismo como de mi cosecha no tengo habilidad ninguna, sino es aqueste escrebir y contar que cuando niño mis padres (que en gloria sean) me enseñaron, acordaria aquese gentil hombre de dar aviso á vuestro señor de mí, por ver si para su servicio fuese suficiente y habil.

POLO.

Por cierto, señor, que se muestra en él bien que debe de ser persona en quien habrá mas que de él se dice, pero yo creo que andan por la villa en busca suya: vuesa merced vaya á palacio adonde le estan aguardando, que no será razon dejar pasar tan buena coyuntura, sino hacer hincapié, que todos le seremos prestos para su servicio.

LEONARDO.

Muchas gracias, yo lo agradezco, voime.

POLO.

Vaya con Dios.

LEONARDO.

Beso sus manos.

ESCENA V.

PAULO. POLO.

PAULO.

¿Qué es lo que haces, Polo?

POLO.

Ya puede ver, señor Paulino.

PAULO.

¿Has habido noticia d'este gentil hombre que voy buscando por la villa?

POLO.

Ah, agora se va de aqui derecho á palacio, por habelle dado aviso que van en busca suya.

PAULO.

¿Qué manera de hombre ó edad es á lo que muestra?

POLO.

Gentil mancebo y dispuesto es, señor, y muy buena plática que tiene, y su edad será de veinte y cinco ó treinta años.

PAULO.

¿Va bien tratado?

POLO.

Segun su trage, de ilustre prosapia debe ser su descendencia.

PAULO.

¿De qué nascion?

POLO.

Español me paresce.

PAULO.

Anda, vamos.

POLO.

Vaya vuesa merced, que yo por acá me quiero ir á dar vuelta por ver si podré alcanzar una visita de mi señora Eulalia, la negra.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

(*Calle. Noche obscura.*)

VALIANO. LEONARDO. VALLEJO.

VALIANO.

La causa, Leonardo, por qué á tal hora conmigo te mandé que apercibido con tus armas salieses, no fue porque yo viniese á cosa hecha, sino solamente por comunicar contigo aquel negocio que ayer me comenzaste á apuntar, y por eso te he traido por calles tan escombradas de gentes: solamente á Vallejo el lacayo dije que tomase su espada y capa, mandándole quedar á esa cantonada para que con gran vigilancia y cuidado no seamos de nadie espiados, mandándole que haga la guardia.

VALLEJO.

¿Adolos? ¿dónde van? mueran los traidores.

VALIANO.

Paso, paso: ¿á quién has visto? ¿qué te toma?

VALLEJO.

¡Ah pecador de mí! Señor, ¿á qué efecto has salido á poner en peligro tu persona? Vete, señor, á acostar y el señor Leonardo, y déjame con ellos, que yo los enviaré antes que amanezca á cazar gaviluchos á los robres de Mechualon.

VALIANO.

¡Válate el demonio! ¿no aseguras ese corazon? ¿quién me habia de enojar en mi tierra, bausan?

VALLEJO.

¡Oh! reniego de los aparejos con que cazan las tórtolas en la Calabria, ¿y eso dices, señor? ¿no ves que es de noche, pecador soy á Dios, y á lo escuro todo es turbio? A fe de bueno que si no reconociera la voz del señor Leonardo, que no fuera mucho quedar la tierra sin heredero.

VALIANO.

¿A mí, traidor?

VALLEJO.

No sino dormí sin perro: es menester, señor, que de noche vaya avisada la persona, porque en mis manos está el determinarme, y en las de aquel que fir-

mó el gran horizonte con los polos árticos y tantárticos volver la de dos filos á su lugar.

VALIANO.

Todo me paresce bien si no te emborrachases tan á menudo.

VALLEJO.

Eres mi señor y tengo de sufrirte; mas á decírmelo otro, no fuera mucho que estuviese con los setenta y dos.

VALIANO.

Agora quédate ahí, y ten cuenta con que no nos espíe nadie, que es mucho de secreto lo que hablamos.

VALLEJO.

A hombre lo encomiendas, que aunque venga el de las patas de avestruz con todos sus secuaces dando tenazadas por esa calle, no bastará á mudarme el pie derecho donde una vez le claváre.

VALIANO.

Asi conviene. Volvamos á nuestro propósito, Leonardo, y dime: aquesa hermana tuya, despues de ser tan hermosa como dices, ¿es honesta y bien criada?

LEONARDO.

Señor, tú te puedes mejor informar que yo decirlo; porque al fin como yo sea parte y tan principal, no deberian mis razones ser admitidas como de otro cualquiera. La falta, señor, que yo le fallo es ser mi

hermana, que en lo demas podia ser muger de cualquier señor de título segun su manera.

VALLEJO.

Señor Leonardo.

LEONARDO.

¿Qué hay, hermano Vallejo?

VALIANO.

Mira, Leonardo, qué quiere ese mozo.

VALLEJO.

Señor, paresce que entendí que hablaban en negocio de mugeres; y si acaso es asi, por los cuatro elementos de la profundísima tierra, no hay hoy dia hombre en toda la redondez del mundo que mas corrido esté que yo, ni con mas razon.

VALIANO.

¿Cómo, Vallejo?

VALLEJO.

¿Y habia, señor, á quien se pudiese encargar un negocio semejante como á mí?

VALIANO.

¿De qué manera?

VALLEJO.

¿Hay en toda la vida airada, ni en toda la máquina astrologal, á quien mas sujecion tengan las mozas que á Vallejo tu lacayo?

VALIANO.

Calla, villano.

VALLEJO.

No te engañes, señor, que si conoscieses lo que yo conozco en la tierra, aunque seas quien seas, pudiéraste llamar de veras bienaventurado, si fueras como yo dichoso en amores.

VALIANO.

Tú, ¿qué puedes conoscer?

VALLEJO.

¡Malograda de Catalinilla la vizcaina! la que quité en Caliz de poder de Barrientos el sotacómitre de la galera del Grifo, que no andaba en toda el armada moza de mejor talle que era ella.

LEONARDO.

Hermano Vallejo, cállate un poco.

VALLEJO.

No lo digo sino porque hablamos de ballestas.

VALIANO.

¿No callarás, dí?

VALLEJO.

¡Ah, Dios te perdone, Leonor de Valderas! aquella, digo á vuesa merced, que era muger para dar de comer á un ejército.

VALIANO.

¿Qué Leonor era aquesta?

VALLEJO.

La que yo saqué de Córcega, y la puse por fuerza

en un meson de Almería, y alli estúvose nombrando por mia, hasta que yo desjarreté por su respeto á Mingalarios, corregidor de Estepa.

VALIANO.

Válate el diablo.

VALLEJO.

Y corté el brazo á Vicente Arenoso, riñendo con él de bueno á bueno en los percheles de Málaga el agua hasta los pechos.

VALIANO.

Prosigue, Leonardo, que si ello es ansi como tú lo pintas, podrá ser que se hiciese por ti mas de lo que piensas.

LEONARDO.

Señor, yo siempre rescibí y rescibo de tu mano mercedes sin cuenta, pero en cuanto á esta hermana mia, tú sabrás que es mas de lo que tengo dicho.

VALLEJO.

¡Válame nuestra señora del Pilar de Zaragoza! ¡Ah, ladrones, ladrones! Leonardo, apunto, apunto.

LEONARDO.

¿Qué es aqueso que has visto?

VALIANO.

¿Quién son?

VALLEJO.

Tente, tente, señor, no eches mano, que ya todos han huido. ¡Ah! rapagones, en gurullada me vais, agradesceldo.....

VALIANO.

¿A quién?

VALLEJO.

Yo me lo sé: señor Leonardo, en dejando á nuestro amo en casa, quiero que vamos tú y yo á dar una escurribanda á casa de Bulbeja el tabernero.

LEONARDO.

¿Para qué?

VALLEJO.

Para verme con aquellos forasteros que por aqui han pasado; que, segun soy informado, no ha media hora que llegaron de Marbella, y traen una rapaza como un serafin.

VALIANO.

¿Qué dice ese mozo, Leonardo?

LEONARDO.

No lo entiendo, señor.

VALLEJO.

¡Dizque no lo entiende! sé que no hablo yo en algarabía. Veamos de cuando acá han tenido ellos atrevimiento de meter vaca en la dehesa sin registralla el dueño del armadijo.

VALIANO.

Hora yo quiero, Leonardo, si te paresce, dar parte desto á algunas personas principales de mi casa, porque no digan que en un negocio como este me determiné sin dalles parte.

LEONARDO.

Señor, á tu voluntad sea todo.

VALLEJO.

Vamos, señor, que aqui tengo ciertas haciendas antes que amanezca.

VALIANO.

¿Qué haciendas tienes tú, beodo?

VALLEJO.

Señor, un negocio de hartos quilates de honra.

VALIANO.

Veamos los quilates.

VALLEJO.

Ya lo he dicho al señor Leonardo: cobrar unas blanquillas de ciertos jayanes que son venidos aqui á mofar de la tierra: veamos de quién tomaron licencia, sin registrar primero delante de aqueste estival.

VALIANO.

Sus, baste ya, tira adelante.

VALLEJO.

Nunca Dios lo quiera, que mas guardadas van tus espaldas con mi sombra y seguro, que si estuvieras metido en la Mota de Medina, y cargada sobre ti la fornida puente levadiza con que la fuerza de noche se asegura.

ESCENA II.

(*Sala en casa de Leonardo.*)

EUFEMIA. CRISTINA.

EUFEMIA.

Cristina hermana, ¿qué te paresce del olvido tan grande como Leonardo mi querido hermano ha tenido en escrebirme, que ya son pasados buenos dias que letra del no he visto? ¡Oh ánimas del purgatorio bienaventuradas! poned en corazon á aquel hermano que con sus letras ó con su persona me torne alegre y gozosa.

CRISTINA.

Calla, señora mia, no te fatigues, que no habrá podido mas, especialmente que quien sirve á otro pocas veces es de sí señor. Bien sé yo que á él no le faltará voluntad para hacello, sino que negocios por ventura mas árduos de aquel señor á quien sirve, le estorbarán de hacer lo que él querria. Asi, señora mia, no debes enojarte, que cuando no te pienses verás lo que deseas.

EUFEMIA.

¡Ay, amiga mia! Dios por su piedad inmensa lo haga de manera que con letras suyas esta casa nuestra sea contenta y alegre.

ESCENA III.

EUFEMIA. CRISTINA. ANA.

ANA.

Paz sea en esta casa, paz sea en esta casa. Dios te guarde, señora honrada. Dios te guarde. Una limosnica, cara de oro, cara de siempre novia: daca que Dios te hará prosperada, y te dé lo que deseas. Buena cara, buena cara.

CRISTINA.

¿No podeis demandar desde allá fuera? ¡Ay, señora mia, y qué importuna gente! que en lugar de apiadarse la persona dellas y de su pobreza, las tiene odio segun sus importunidades y sus ahincos.

ANA.

Calla, calla, garrida, garrida. Dame limosna por Dios, y diréte la buenaventura que tienes de haber tú y tu señora.

EUFEMIA.

¿Yo? ¡ay cuitada! ¿Qué ventura podrá tener que sea próspera la que del vientre de su madre salió sin ella?

ANA.

Calla, calla, señora honrada: pon un dinerico aqui, sabrás maravillas.

EUFEMIA.

¿Qué tiene de saber la que contino estuvo tan fal-

ta de consuelo, cuanto colmada de zozobras, miserias y afanes?

CRISTINA.

¡Ay señora! por vida suya que le dé alguna cosa, y oigamos los desatinos que aquestas por la mayor parte suelen decir.

ANA.

Escucha, escucha, pico de urraca, que mas sabemos cuando queremos que nadie piensa.

EUFEMIA.

Acabemos; toma y dale aqueso, y vaya con Dios.

CRISTINA.

A buena fe que antes que se vaya nos ha de catar el signo.

EUFEMIA.

Déjala, y váyase con Dios, que no estoy agora de esas gracias.

ANA.

Sosiega, sosiega, señora gentil, ni tomes fatiga antes de su tiempo, que harta te está aparejada.

EUFEMIA.

Yo lo creo: agora sí habeis acertado.

CRISTINA.

No se entristezca, señora, que todo es burla y mentiras cuanto éstas echan por la boca.

ANA.

¿Y la esportilla de los afeites que tienes escondida en el almariete de las alcominias es burla?

CRISTINA.

¡Ay señora! que habla por la boca del que arriedro vaya. Ansi haya buen siglo la madre que me parió, que dice la mayor verdad del mundo.

EUFEMIA.

¿Hay tal cosa? ¿Què, es posible aqueso?

CRISTINA.

Como estamos aqui: decí mas, hermana.

ANA.

No querria que te corrieses por estar tu señora delante.

CRISTINA.

No haré por vida de mi ánima: ¿qué puedes tú decir que sea cosa que perjudique á mi honra?

ANA.

¿Dasme licencia que lo diga?

CRISTINA.

Digo que sí, acabemos.

ANA.

El par de las tórtolas, que heciste creer á la señora que las habian comido los gatos, ¿dónde se comieron?

CRISTINA.

Mira de qué se acuerda: aqueso fue antes que mi señor Leonardo se partiese desta tierra.

ANA.

Asi es la verdad, pero tú y el mozo de caballos os las comistes en el descanso de la escalera: ¡ah! bien sabeis que digo en todo la verdad.

CRISTINA.

Malograda, me coma la tierra, me coma la tierra, si con los ojos lo viera, dijera mayor verdad.

ANA.

Pues señora, una persona tienes lejos de aqui que te quiere mucho, y aunque agora está muy favorecido de su señor, no pasará mucho que esté en peligro de perder la vida por una traicion que le tienen armada: mas calla que aunque sea todo por tu causa, Dios que es verdadero juez y no consiente que ninguna falsedad esté mucho tiempo oculta, descubrirá la verdad de todo ello.

EUFEMIA.

¡Ay desventurada hembra! por causa mia dices que se verá esa persona en peligro. ¿Y quién podrá ser, cuitada, si no fuese mi querido hermano?

ANA.

Yo, señora, no sé mas; pero pues en cosa de las que á tu criada se han dicho no ha habido mentira,

yo me voy, quedad en buen hora, que si algo mas supiere, yo te vendré á avisar: quedad con Dios.

CRISTINA.

¿Y de mí no me dices nada si seré casada ó soltera?

ANA.

Muger serás de nueve maridos, y todos vivos. ¿Qué mas quieres saber? Dios te consuele, señora.

EUFEMIA.

¿No me dices mas de mi negocio, y asi me dejas dudosa de mi salud?

ANA.

No sé mas que decirte, solamente que tu trabajo no será tan durable que en el tiempo del mas fuerte peligro no lo revuelva prudencia y fortuna, que todos remanezcais tan contentos y alegres, cuanto la misericordia divina lo sabe obrar.

ESCENA IV.

EUFEMIA. CRISTINA.

CRISTINA.

¡Ay amarga de mí! Señora, ¿y no vé que me dijo que dizque sería yo muger de nueve maridos, y que todos estarian vivos? ¡Ay malaventurada fui yo! ¿y cómo puede ser aqueso?

EUFEMIA.

Calla, déjame; que aunque todo cuanto éstas dicen puede pasar por señalada burla, con lo que me ha dicho, mas triste quedo y mas afligida que la escura noche. Entrémonos.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

(*Gabinete del palacio de Valiano.*)

VALIANO. PAULO.

VALIANO.

Dime, Paulo, ¿y es posible esto que me cuentas, que tú has estado en la casa desta Eufemia, hermana deste alevoso y malvado de Leonardo, á quien yo en tanta alteza he puesto?

PAULO.

Digo, señor, que sí.

VALIANO.

¿Y tú propio has dormido con ella en su mismo lecho?

PAULO.

Que yo propio he dormido con ella en su mismo lecho. ¿Qué mas quieres?

VALIANO.

Agora, mi fidelísimo Paulo, resta de contarme del arte que con ella te pasó.

PAULO.

Señor, pasóme con ella aquello que pasa con las demas. No fue cierto menester dar muchas vueltas; antes ella de verme pasar por su calle y mirar á una ventana, me envió una criadilla que tiene, llamada por mas señas Cristina.

VALIANO.

¿Y la criada qué te dijo?

PAULO.

Si habia menester algo de aquella casa. Yo como lo sabia antes de agora, asi como yo habia dicho á vuesa merced que no eran menester muchos casamenteros, coléme allá, especialmente que de otras vueltas la dama me conoscia y me habia llevado mis reales: quedéme aquella noche por huesped, y asi otras tres adelante, y visto bien las señas de su persona, como yo, señor, prometí, vine á darte cuenta de lo que habia pasado.

VALIANO.

¿En fin?

PAULO.

En fin, que ella me dió, para que me pusiese en el sombrero ó en la gorra un pedazo de un cabello que le nasce del hombro izquierdo, en un lunar grande, y por ser señales que el señor su hermano Leonardo y tu muy privado no puede negar, acordé de traello: veislo aqui, agora yo he cumplido con quien soy y con la fidelidad que como vasallo te debo. Tú, señor, ordena que ningun traidor se ria de ti, ni menos que

otro se atreva d'aconsejarte, siendo criado tuyo, semejante caso, especialmente donde tan gran quilate pendia de tu honra.

VALIANO.

No cures, Paulo, que bien entendido tenia yo dese traidor que en son de hacerme señalado servicio, queria dar deshonra á esta antigua casa; yo te prometo que no me pague esta traicion menos que con la vida, y que asimismo tú seas galardonado con grandes mercedes por tan señalados servicios.

PAULO.

Ansi conviene, señor, porque el traidor sea por quien es conoscido, y el bueno y el leal por su fidelidad remunerado.

VALIANO.

Vamos, Paulo, que yo te prometo que su castigo sea escarmiento para los presentes y por venir.

PAULO.

Vé, señor, que asi es menester que en los traidores se ejecute la justicia.

ESCENA II.

(*Sala en casa de Leonardo.*)

EUFEMIA. CRISTINA.

EUFEMIA.

¡Ay! Cristina hermana: ven acá, aconséjame tú

aquello que hacer debo, que de crueles angustias tengo aqueste corazon cercado. ¿Qué te diré, sino que despues que aquella gitana con nosotras estuvo, una hora sin mil sobresaltos no he vivido? porque aunque como en burlas tomé sus palabras, asi veo á los ojos sus desconsolados pronósticos.

CRISTINA.

¿Cómo, señora mia? ¡ay! por Dios no te vea yo triste, ni imagines tal, que si en alguna cosa por yerro aciertan, en dos mil devanean; porque todo cuanto hablan no es á otro fin sino por sacar de aqui y de alli con sus palabras lo mas que pueden, y pues aqueste es su oficio, no intentes, señora mia, lo que no cabe en juicio de discretos dalles fe alguna.

EUFEMIA.

¡Ay Cristina! yo bien tengo entendido qu'es asi como tú dices, pero ¿qué quieres, si no puedo quitar de mí esta imaginacion?

CRISTINA.

Calla, señora, encomiéndalo todo á Dios, que es el remediador de todas las cosas. Mas por el siglo de mi madre, hé aqui á Melchor Ortiz.

ESCENA III.

EUFEMIA. CRISTINA. MELCHOR.

CRISTINA.

¡Ah! Melchor hermano, tú seas muy bien venido.

¿Qué nuevas traes á mi señora? dí, ¿qué tal queda señor?

MELCHOR.

Señor bueno está, aunque no le han hecho aquello que diz que le han de hacer.

EUFEMIA.

¿Qué le han de hacer? dime presto.

MELCHOR.

¡Válame Dios! y no se acuite vuesa merced, que primero bien sé que le han de confesar, que ya lo ha dicho el uno de aquestos que andan encapuchados.

CRISTINA.

¿Que andan encapuchados? frailes querrás decir.

MELCHOR.

Sí, sí.

CRISTINA.

¿Qué es lo que le han dicho, Melchor?

MELCHOR.

Que ordene su álima, y que no será nada placiendo á Dios, que en despegándole aqueste de aquesto, le sacarán de la carcel.

EUFEMIA.

¡Ay! Cristina, yo me muero.

CRISTINA.

Callad, señora mia, no diga tal, que aqueste sin

duda desvaría: ¿no le conoce ya vuesa merced? ¿Díjote algo señor? ¿Dióte carta para mi señora?

MELCHOR.

Díjome que me morase acá, porque no queria que le sirviese ninguno despues de finado.

CRISTINA.

¿Cómo finado? ¿qué dices?

MELCHOR.

Digo que no lo ha en voluntad que le finen, sino que se esté como se estaba con su gaznate y todo, pero él su camino ha de hacer.

CRISTINA.

Asno, ¿hate dado alguna carta?

MELCHOR.

¿Dijiste asno á un hombre que puede ya dar consejo segun las viñas y almendrales que hay por ahí adelante?

CRISTINA.

¿Traes carta de tu señor? acaba, dilo.

MELCHOR.

¿No te dicen ya que sí? ¿qué diabros le toma?

CRISTINA.

¿Pues adola?

MELCHOR.

Mira, Cristina, lávame aquestos pies, y zahúma-

me esta cabeza, y dame de almorzar, y déjate de estar á temas conmigo.

CRISTINA.

¿Que te lave yo? Lávete el mal fuego que te abrase; daca la carta.

MELCHOR.

Mírela, señora, en esa talega.

CRISTINA.

No viene aqui nada.

MELCHOR.

Pues si no viene, ¿qué quiere que le haga yo? ¿téngome de acordar dónde está por fuerza?

EUFEMIA.

Dácala, hijo, dime dónde la traes, por un solo Dios.

MELCHOR.

Señora, déjeme volver allá á preguntar á mi señor, si lo halláre por morir, adónde la puso, y acabemos.

EUFEMIA.

¡Ay cuitada! Mira qué es aquello que blanquea en aquella caperuza.

MELCHOR.

Déjalo, dimuño, que es un papel entintado que me dió mi amo el que solia ser, para señora.

EUFEMIA.

¡Ay! pecadora fui á Dios: ¿pues qu'es lo que te han estado pidiendo dos horas há?



[illegible] C. Rodriguez lit.

MELCHOR.

¿Pues aqueso es carta? yo por papel lo tenia: tómela, que por su culpa no se ha caido por el camino, que despues que la puso ahí el que si place á Dios han de finar la semana que viene, no me he acordado mas della que de la primera escudilla de gachas que me dió mi madre.

EUFEMIA.

Cristina, hija, lee tú esa carta, que no tendré yo ánimo ni aun para vella.

CRISTINA.

(Lee.) *Sea dada en la mano de la mas cruel y malvada hembra que hasta hoy se ha visto.*

MELCHOR.

Para ti debe de venir, Cristina, segun las señas dicen.

CRISTINA.

Calla un poco.

(Lee.) *Carta de Leonardo para Eufemia.* = *Si de las justas querellas que de tu injusta y abominable persona, Eufemia, á Dios dar debo, de su mano divina el justo premio sobre ti se ejecutase, no sé si sería bastante tu deshonestísimo y infernal cuerpo á soportar lo que por sus nefandos é inauditos usos merece. ¿Cuál ha sido la causa, maldita hermana, que siendo tú hija de quien eres, y descendiendo de padres tan ilustres, cuya bondad te obligaba á regir en parte alguna, en tanta disolucion y deshonestidad hayas venido, que no solo te des libremente á*

los que tu nefando cuerpo codician, mas aun tanta parte á tus enamorados das de él, que públicamente y en tela de justicia se muestran contra mí con cabellos del lunar de tu persona? De mí cierta estarás que moriré por alabar á quien no conoscia, pues ya la sentencia del señor, á quien contigo queria engañar, revocar no se puede, que solos veinte dias de tiempo me han dado para que yo ordene mi ánima y para si algun descargo pudiere dar. Y porque para quejarme de ti sería derramar razones al viento, vive á tu voluntad, falsa y deshonesta muger, pues yo de ello pagaré con la cabeza lo que tú con tu disolucion ofendiste.

EUFEMIA.

¿Qué es esto? ¿Qué es lo que oigo? ¡Ay desventurada de mí! ¿qué deshonestidades tan grandes han sido las mias, ó quién es aquel que con verdad habrá podido, si no fuere con grandísima traicion y engaño, no solamente dar señas de mi persona, pero ni aun verme, como tú sabes, por mil paredes?

CRISTINA.

¡Ay señora mia! que si fatiga alguna mi señor tiene, yo he sido la causa, que no tú; y si me perdonares, yo bien te diria lo que de aquesto alcanzo.

EUFEMIA.

Dí lo que quisieres: no dudes del perdon, con que me des alguna claridad de lo que en esta atribulada carta oigo.

CRISTINA.

Sabe pues, señora mia, que aunque yo te confiese mi yerro, no tengo tanta culpa, por pecar de ignorancia, como si por malicia lo hiciera.

EUFEMIA.

Di, acaba ya, que no es tiempo de estar gastando tanto en palabras: di lo que hay, no me tengas suspensa, que muero por entenderte.

CRISTINA.

Sabe, señora mia, que en los dias pasados un hombre como extrangero me pidió por ti, diciéndome si sería posible poderte ver ó hablar: yo como viese tu tan grande recogimiento, díjele que lo tuviese por imposible, y él fue tan importuno conmigo, que le dije las señas de toda tu persona, y no contento con esto, hizo conmigo que te quitase una parte del cabello que en el lunar del hombro derecho tienes: yo pensando que no hacia ofensa á tu honra, ni á nadie, tuve por bien, viéndole tan afligido, de hurtártelo estando durmiendo, y asi se lo dí.

EUFEMIA.

No me digas mas, que algun grande mal debe de haber sucedido sobre ello. Vamos de aqui, que yo me determino de ponerme en lo que en toda mi vida pensé, y dentro del término destos veinte dias ir allá lo mas encubiertamente que pueda. Veamos si podré en algo remediar la vida de este carísimo hermano, que sin saber la verdad, tantas afrentas y tantas lástimas me escribe.

CRISTINA.

Si tú aqueso haces y en el camino te apresuras, yo lo doy todo, con el auxilio divino, por remediado. Vamos.

MELCHOR.

¿Yo tengo de ir allá?

CRISTINA.

Sí, hermano; ¿pues quién nos habia de servir por el camino sino tú?

MELCHOR.

Pardiez, aunque hombre hubiese de aprender para hacer cartas de mareaje, no le hiciesen atravesar mas veces este camino, pero vaya.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

(*Calle.*)

PAULO.

¡Oh cuán bien van los negocios mios, y cuán bien he sabido valerme! ¡Oh qué astucias he tenido para desprivar á este advenedizo de Leonardo! ¡Oh cuán alegre me ha hecho la fortuna, y cuán largo crédito he cobrado con Valiano! Bien está: que pocos son los dias que le faltan de cumplir de la dilacion que le pusieron para que de sí diese descargo alguno, si lo te-

nia. ¿Qué hombre habrá en toda esta tierra de mas buena ventura que yo, en haciendo justicia de aqueste? Pues quizá tengo mal testigo en Vallejo, lacayo, pues por interese de dos doblas que le prometí en el camino cuando conmigo fue, dice que se matará con todos cuantos dijeren al contrario de lo que tengo dicho. Mas voime, que no sé quién viene, no quiero ser oido de nadie, por ser el caso de la suerte que es.

ESCENA II.

POLO.

¡Oh! bendito sea Dios, que me ha dejado escabullir un rato de aqueste importuno de Valiano mi señor, que no paresce sino que todo el dia está pensando en otro, sino en cosas que fuera de propósito se encaminan. Agora yo estoy asombrado como Leonardo, á los ojos de todos tan honrado y cuerdo mozo, le quisiese asi engañar con darle á entender que su hermana fuese tan buena, que para ser muger suya le faltase nada. Con su pan se lo coma, que gran priesa se dan ya para que pague con la gorja lo que pecó con la lengua. Dios me guarde de ser entremetido, acá me quiero andar siguiendo mi planeta, que si aquesta mi Eulalia se va conmigo, como me tiene prometido, yo soy uno de los bienaventurados hombres de todo mi linaje. Ya estoy á su puerta: aqui sobre la calle en este aposento sé que duerme. ¿Qué señas haré para que salga? ¡Oh! bien va, que aquella que canta es.

ESCENA III.

POLO. EULALIA.

EULALIA.

(Canta.) Gila Gonzalé
de la vila yama:
no sé yo madres
si me l'abriré.
Gila Gonzalé
yama la torre:
abrime la voz,
fija Yeonore,
porque lo cabayo
mojaba falcone:
no sé yo madres
si me l'abriré.

POLO.

¡Ah! señora mia Eulalia. ¡Ah! señora. ¡Qué embebida está en la música!

EULALIA.

¡Jesu! Ofréscomel'á Dios turo poreroso, criador na cielos é na tierras.

POLO.

¡Áh! señora Eulalia, no te alteres, que el que te llama no te desea sino hacerte todo servicio.

EULALIA.

¿Paréscete á vos qu'eso da bon gemplos, á la ventana de una dueña honradas, recogidas como yo, facer aqueya cortesía á tal horas?

POLO.

No me debe haber conoscido. ¡Ah! señora Eulalia.

EULALIA.

Mal años para vos: ¿y paréscete bien á la fija de la hombre honrados facer cudolete á la puta agenas?

POLO.

¡Oh pecador de mí! Asómate, señora Eulalia, á esa ventana, y verásme, y sabrás de cierto quién soy.

EULALIA.

¿Quién está ahí? ¡Jesu! ó la voz me la miente, ó 's aqueya que yama mi señor Poyos.

POLO.

¡Oh! bendito aquel que te dejó entender.

EULALIA.

¡Ay! Señor mios, ¿á tales horas?

POLO.

Señora mia, por una pieza como vuesa merced aún no es temprano para servilla.

EULALIA.

Pues á bona fe qu'está la persona de mala ganas.

POLO.

Que la guarde Dios, ¿y de qué?

EULALIA.

Siñor, preséntame la siñora doña'ldonza, un prima mia, una botetas de lejias para'nrubiarme los cabeyos; y como yo sá tan delicara, despójame na cabeza como nas ponjas, pienso que tenemos la mala ganas.

POLO.

¡Válame Dios! ¿pues no hay remedio para eso?

EULALIA.

Sí, sí, guáreme Dios, ya m'envia á visitar la siñora navadesa la monja sancta Pabla, y me dice que me enviará una malacina para que me le quiten como las manos.

POLO.

¿Pues agora te pones á enrubiar?

EULALIA.

Sí, ¿por qué no? ¿no tengo yo cabeyo como la otro?

POLO.

Sí, cabellos, y aun á mis ojos no hay brocado que se le compare.

EULALIA.

Pues, buenafe, que ha sinco noche que face oracion á siñor Nicolás de Tramentinos.

POLO.

San Nicolás de Tolentino querrás decir: ¿y para qué haces la oracion, señora?

EULALIA.

Quiere casar mi amos, y para que me depares Dios marido á mi contentos.

POLO.

Anda, señora, ¿y cómo agora haces aqueso? ¿No me has prometido de salirte conmigo?

EULALIA.

Y cómo, siñor, ¿no miras mas qu'esos? ¿paréscete á vos que daba yo bon gemplo y cuenta de mi linajes? ¿Qué te dirá cuantas señoras tengo yo por mi migas en esta tierra?

POLO.

¿Y la palabra, señora, que me has dado?

EULALIA.

Siñor, ona forza neva nerrechos se pierde: honra y barbechos no caben la sacos.

POLO.

¿Pues qué honra pierdes tú, señora, en casarte conmigo?

EULALIA.

Ya yo lo veo, señor. Mas quiero vos sacarme y napues perdida na tierra. ¡Que te conozco!

POLO.

Mi reina, ¿aqueso me dices? No te podria yo dejar que primero no dejase la vida.

EULALIA.

¡Ah! traidoraz, dolor de torsija que rebata tolo rombres: á otro hueso con aquese perro, que yo ya la tengo rozegados.

POLO.

En verdad, señora, que te engañas; pero dime, señora, ¿con quién te querian casar?

EULALIA.

Yo quiere con un cagañeroz; dice mi amo que no, que mas quiere con unoz potecarioz; yo dice que no, dice mi amo: caya, fija, quien tenga'loficio tenga maleficio.

POLO.

¿Pues yo no soy oficial?

EULALIA.

¿Quin oficios, siñor Poyoz?

POLO.

Adobar gorras, sacar manchas, hacer ruecas y husos, y echar soletas y brocales á calabazas: otros mil oficios, que aunque agora me ves servir de lacayo, yo te sustentaré á toda honra. No dejes tú de sacar con que salgamos la primera jornada, que despues yo te haré señora de un estrado y cama de campo y guadameciles: ¿qué quieres mas, mi señora?

EULALIA.

Agora sí me contenta; ¿mas sabe que querer yo, siñor Poyos?

POLO.

No, hasta que me lo digas.

EULALIA.

Que me comprar una monas, un papagayos.

POLO.

¿Para qué, señora?

EULALIA.

Los papagayos para qu'enseña á fablar en jaula, y lo mona para que la tengas yo á mi puerta como dueña d'estabro.

POLO.

De estrado querrás decir.

EULALIA.

Sí, sí, ya la digó yo. Nasablo, ¿mas sabe que me falta rogar á mi siñora doña Beatriz que me presa un ventayos para caminos?

POLO.

¿Para qué es el ventalle, señora?

EULALIA.

Para ponéme lantre la cara, porque si me mira alguna conoscida no me la conoscas.

POLO.

Señora, yo lo haré; mas voyme, que toda la tierra

está revuelta por ir á ver á aquel pobre de Leonardo, que hoy mandan que se haga justicia de él.

EULALIA.

¡Ay malogrados! por cierto que me pesas como si no fueras mi fijo; mas si marinas busca, tome lo que baila.

POLO.

A Dios, mi señora, que ya el dia se viene á mas andar, y la gente madruga hoy mas que otros dias por tomar lugar: porque el pobreto como era tan bien quisto de todos, aunque era extrangero, toda la gente irá para ayudalle con sus oraciones.

EULALIA.

¡Ay! amarga se vea la madre que le parió.

POLO.

Hasta mi amo Valiano le pesa extrañamente con su muerte; mas aquel Paulo contrario suyo, que es el que trajo la señas de su hermana, le acusa valientemente, y ese le ha traido al término en que agora está: á Dios.

EULALIA.

L Espíritu Santos te guarda mi ánima, y te libra entretutanto.

POLO.

¡Pese á tal con la galga! ¡Yo la pienso vender en el primer lugar, diciendo que es mi esclava, y ella póneseme en señoríos! Espántome cómo no me pidió dosel

y todo en que poner las espaldas. ¿No tengo un real, que piensa la persona sacárselo de las costillas, y demándame papagayo y mona?

EULALIA.

Siñor Poyos, siñor Poyos.

POLO.

¿Qué hay, mi vida?

EULALIA.

Tráigame para mañana un poquito de mosaza, un poquito de trementinos de la que yaman de puta.

POLO.

De veta querrás decir: ¿y para qué quieres todo eso, señora?

EULALIA.

Para hacer una muda para las manos.

POLO.

¿Qué? con esa color me contento yo, señora, no has menester ponerte nada.

EULALIA.

Asi la verdad, que aunque tengo la cara morenicas, la cuerpo tienes como un terciopelo dobles.

POLO.

A ser mas blanca no valias nada: á Dios, que asi te quiero yo para hacer reales.

EULALIA.

Guíate la Celetina, que guiaba la toro la enamorados.

ESCENA IV.

(*Plaza delante del palacio de Valiano.*)

EUFEMIA. CRISTINA.

CRISTINA.

Señora, aqui estamos bien, porque en este lugar podrás aguardar que al tiempo que Valiano salga, le digas lo que te parescerá.

EUFEMIA.

Aquel todo poderoso Señor que sabe y entiende todas las cosas, declare y saque á luz una tan grande traicion; de suerte que la verdad sea manifiesta, y aquel carísimo hermano libre, pues de tan falsa acusacion asi él como yo somos sin culpa.

CRISTINA.

Esfuérzate, señora, que á tiempo somos que se descubrirá la verdad, de suerte que cada cual quede por quien es reputado.

EUFEMIA.

Oye, que pasos suenan, gente sale, y aquel de la mano derecha, segun su manera, debe de ser Valiano, señor de todas aquestas tierras.

CRISTINA.

¡Ay, señora mia! y el que con él viene es el extrangero al que yo por su importunidad dí las señas de su merced y de su cuerpo.

EUFEMIA.

Calla, que hablando salen.

ESCENA V.

VALIANO. PAULO. VALLEJO. ACOMPAÑAMIENTO, Y DICHAS.

VALIANO.

Dime, Paulo, ¿está ya todo puesto á punto?

PAULO.

Señor, sí, que yo he puesto en ello la diligencia que conviene, para que el traidor pague y tú quedes sin queja.

VALIANO.

Bien has hecho: mas ¿qué gente es aquesta?

PAULO.

Señor, no las conozco, extrangeras parescen.

VALLEJO.

Voto á tal, que la delantera parésceme moza de chapa: desde aqui la acoto para que coma en el plato que come el hijo de mi padre.

EUFEMIA.

Señor ilustre, extrangera soy, en tu tierra me hallo, justicia te pido.

VALIANO.

De eso huelgo yo infinitísimo, que esté en mi mano haceros algun favor, que aunque no fuese mas que por ser extrangera, vuestro arte y buen aseo provoca á cualquiera á haceros todo servicio; asi que demandad lo que quisiéredes, que cuanto á la justicia que pedís, nada se os negará.

EUFEMIA.

Justicia, señor, que malamente soy ofendida.

VALIANO.

¿Ofendida, y en mi tierra? Cosa es que no soportaré.

VALLEJO.

Suso, señor, armémonos todos los de casa y dame á mí la mano; verás cuán presto revuelvo los rincones de esta ciudad, y la hago sin querella.

VALIANO.

Calla, Vallejo. Decidme, señora, ¿quién es el que ha sido parte para enojaros?

EUFEMIA.

Señor, ese traidor que cabe tí tienes.

PAULO.

¿Yo? ¿burlais de mí, señora, ó quereis pasar tiempo con las gentes?

EUFEMIA.

No me burlo, traidor, que de muchas veces que dormiste conmigo en mi cama, la postrer noche me hurtaste una joya muy rica, debajo la cabecera de mi cama.

PAULO.

¿Qué es lo que decis, señora? Por otro quizás me habreis tomado, que yo no os conozco, ni sé quien sois. ¿Cómo me levantais cosa que en toda mi vida tal pensé hacer?

EUFEMIA.

¡Ah don traidor! ¿qué, no te bastaba aprovecharte de mi persona como te has aprovechado, sino aun robarme mi hacienda?

VALIANO.

Paulo, responde: ¿es verdad lo que esta dueña dice?

PAULO.

Digo, señor, que es el mayor levantamiento del mundo: ni la conozco, ni la ví en mi vida.

EUFEMIA.

¡Ay! señor, que lo niega aquese traidor por no pagarme mi joya.

PAULO.

No llameis traidor á nadie, que si traicion hay, vos la traeis, pues afrentais á quien en su vida os ha visto.

EUFEMIA.

¡Ay traidor! ¿qué, tú no has dormido conmigo?

PAULO.

Que digo que no os conozco, ni sé quien sois.

EUFEMIA.

¡Ay señor! tómenle juramento, que él dirá la verdad.

VALIANO.

Poné la mano en vuestra espada, Paulo.

PAULO.

Que juro, señor, por todo lo que se puede jurar, que ni he dormido con ella, ni sé su casa, ni la conozco, ni sé lo que se habla.

EUFEMIA.

Pues traidor, oigan tus oidos lo que tu infernal boca ha dicho; pues con tus mismas palabras te has condenado.

PAULO.

¿De qué manera? ¿Qué es lo que decís? ¿Qué os debo?

EUFEMIA.

Di, desventurado, si tú no me conosces, ¿cómo me has levantado tan grande falsedad y testimonio?

PAULO.

¿Yo testimonio? Loca está esta muger.

EUFEMIA.

¿Yo loca? ¿Tú no has dicho que has dormido conmigo?

PAULO.

¿Yo he dicho tal? Señor, si tal hay, por justo juicio sea yo condenado y muera mala muerte á manos del verdugo delante de vuestra presencia.

EUFEMIA.

Pues si tú, alevoso, no has dormido conmigo, ¿cómo hay tan grande escándalo en esta tierra por el testimonio que sin conoscerme me has levantado?

PAULO.

Anda de ahí con tu testimonio, ó tus necedades.

EUFEMIA.

Dime, hombre sin ley, ¿no has tú dicho que has dormido con la hermana de Leonardo?

PAULO.

Sí lo he dicho, y aun traido las señas de su persona.

EUFEMIA.

¿Y esas señas, cómo las hubiste? ¿Si tú, traidor, me tienes delante, que soy la hermana de Leonardo, cómo no me conosces, pues tantas veces dices que has dormido conmigo?

VALIANO.

Aqui hay gran traicion, segun yo voy entendiendo.

CRISTINA.

Hombre sin ley, ¿tú no me rogaste que te diese las señas de mi señora? aunque agora por venir disfraza-

da no me conozcas. ¿Y viendo tu fatiga tan grande, le corté un pedazo de un cabello del lunar que en el hombro derecho tiene y te lo dí, sin pensar que á nadie hacia ofensa?

VALIANO.

¡Ah! don traidor, que no puedes negar la verdad, pues tú mismo por tu boca lo has confesado.

VALLEJO.

Afuera hay cantos, mosca de Arjona. Tambien me queria el señor coger en el garlito.

VALIANO.

¿De qué manera?

VALLEJO.

Rogóme en el camino cuando fuimos con él que testificase yo como él habia dormido con la hermana de Leonardo, por lo cual me habia prometido para unas calzas, y hubiérame pesado, si en lugar de calzas me dieran un jubon de cien ojetes.

VALIANO.

Suso, tomen á este alevoso y pague por la pena del talion. ¡Qué bien sabia yo lo que en mi fiel Leonardo tenia! Sáquenle de la prision y sea luego restituido en su honra, y á este traidor córtenle luego la cabeza en el lugar que él para mi Leonardo tenia aparejado.

VALLEJO.

Que se haga, señor mio, luego su mandamiento.

VALIANO.

Y esta señora noble, pues tan bien supo salvar la

vida de su hermano, quede en nuestras tierras y por señora dellas y mia, que aún no pienso pagalle con todo aquesto la tribulacion que su hermano en la carcel y ella por le salvar habrán padescido.

VALLEJO.

Señor, *in corbona* es: ya está el levantador de falsos testimonios, el desventurado de Paulo en poder del alcalde con todos aquellos cumplimientos que vuesa merced me mandó.

VALIANO.

Suso, córtense libreas á todos los criados de mi casa; y vos, señora mia, dadme la mano y entremos á yantar, que yo quiero que vos y vuestro hermano comais juntamente conmigo por tan sobrado regocijo, y despues hacer lo que debo en cumplimiento de lo que á Leonardo habia prometido.

EUFEMIA.

Como tú, señor, lo mandares, seré yo la dichosa.

ESCENA VI.

VALLEJO.

Abrazado va mi amo con la rapaza. Pero yo soy el mejor librado de este negocio, pues me escapé de arrebatar una centena por testigo falso. Yo voy, que haré falta en casa. Auditores, no hagais sino comer, y dad la vuelta á la plaza, si quereis ver descabezar un traidor y libertar un leal, y galardonar á quien en deshacer tal trama ha sido solícita, y avisada y diligente. *Et vale.*

EL CONVIDADO.

PASO.

Personas. { LICENCIADO JÁQUIMA.
BACHILLER BRAZUELOS.
CAMINANTE.

(Zaguan de casa pobre.)

CAMINANTE.

Uno de los grandísimos trabajos que el hombre puede recibir en esta miserable vida, es el caminar, y el superlativo faltalle los dineros. Dígolo esto porque se me ha ofrescido un cierto negocio en esta ciudad, y en el camino por las muchas aguas me han faltado los reales: no tengo otro remedio sino este, que soy informado que vive en este pueblo un Licenciado de mi tierra: veré si con una carta que le traigo puedo ser favorescido. Esta debe de ser la posada; llamar quiero: ¿quién está acá?

BACHILLER.

¿Quién llama? ¿quién está ahí?

CAMINANTE.

Si está, salga vuesa merced acá fuera.

BACHILLER.

¿Qué es lo que manda?

CAMINANTE.

¿Sabráme dar vuesa merced razon de un señor Licenciado?

BACHILLER.

No señor.

CAMINANTE.

Pues déjeme decir: él es hombre bajo, cargado de espaldas, barbinegro, natural de Burbáguena.

BACHILLER.

No le conozco, diga cómo se llama.

CAMINANTE.

Señor, allá se llamaba el Licenciado Cabestro.

BACHILLER.

Señor, en mi posada está uno que se hace nombrar el Licenciado Jáquima.

CAMINANTE.

Señor, ese debe de ser, porque de Cabestro á Jáquima harto parentesco me paresce que hay: llámele.

BACHILLER.

Soy contento. ¡Ah! ¿señor Licenciasno Jáquima?

LICENCIADO.

¿Llama vuesa merced, señor Bachiller Brazuelos?

BACHILLER.

Sí señor, salga vuesa merced acá fuera.

LICENCIADO.

Suplícole, señor, que me tenga por excusado, que ando metido en la fragancia del estudio, y estoy en aquello que dice, *sicut adversus tempore, et quia bonus tempus est, non ponitur illo.*

BACHILLER.

Salga, señor, que está aqui un señor de su tierra.

LICENCIADO.

¡Oh válame Dios! Señor Bachiller, ¿ha visto vuesa merced mi bonete?

BACHILLER.

Ahí quedó *super Plinio.*

LICENCIADO.

Señor Bachiller, ¿y mis pantuflos de camelote sin aguas halos visto?

BACHILLER.

Periquillo los llevó á echar unas suelas y capilladas, porque estaban maltratadillos.

LICENCIADO.

Señor Bachiller, ¿mi manteo hale visto?

BACHILLER.

Ahí le teníamos encima de la cama esta noche en lugar de manta.

LICENCIADO.

Ya lo he hallado. ¿Qué es lo que manda vuesa merced?

BACHILLER.

¿Agora sale con todo eso á cabo de dos horas que le estoy llamando? Aqueste señor le busca, que dice que es de su tierra.

LICENCIADO.

¿De mi tierra? Sí será, pues él lo dice.

CAMINANTE.

¿No me conosce vuesa merced, señor Licenciado?

LICENCIADO.

No le conozco en verdad, sino es para serville.

CAMINANTE.

¿No conosce vuesa merced á un Juanitico Gomez, hijo de Pero Gomez, que íbamos juntos á la escuela, y hecimos aquella farsa de los gigantillos?

LICENCIADO.

Ansi, ansi, ¿es vuesa merced hijo de un tripero?

CAMINANTE.

Qué, no señor: ¿no se le acuerda á vuesa merced que mi madre y la suya vendian rábanos y coles allá en el arrabal de Santiago?

LICENCIADO.

¿Rábanos y coles? Rasos y colchones quiso decir vuesa merced.

CAMINANTE.

Sea lo que mandare, mas á fe que no me conosce.

LICENCIADO.

Ya, ya caigo en la cuenta, ¿no es vuesa merced el mochacho que hizo la moceta, aquel bellaquillo, aquel de las calcillas coloradas?

CAMINANTE.

Sí señor, yo soy ese.

LICENCIADO.

¡Oh señor Joan Gomez! Señor Bachiller, una silla, Periquillo, rapaz, una silla.

CAMINANTE.

Que no es de menester, señor.

LICENCIADO.

¡Oh señor Joan Gomez! abráceme. ¿Y dióle alguna cosa que me trugese mi madre?

CAMINANTE.

Sí señor.

LICENCIADO.

Tórneme á abrazar, señor Joan Gomez. ¿Qué es lo que le dió? ¿Es cosa de importancia?

CAMINANTE.

¿Y pues no?

LICENCIADO.

¡Oh señor Joan Gomez! él sea muy bien venido; amuestre lo que es.

CAMINANTE.

Es, señor, una carta que me rogó que le trugese.

LICENCIADO.

¿Carta, señor? ¿Y dióle algunos dineros la señora mi madre?

CAMINANTE.

No señor.

LICENCIADO.

¿Pues para qué queria yo carta sin dinero? Agora, señor Joan Gomez, hágame tan señalada merced de venirse á comer con nosotros.

CAMINANTE.

Señor, beso las manos de vuesa merced: en la posada lo dejo aparejado.

LICENCIADO.

Hágame este placer.

CAMINANTE.

Señor, por no ser importuno yo haré su mandamiento, y de camino me traeré la carta que dejé encomendada al mesonero.

LICENCIADO.

Pues vaya.

CAMINANTE.

Beso sus manos.

(*Sala de los estudiantes.*)

LICENCIADO.

¿Qué le paresce, señor Bachiller Brazuelos, deste nuestro convidado?

BACHILLER.

Muy bien, señor.

LICENCIADO.

A mí no, señor, sino muy mal.

BACHILLER.

¿Por qué, señor?

LICENCIADO.

Porque yo para convidalle ni tengo blanca, ni bocado de pan, ni cosa, ofrézcola á Dios, que de comer sea; y por tanto querria suplicar á vuesa merced, que vuesa merced me hiciese merced de me hacer merced (pues estas mercedes se juntan con esotras mercedes que vuesa merced suele hacer) me hiciese merced de prestarme dos reales.

BACHILLER.

¿Dos reales, señor Licenciado? ¿Saca burla del tiempo? Sabe vuesa merced que traigo este andrajo en la cabeza por estar mi bonete empeñado por seis dineros de vino en la taberna, ¿y pídeme dos reales?

LICENCIADO.

¿Pues no me haria vuesa merced una merced de pensar una burla en que se fuese este convidado con todos los diablos?

BACHILLER.

¿Burla dice? Déjeme á mí el cargo, que yo le haré una que vaya diciendo que vuesa merced es muy honrado, y muy cabido con todos.

LICENCIADO.

Asi: ¿de qué manera lo hará vuesa merced?

BACHILLER.

Mire vuesa merced, él ha de venir agora á comer, vuesa merced se meterá debajo de esta manta, y en venir, luego preguntará: ¿qué es del señor Licenciado? Yo le diré: el señor Arzobispo le ha enviado á publicar ciertas buldas, que fue negocio de presto, que no se pudo hacer otra cosa.

LICENCIADO.

¡Oh cómo dice bien vuesa merced! Pues mire que pienso que es el que llama.

CAMINANTE.

Ha de casa.

BACHILLER.

Sí, él es, métase presto.

LICENCIADO.

Mire que me cobije bien, que no me vea.

CAMINANTE.

Ha de casa.

BACHILLER.

¿Quién está ahí? ¿Quién llama?

CAMINANTE.

¿Está en casa el señor Licenciado?

BACHILLER.

¿A quién busca?

CAMINANTE.

Al señor Licenciado Jáquima.

BACHILLER.

A comer pienso que verná vuesa merced.

CAMINANTE.

No vengo por cierto, señor.

BACHILLER.

Picadillo debe de traer el molino.

CAMINANTE.

No traigo en verdad.

BACHILLER.

No lo niegue vuesa merced. ¿Qué, para decir que viene á comer es de menester tantas retóricas?

CAMINANTE.

Verdad es que venia á comer, que el señor Licenciado me habia convidado.

BACHILLER.

Pues certifícole que tiene vuesa merced muy mal recado de esta vez, porque en casa no hay blanca, ni bocado de pan para convidalle.

CAMINANTE.

Pues no creo yo que el señor Licenciado sacára burla de mí.

BACHILLER.

¿Qué, no me cree vuesa merced? Pues sepa que de puro corrido está puesto debajo de aquella manta.

CAMINANTE.

No lo creo si con mis ojos no lo viese.

BACHILLER.

¿Que no? Pues mire vuesa merced cuán contrito está arrodillado.

CAMINANTE.

¡Jesus! ¡Jesus! Señor Licenciado, ¿para mí era de menester tantos negocios?

LICENCIADO.

Juro á Dios que ha sido muy bellaquísimamente hecho.

BACHILLER.

No ha estado sino muy bien.

LICENCIADO.

No ha estado sino de muy grandísimo bellaco, que si yo me escondí, vos me lo mandásteis.

BACHILLER.

No os escondiérades vos.

LICENCIADO.

No me lo mandáseis vos: y agradesceldo al señor de mi tierra, don Bachillerejo de no nada.

BACHILLER.

¿De no nada? Aguarda.

CAMINANTE.

Id con todos los diablos, allá os averiguad vosotros mesmos.

LAS ACEITUNAS.

PASO.

PERSONAS.
- TORUVIO, *simple, viejo.*
- AGUEDA DE TORUÉGANO, *su muger.*
- MENCIGÜELA, *su hija.*
- ALOJA, *vecino.*

(*Calle de un lugar.*)

TORUVIO.

¡VÁLAME Dios, y qué tempestad ha hecho desd'el resquebrajo del monte acá, que no parescia sino qu'el cielo se queria hundir y las nubes venir abajo! Pues decí agora qué os terná aparejado de comer la señora de mi muger, asi mala rabia la mate. ¿Oíslo? mochacha, Mencigüela. Sí, todos duermen en Zamora. Agueda de Toruégano, ¿oíslo?

MENCIGÜELA.

¡Jesus, padre! y habeisnos de quebrar las puertas.

TORUVIO.

Mira qué pico, mira qué pico, ¿y adónde está vuestra madre, señora?

MENCIGÜELA.

Allá está en casa de la vecina, que le ha ido á ayudar á cocer unas madejillas.

TORUVIO.

Malas madejillas vengan por ella y por vos: andad, y llamalda.

AGUEDA.

Ya, ya el de los misterios: ya viene de hacer una negra carguilla de leña, que no hay quien se averigüe con él.

TORUVIO.

Sí, carguilla de leña le paresce á la señora: juro al cielo de Dios, que éramos yo y vuestro ahijado á cargalla, y no podíamos.

AGUEDA.

Ya, noramala sea, marido; ¡y qué mojado que venís!

TORUVIO.

Vengo hecho una sopa d'agua. Muger, por vida vuestra que me deis algo que cenar.

AGUEDA.

¿Yo qué diablos os tengo de dar si no tengo cosa ninguna?

MENCIGÜELA.

¡Jesus, padre, y qué mojada que venia aquella leña!

TORUVIO.

Sí, despues dirá tu madre qu'es el alba.

AGUEDA.

Corre, mochacha, adrézale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama: y os aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que plantásedes.

TORUVIO.

¿Pues en qué me he detenido sino en plantalle como me rogastes?

AGUEDA.

Calla, marido, ¿y adónde lo plantastes?

TORUVIO.

Alli junto á la higuera breval, adonde si se os acuerda os dí un beso.

MENCIGÜELA.

Padre, bien puede entrar á cenar, que ya está adrezado todo.

AGUEDA.

Marido, ¿no sabeis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantastes hoy, que de aqui á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas acá y plantas acullá, de aqui á veinte y cinco ó treinta años terneis un olivar hecho y drecho.

TORUVIO.

Eso es la verdad, muger, que no puede dejar de ser lindo.

AGUEDA.

Mira, marido, ¿sabeis qué he pensado? Que yo co-

geré el aceituna, y vos la acarreareis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza; y mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemin de á dos reales castellanos.

TORUVIO.

¿Cómo á dos reales castellanos? ¿No veis qu'es cargo de consciencia, y nos llevará el amotacen cad'al dia la pena? que basta pedir á catorce ó quince dineros por celemin.

AGUEDA.

Callad, marido, qu'es el veduño de la casta de los de Córdoba.

TORUVIO.

Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

AGUEDA.

Hora no me quebreis la cabeza; mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemin de á dos reales castellanos.

TORUVIO.

¿Cómo á dos reales castellanos? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

MENCIGÜELA.

A como quisiéredes, padre.

TORUVIO.

A catorce ó quince dineros.

MENCIGÜELA.

Asi lo haré, padre.

AGUEDA.

¿Cómo asi lo haré, padre? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

MENCIGÜELA.

A como mandáredes, madre.

AGUEDA.

A dos reales castellanos.

TORUVIO.

¿Cómo á dos reales castellanos? Y'os prometo que si no haceis lo que y'os mando, que os tengo de dar mas de doscientos correonazos. ¿A cómo has de pedir?

MENCIGÜELA.

A como decís vos, padre.

TORUVIO.

A catorce ó quince dineros.

MENCIGÜELA.

Asi lo haré, padre.

AGUEDA.

¿Cómo asi lo haré, padre? Toma, toma, hacé lo que y'os mando.

TORUVIO.

Dejad la mochacha.

MENCIGÜELA.

¡Ay madre! ¡ay padre! que me mata.

ALOJA.

¿Qu'es esto, vecinos? ¿Por qué maltratais ansi la mochacha?

AGUEDA.

¡Ay señor! este mal hombre que me quiere dar las cosas á menos precio, y quiere echar á perder mi casa: unas aceitunas que son como nueces.

TORUVIO.

Yo juro á los huesos de mi linaje, que no son ni aun como piñones.

AGUEDA.

Sí son.

TORUVIO.

No son.

ALOJA.

Hora, señora vecina, hacéme tamaño placer que os entreis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

AGUEDA.

Averigüe, ó póngase todo del quebranto.

ALOJA.

Señor vecino, ¿qué son de las aceitunas? Sacaldas acá fuera, que yo las compraré aunque sean veinte hanegas.

TORUVIO.

Qué, no señor, que no es d'esa manera que vuesa merced se piensa, que no estan las aceitunas aqui en casa, sino en la heredad.

ALOJA.

Pues traeldas aqui, que y'os las compraré todas al precio que justo fuere.

MENCIGÜELA.

A dos reales quiere mi madre que se vendan el celemin.

ALOJA.

Cara cosa es esa.

TORUVIO.

¿No le paresce á vuesa merced?

MENCIGÜELA.

Y mi padre á quince dineros.

ALOJA.

Tenga yo una muestra dellas.

TORUVIO.

Válame Dios, señor, vuesa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi muger que de aqui á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceituna, y qu'ella la cogeria, y que yo la acarrease, y la mochacha la vendiese, y que á fuerza de drecho habia de pedir á dos

reales por cada celemin; yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistion.

ALOJA.

¡Oh qué graciosa quistion! Nunca tal se ha visto: las aceitunas no estan plantadas, ¿y ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?

MENCIGÜELA.

¿Qué le paresce, señor?

TORUVIO.

No llores, rapaza: la mochacha, señor, es como un oro. Hora andad, hija, y ponedme la mesa, que y'os prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

ALOJA.

Hora, andad, vecino, entraos allá dentro, y tené paz con vuestra muger.

TORUVIO.

A Dios, señor.

ALOJA.

Hora por cierto, que cosas vemos en esta vida, que ponen espanto. Las aceitunas no estan plantadas y ya las habemos visto reñidas.

LOS ENGAÑOS.

COMEDIA.

PERSONAS.

VERGINIO, *padre de Lelia.*
GERARDO, *padre de Clavela.*
LELIA, *bajo el nombre de Fabio.*
CLAVELA, *dama.*
FABRICIO, *hijo de Verginio.*
LAURO, *caballero.*
JULIETA, *criada.*
GUIOMAR, *negra.*
FRULA, *mesonero.*
PAJARES, *simple.*
CRIVELO, *lacayo.*
QUINTANA, *ayo de Fabricio.*
MARCELO, *amo de Clavela.*
SALAMANCA, *simple.*

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

(*Calle.*)

VERGINIO. GERARDO.

GERARDO.

¿PARÉSCETE, Verginio, ser tiempo de darse conclusion en aquel concierto que ya otras veces tú y yo hemos comenzado á tener?

VERGINIO.

Señor Gerardo, no tengas pensamiento que esté yo

con menos congoja que tú podrás tener por no haber dado fin en un negocio que para cada uno de los dos tan deseado tenemos; mas no debes maravillarte, pues sabes que mi ausencia no ha dado lugar á que con mas brevedad se efectuase.

GERARDO.

Mira, señor Verginio, que si como yo muchas veces he imaginado no te hallares á tiempo ni con dineros para comprar atavíos á tu hija, ó para otras cosas que á este efecto conviene, dímelo, que de los que yo tuviere te prestaré de muy buena voluntad.

VERGINIO.

Yo te lo agradezco, aunque por agora no faltan, señor.

GERARDO.

Créolo en verdad; pero dime de gracia, ¿sabes si tu hija Lelia está en el monesterio?

VERGINIO.

Guárdenos Dios, señor: ¿pues adónde habia de estar, habiéndola yo dejado por mi propia mano en compañía de otra prima mia, que en el mismo monesterio ha hecho profesion? Mas dime, señor, ¿á qué efecto me lo preguntas?

GERARDO.

No creas, señor, que lo pregunto sin causa.

VERGINIO.

¿Cómo?

GERARDO.

Yo, señor, te lo diré. Has de saber que mediante el tiempo de tu ausencia yo envié disimuladamente á saber de esas señoras monjas si tu hija estaba en el monesterio, lo cual he sabido por cosa muy cierta que no está allá dentro, sino que anda acá fuera.

VERGINIO.

Pues ten entendido, señor Gerardo, que si eso han dicho las monjas, no es sino por hacer á mi hija que profesase; porque asi las unas como las otras he sabido yo que la han cobrado grandísima aficion.

GERARDO.

Bien lo creo.

ESCENA II.

PAJARES. MARCELO, Y DICHOS.

PAJARES.

¿Cuál volver? juro al cielo de Dios allá no vuelva aunque me lo manden y sopriquen saludadores á pie y descalzos, y aunque vengan en cueros.

MARCELO.

Aguardad, don asno, que yo os haré decir de no, cuando os mandaren la cosa.

PAJARES.

¡Asno! ¿Parésceos bien cuál habeis parado la ca-

ña con que la otra hacia la cama? Agora hará la cama con los dedos.

VERGINIO.

¿Qué es aquesto, Pajares? ¿Cómo sales ansi? ¿Qué ropas son esas?

PAJARES.

Las basquiñas de la señora Lelia.

VERGINIO.

¿Quién te las vistió?

PAJARES.

Yo me las vestí.

VERGINIO.

¿Para qué?

PAJARES.

Estáse lavando mi sayo.

VERGINIO.

¿Para qué se lava tu sayo?

PAJARES.

Embarréme anoche.

VERGINIO.

¿Adónde?

PAJARES.

En el soterraño.

VERGINIO.

¿Cómo?

PAJARES.

Caí: hay mas son que caí.

MARCELO.

Cayó el asno, cayó.

PAJARES.

Yo caí, yo: que hombre soy para caer cincuenta veces muy mejor que vos.

VERGINIO.

Hora, no hay quien te entienda.

PAJARES.

Dizque no hay quien me entienda. Espere vuesa merced, que yo le cogeré á las palabras. ¿Qué está á la entrada de la escalera, junto junto al soterraño, al rincon?

VERGINIO.

Ya, ya te entiendo.

PAJARES.

Pues ahí, mal punto, caí: hablando con reverencia, y casi medio de boca.

VERGINIO.

¿Pues cómo decias que te habias embarrado?

PAJARES.

Pues díjelo por afeitar el vocabro, que mejor dijera encerado ó alquitrado, que no embarrado.

VERGINIO.

Mas qué bueno estarias para retratar.

PAJARES.

Yo le diré á vuesa merced qué tal, que me decian que parescia calabaza en conserva, ó milanazo con liga.

VERGINIO.

¿Y agora por qué reñíades, decidme, Marcelo?

PAJARES.

Porque queria el señor amo con todo su seso que le fuese yo acompañando de calle en calle hecho marigalleta.

GERARDO.

No era razon.

PAJARES.

No en verdad, señor desposado.

VERGINIO.

Pues amo, ¿dónde queríades ir?

MARCELO.

Señor, queria llegarme á Santa Bárbara por aquella moza, y roguéle á este asno que pues estaba ansi, se rebozase y tomase un manto, porque me fuese acompañando y trajese no sé qué baratijas que Lelia tiene en el monesterio; y porque se lo mandé nos ha querido hundir la casa á voces.

PAJARES.

¿Yo hundir la casa á voces? Enterísima sé que está. No me hubiésedes vos mas aina hundido las costillas á garrotazos.

VERGINIO.

Pues Pajares, ¿qué mas bien querias que venir acompañando á una dama?

PAJARES.

Ande d'ahí. ¿Tambien hace vuesa merced de las suyas como hijo de madre?

VERGINIO.

¿Yo, cómo?

PAJARES.

¿Paréscele á vuesa merced que si topa por ahí el hombre con alguno del Almendralejo, que irán buenas nuevas á mi padre?

VERGINIO.

Por cierto, muy malas.

PAJARES.

¿Qué nuevas?

VERGINIO.

¿Qué me sé yo de lo que tú te piensas?

PAJARES.

Yo le diré que piensa el otro qu'es el hombre majano ó sayalero, y decille ha que ando hecho santera ó dama de forja.

GERARDO.

Señor Verginio, yo me entro; y en esotro negocio lo dicho dicho, y en lo que toca al dote, á lo concertado me remito.

VERGINIO.

Señor, á la mano de Dios: ya vé que no se entiende en otra cosa.

GERARDO.

Muy bien, señor.

ESCENA III.

VERGINIO. MARCELO. PAJARES.

VERGINIO.

Marcelo, ya vistes á Gerardo cómo estaba hablando conmigo sobre el casamiento de mi hija Lelia; por eso abrevia en ir por ella porque se efectúe, y dareis de mi parte á esas señoras mias mis besamanos.

MARCELO.

Pláceme. ¡Oh desdichada de ti, Lelia! Por Dios, señor, mas estimára verla bajo tierra que no casada con ese diablo, que creo que tiene mas años que yo al doble, y agora se quiere casar con una mochacha que la podria tener por biznieta.

VERGINIO.

Ya, ya lo veo; mas ¿y qué quereis que haga, pecador de mí? ya veis en cuánto extremo van hoy dia las cosas del mundo, y este negocio viéneme á mí muy á cuenta.

MARCELO.

¿Cómo muy á cuenta?

VERGINIO.

Yo os lo diré. Está concertado que yo le dé á mi hija Lelia por muger, dotándomela en mil florines de su propia moneda, con tal condicion que si mi hijo paresce dentro de cuatro años, le case con su hija Clavela, dotándola en la misma cantidad.

MARCELO.

Bien está, señor; pero yo mas querria un rato de contentamiento que cuantos tesoros hay en el mundo; pero yo me voy, que se hace tarde.

VERGINIO.

Pues, amo, id y mirad que no vengais sin ella.

MARCELO.

Pierda cuidado.

PAJARES.

Pues yo, amo, quédome.

MARCELO.

Quédate con mal año que te dé Dios.

PAJARES.

Para vos ser bueno, amo, mal hablais.

VERGINIO.

Éntrate conmigo, tontazo.

ESCENA IV.

MARCELO. LELIA.

MARCELO.

¿Habeis mirado el devaneo destos viejos podridos? que queria reirme, sino que me falta la gana, que es lo mejor. No en valde dicen que muchas veces los viejos se tornan á la edad primera. ¿Mas qué digo? ¿Qué

es lo que veo? En verdad que si Lelia no estuviera en el monesterio, jurára que era esta que aqui viene en hábito de hombre; ¿pero qué digo? que no es otra por mi fé.

LELIA.

¡Oh pecadora de mí, que aun hasta en esto me ha de ser la fortuna contraria! ¿Por qué calle me esconderé, que ya me ha visto el amo de casa de mi padre?

MARCELO.

Lelia.

LELIA.

Amo.

MARCELO.

¿Qu'es aquesto, Lelia? ¿Qué hábito es este? ¿Por ventura es este el monesterio donde asi tu padre como todos pensamos tenerte recogida? Háblame, ¿de qué enmudeces?

LELIA.

Señor amo, á quien con mas razon debria yo llamar padre, no os debeis de maravillar al verme en el hábito que me veis, que sabida por vos la ocasion, bien cierta estoy de que no seré culpada de mi atrevimiento.

MARCELO.

No me digas tal, que temblándome estan las carnes, si el viejo alcanzase á saber esto, por estar como estamos en víspera de darte un marido muy honrado. ¿Por tu vida no me dirás qué locura ha sido aquesta?

LELIA.

Señor, como fortuna, amor y mi mala suerte, todos tres se han conformado contra mí.....

MARCELO.

¿Cómo contra ti?

LELIA.

Bien tendreis en la memoria como cuando por nuestros pecados Roma fue saqueada, alli mi padre, juntamente con un hermano mio, la mayor parte de su hacienda dejó perdida, y aunque la pérdida no fue pequeña, la de mi hermanico es la que á mi padre mas sin placer le hace vivir.

MARCELO.

Por cierto no paresce sino que fue ayer, y á buena fe que son pasados buenos diez años, y que les podríamos bien echar once.

LELIA.

Que dejemos estar los años, que corren como viento, y aun con mas presteza.

MARCELO.

Prosigue.

LELIA.

Pues viniéndose mi padre á vivir aqui á Módena, yo por mi mal ví á Lauro gentilhombre desta ciudad, el cual conversando en la casa de mi padre, de mí se enamoró, y quiso Dios y mi suerte que con la misma moneda le pagase, rescibiendo de mí todos aquellos honestos favores que á mi recogimiento son lícitos.

MARCELO.

Muy bien sé todo eso.

LELIA.

Y por depositarme mi padre en el monesterio con intencion de ausentarse, pensando en Roma cobrar algo de su perdida ropa, nunca Lauro de mí tuvo acuerdo, antes he visto que de Clavela, hija de Gerardo, doncella hermosa y rica, excesivamente se ha enamorado.

MARCELO.

Hora mira, Lelia, dejemos de traer á la memoria historias pasadas, sino anda acá á mi posada y cambiarás esas ropas, que hágote saber que tu padre ya es vuelto de Roma, y me envió por ti, y no salí á otra cosa de casa, sino á llevarte.

LELIA.

Déjame concluir.

MARCELO.

Dí pues.

LELIA.

No tuve otro remedio despues que mi padre en Santa Bárbara me dejó, sino descubrir á Cándida la monja tia mia el grande afan que por la ausencia de Lauro yo pasaba, la cual determinó de enviarle á llamar y trabar pláticas con él, porque á negocios que él tenia con las monjas solia venir.

MARCELO.

Dí, que bien te entiendo.

LELIA.

Acaesció pues un dia que de habérsele muerto un

page suyo venia el mas afligido hombre del mundo, y decia que si Dios otro tal le deparase que no se trocaria por otro de mayor estado, y en verdad os digo que sin otra consideracion inferí salirme del monesterio y serville de page en el hábito que me veis, en el cual he procurado agradalle con cuanto extremo he podido, y le sirvo todavía.

MARCELO.

¡Hay tal cosa en el mundo! ¿Y agora qué piensas hacer?

LELIA.

Sola una cosa quiero de vos.

MARCELO.

¿Y es?

LELIA.

Que entretengais á mi padre por espacio de algunos dias, diciéndole que yo y mi prima y otras monjas hacemos ciertas devociones.

MARCELO.

¿Pues qué piensas hacer en ese tiempo?

LELIA.

Yo lo diré. Clavela, querida de Lauro, tiene entendido que yo sea hombre y le he parescido bien: yo, viéndola tan aficionada, hele dicho que si á Lauro no pretende olvidar y aborrecer, que no espere de mí tan sola una buena palabra.

MARCELO.

¿Y crees tú que eso lo hará?

LELIA.

Todo lo podria rodear fortuna; mas por agora perdóname, que no sé quién viene allá, que á la tarde seré en vuestra posada y hablaremos mas largamente.

MARCELO.

Pues mira que no dejes d'ir: cata que te quedo aguardando.

LELIA.

Pierde cuidado, señor, que luego doy la vuelta: á Dios.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

(*Calle.*)

GERARDO.

¡Oh! válame Dios y cuán averiguada cosa es el hombre que negocios de importancia tiene, no poder reposar, especialmente yo que despues que hablé á Verginio sobre tomar por muger su hija Lelia, paresce que no traigo juicio de hombre, y este Verginio es tan espacioso, que segun lo deseo, dudo ver el tiempo llegado. Agora yo me quiero llegar hácia su estancia á dalle otro tiento, como que voy á otra cosa, mas primero es menester advertir á mi hija Clavela que si acaso viniere á demandar de mí, que le digan que en casa de Millan Muñoz el tendero me hallará. Guiomar, ¡ah! Guiomar. ¿No respondes? ¿estás sorda?

ESCENA II.

GERARDO. GUIOMAR.

GUIOMAR.

Ya vo, siñor. ¡Jesú! ¡Jesú! líbramela Dios de la diabro.

GERARDO.

Decí, ¿téngome de quebrar la cabeza primero que respondais? ¿Qué hacíades allá dentro, dueña?

GUIOMAR.

¿Eso me losí, siñor, delante de las honras de mi cara? farta de la faciendas tenemo que facer.

GERARDO.

¿Qué haciendas son las vuestras, señora?

GUIOMAR.

¡Ay siñor Jesucristo! ¿qué faciendas me lo pides? Primero por la mañanas ¿no barremo la casa? Enapué ¿no ponemo la oya? Enapué ¿no paramo la mesa? Enapué ¿no fregamo la cudeya y la pratos?

GERARDO.

Bien.

GUIOMAR.

Enapué ¿no me manda siñora Clavela que colamo la flor de la cucucena?

GERARDO.

De azucena, diablo, que eso pienso que querrás decir.

GUIOMAR.

Sin, siñor, y de jamin y de monqueta para adobar aquele guante que le tiene comendaros.

GERARDO.

¿Pues agora se le ha antojado eso?

GUIOMAR.

Anagoras, siñor, y dícime siñora Clavela: callán, fija Guiomá, aprender ben á colar las flores, que yo te prometos cuando san francas, que te casamo con un mequera de aquese que adoba la guante.

GERARDO.

¿Qué es aqueso de casar? ¿Qué, ya no quieres ser monja?

GUIOMAR.

No, siñor; que ya tenemo un prima mia contrita na religiona, monja, priora, nabadesa, ayá en mi tierra de Manicongo, muy honradas. Yo, siñor, queremos muntipricar á mundos.

GERARDO.

Sus, basta que sepamos tu intencion, que hablarse ha mas despacio sobre ese negocio, y entra allá dentro y llama á mi hija Clavela que se pare á la ventana, que le quiero hablar.

GUIOMAR.

Que me placer, siñor, sin que me la mandas.

GERARDO.

Anda vé.

ESCENA III.

GERARDO. GUIOMAR. CLAVELA.

GUIOMAR.

Siñora, que lecir siñor....

CLAVELA.

Asi, ¿qué es lo que dice?

GUIOMAR.

Que vosamerced pare ventana, que queremo fablar con eya.

CLAVELA.

¿Qué me pare á la ventana? Corre, Guiomar, y dile que no puedo, que estoy acabando aquella gorguera de prisa, y que te diga á ti qué es lo que quiere.

GUIOMAR.

Anda, siñora, dal'en diabro aquesan monadiya, turo dia trabajar, nome la padre, la fiyo, la santo, amen.

CLAVELA.

Aqui á la puerta le hablaré. ¿Para qué me he de encaramar por las ventanas? ¿Qué es lo que mandas, señor?

GERARDO.

No cosa ninguna, que si os envié á llamar no fue mas sino por no decillo á esa lengua de tordo. Por vida vuestra que si viniere Verginio padre de Lelia á

demandar por mí, le digais que en casa de Millan Muñoz el tendero me hallará: no lo echeis en olvido, que es cosa que importa.

CLAVELA.

Pierda cuidado.

GERARDO.

Si á tu señora se le olvidáre, acuérdaselo tú, Guiomar.

GUIOMAR.

Que me placer, siñor. ¿No dice en casa mal años te rar Dios entero?

GERARDO.

Esos sean para ti, perra.

CLAVELA.

Déjela, señor, que yo me acordaré dello: vaya en buen hora.

ESCENA IV.

CLAVELA. GUIOMAR.

CLAVELA.

En buena fe, pues la calle está sola y no paresce nadie, quiero sentarme aqui á la puerta, pues poco me queda. Hija Guiomar.

GUIOMAR.

Como tú la quieres, siñora mi álima la corazon.

CLAVELA.

Entra allá por tu vida y tráeme mi almohadilla,

y entretanto que estoy acabando no sé qué, saca tu rueca, porque me estes aqui acompañando.

GUIOMAR.

Facémolo como mandar, por ciertos.

CLAVELA.

¡Oh vida triste y trabajosa! Ninguna cosa hay en ti que de seguridad pueda tener renombre. ¿Traes, dí?

GUIOMAR.

Toma, cátala ahí tu almonadilla, siñora.

CLAVELA.

Muestra acá, y llámame esa rapaza que me saque aqui un asiento.

GUIOMAR.

Chuchuleta, machacha. Siñora, no responder, piensa que sa muerta.

ESCENA V.

CLAVELA. GUIOMAR. JULIETA.

JULIETA.

¡Ay amarga de mí! ¿y qué diablo me quiere allá fuera la cara de carbon de brezo?

CLAVELA.

¡Ah, señora Julieta! ¡ah, dueña! ¿No salís?

JULIETA.

Sí, señora, heme aqui: ¿qué manda?

CLAVELA.

¿Qué hacíades allá dentro, picuda?

JULIETA.

Sí, picuda: ¿qué habia de hacer?

CLAVELA.

Sácame aqui un asiento, y dejaos de rezongar.

JULIETA.

Sí por cierto, ¿y todo eso era? ¿qué, no podia traello la cucaracha de sótanos? Sino muy al lado con su señora.

GUIOMAR.

Anda, ofrézcote an diabro: trae aqui un par de monadiyas en que sentar siñora.

JULIETA.

Pues agradeceldo á quien está delante que en buena fé que..... quizá....

CLAVELA.

Bien. ¿Qué es lo que quizá? Pues si yo arrebato un varapalo, por ventura os pondré quizá en paz.

JULIETA.

¿Pues por qué consiente vuesa merced que me deshonre delante della esa cara de espárrago por remojar?

GUIOMAR.

Mírame la salamandera. ¿Ha visto qué pantasía tiene, cara de sin gorgüenza?

JULIETA.

¿Oiste, mi duelo, para quién han de tener vergüenza? ¿Quién es ella, asi la arrastren?

CLAVELA.

¿Callaremos? Ea, tengamos la fiesta en paz si os pesa: calla tú, Guiomar.

GUIOMAR.

Jesú, Jesú. ¿No mira vosamercé que praguntar quién sa yo? Mira, mira, fija, ya saber Dios y tora lo mundo que sar yo la sabrina na reina Berbasino, cuñados de la marques de Cucurucú, por an mar y por an tierras.

JULIETA.

Sí, sí, no le ronqueis.

CLAVELA.

Calla, rapaza. ¿Y reina era tu tia, Guiomar?

GUIOMAR.

¡Ay siñora! ¿pensar vosamercé que san yo fija de alguno negra de par ahí? Ansi haya bono siglo álima de doña Bialaga, siñora.

CLAVELA.

Gentil nombre tenia para dalle buen siglo.

GUIOMAR.

Sí, siñora, doña Bialaga yamar siñora mi madre, y siñor mi padre Eliomor; cuenta que quiere lesir don Diegos.

JULIETA.

Mira como quereis esos bledos: ¡qué gentiles nombres para un podenco!

GUIOMAR.

Por eso primer fijo que me nacer en Portugal le yamar Diguito, como siñor su saragüelo.

CLAVELA.

Su agüelo dirás.

GUIOMAR.

Sí, siñora, su sabuelo.

CLAVELA.

¿Hijo tienes, Guiomar?

GUIOMAR.

¡Ay siñora! no me la mientes, que me face lágrima yorar. Téngolo, siñora, la India le san Juan de Puntorico, y agora por un mes lagoso me cribió un carta aquela ringlonsito tan fresco como un flor de aquese campo. ¡Ay entraña la mia, fijo mio!

JULIETA.

Tan desatinada y tan borracha me venga el bien.

GUIOMAR.

¿Quin sa borracha, chuchuleta? ¡Ay mandaria,

mandaria! Plégata Dios que mala putería te corra y no veas carralasolendas.

CLAVELA.

¡Ay amarga! ¡Qué carnestolendas, y qué mal pronunciadas!

JULIETA.

Mal corrimiento venga por ti, amen.

GUIOMAR.

Anda, putiñas medrosas: no es mi honras tomáme contigos.

JULIETA.

¡Miren qué fantasía! Pues calla, doña negra, que agora ha mandado su alteza que á todos los negros y negras hagan pólvora.

GUIOMAR.

Cagajon para'l, merda tomá pala vos y á mandamento (*).

CLAVELA.

Y déjala, Guiomar, que es una loca: sino dime, ¿qué es lo que tu hijo te envió á decir?

(*) Estas indecentes expresiones y otras bajas y soeces que se leen en las piezas de la presente coleccion, no se sufririan hoy en nuestros teatros; pero aqui no pudieron omitirse, habiéndose de dar la verdadera y puntual idea de nuestra dramática en sus principios, y de manifestar los pasos por donde fue subiendo desde su rudeza primitiva hasta el estado de cultura y gala en que la puso el famoso Lope de Vega. *(Nota de la Acad.)*

GUIOMAR.

Aquella mochacho, aquella mi fijo métemelo á prinsipio de carta diciendo: Lustrísima madre mia Guiomar: la carta que yo te cribo no é para besamano, sino que sa bono, bendito sea Riós, loado sea Riós, amen. ¡Ay! Dios te la presie, fijo de la corazon y de lantrañas.

CLAVELA.

No llores, Guiomar, no llores.

GUIOMAR.

No podemo facer otro, porque tenemo latrógamo turo, turo yeno de fátriqueras.

CLAVELA.

Bien está por tu vida, Guiomar, que nos entremos de presto en el aposento; y tú, Julieta, pornás esa almohada do sabes, que he visto á Lauro asomar por el cabo de la calle.

ESCENA VI.

LAURO. LELIA.

LAURO.

¿Qué te parece, mi Fabio, cuán desgraciados habemos sido? ¿Has visto á qué tiempo tan oportuno veníamos, y cómo mi señora Clavela se escondió con tanta presteza?

LELIA.

¿Qué quieres que te diga, señor, sino que harto

ciego es el que no ve por tela de cedazo? Averiguadamente ella te aborrece por todo extremo.

LAURO.

¡Ay que ya lo veo! pero dime, mi Fabio (y por aquella obligacion te conjuro con que á servirme eres obligado), aquesas veces que á visitarla de mi parte has ido, ¿qué semblante te muestra cuando en mi negocio en hablar os ocupais?

LELIA.

¿Qué quieres, señor, que te diga, sino que ninguna vez de ti le hablo que con alegre rostro me vuelva respuesta? como si tú, señor, le hubieses hecho las mayores injurias y los mayores agravios que á doncella de su suerte hacerse pudiesen.

LAURO.

¿Pues qué remedio?

LELIA.

Que cambies el propósito y ames en otro lugar, pues tan mal te paga el amor que muestras tenelle, y el aficion tan grande con que la sirves.

LAURO.

Cambiar el propósito no puedo.

LELIA.

Si no puedes, estáte ansi.

LAURO.

Ansi lo pienso hacer.

LELIA.

Poco ánimo tienes: paresce que nunca en tu vida quisiste bien, sino que Clavela fue la primera que tu corazon comenzó á sojuzgar.

LAURO.

No, ni Dios tal quiera; antes creo que de haber yo sido ingrato á Lelia, hija de Verginio, romano (la cual á ti te paresce en extremo), ha permitido Dios que yo sea pagado con la misma ingratitud.

LELIA.

Y dime, señor, ¿esa Lelia que dices es muerta? ¿Cómo dejaste de tener su amor?

LAURO.

Muerta no: antes despues que su padre la ausentó por hacer cierto camino á Roma, nunca mas della he sabido, de la cual Lelia yo rescibí en todo aquel tiempo todos los honestos favores que de una generosa y honesta doncella se podian rescebir.

LELIA.

De esa manera, señor, mal le pagas: parece que debrias procurar por ella y tornar en una amistad tan lícita.

LAURO.

No: en ninguna manera.

LELIA.

¿Cómo no?

LAURO.

Aquese cómo tampoco lo alcanzo, Fabio, antes tengo creido que de haber inferido Clavela mi señora que yo estoy aficionado á Lelia, me desama, lo cual, si ello es ansi, que de rabia muera. Y por tanto te ruego, mi fiel criado, cuanto puedo (si mi salud deseas) que cuando allá vuelvas le digas que ya no amo á Lelia como solia, antes huigo de acordarme della, ni aun de oirla mentar. ¿Entiendes, mi Fabio? ¡Válame Dios! ¿Qué has habido? ¿qué desmayo ha sido este?

LELIA.

Déjame, señor, que no es nada, sino que yo suelo ser apasionado del corazon, y tómanme á veces estos desmayos, y si me das licencia iréme á la posada, porque ya casi en los pies no me puedo sostener.

LAURO.

Pues hijo, anda en buen hora, y mira si es menester otro, ó que para remedio de tu mal algun medio se busque, que no faltará por diligencia.

LELIA.

No te cures, señor, que para los males desta suerte tarde el remedio se halla.

LAURO.

Hijo, vete á la posada y descansa.

LELIA.

El descanso tarde espero.

LAURO.

¿Qué dices?

LELIA.

Digo, señor, que el descansar es muy peor para esta mi dolencia.

LAURO.

Pues hijo, ve, y aquello haz con que mejor te hallares y menos para tu salud daño sea.

LELIA.

Voy, señor, lleno de desconfianza.

LAURO.

Anda, que presto seré contigo despues de haber dado algunas vueltas por esta calle donde mi señora Clavela reside.

ESCENA VII.

VERGINIO. PAJARES.

PAJARES.

Hora, juro al cielo de Dios, nostramo, si yo sé á qué tengo d'ir ni á qué efeto vuesa merced me envia. Sé qu'el otro ni la otra no son ahora tan niños que no

sabrán venirse; cuantis mas que ya es hora de comer y la mesma hambre los ha de acarrear á casa, como á mochachos fuidores.

VERGINIO.

Mira, Pajares, déjate desos preámbulos y cúbrete bien esa capa, que gran tardanza es la que hacen, y venirlos has acompañando.

PAJARES.

Qué, ¿no está bien cubrida?

VERGINIO.

No: acaba ya.

PAJARES.

Apártese vuesa merced de mi cobridero, y perdone.

VERGINIO.

¿Paréscete que está bien cubierta?

PAJARES.

Eso vuesa merced lo dirá, que yo no lo veo ni descubro palmo de tierra.

VERGINIO.

¡Oh, mal año te dé Dios, que no te has de saber cubrir una capa! Mira, cuando te la mandaren cubrir, ansi la has de poner.

PAJARES.

¿Ansi? Ya, ya está bien cubrida; guarde, ¿qué dice?

VERGINIO.

Agora sí, toma este sombrero.

PAJARES.

¿Quién lo ha de tomar?

VERGINIO.

¡Dizque quien! Tú lo has de tomar.

PAJARES.

¡A porpúsito! ¿Búrlase conmigo? Hame liado como á costal de arriero, y toma el sombrero. ¿Con qué mano lo habia de tomar? Sé que no tiene maneras ni sacabuches mi capa como balandran de arcediano.

VERGINIO.

Asno, ¿qué por aqui bajo no la sabes sacar?

PAJARES.

¿Por dónde?

VERGINIO.

Por aqui: duelos te dé Dios.

PAJARES.

Dice la verdad; mas pecador de mí y de vuesa merced, y perdone, que los parto por medio, ¿quiere que me ande yo de calle en calle halconeando, dando manotadas como pez que ha caido en el garlito, ó como mulo de anoria que dando vueltas no halla paradero cierto?

VERGINIO.

Ganosa está la bestia de comparaciones.

PAJARES.

Bastian de Pajares me llaman, señor, para cuanto mandáre.

VERGINIO.

Pues lo que te mando no es sino que vayas al monesterio de Sancta Bárbara.

PAJARES.

¿Y para qué á Santa Bárbula? ¿Quiere que diga la Santa que voy disfrezado, escudriñándole los rincones de casa?

VERGINIO.

Para que hagas venir presto á mi hija Lelia y al amo Marcelo, viendo que es ya hora de comer.

PAJARES.

Y aun deso mal punto estoy corrido, porque á las horas de comer me lanza de casa, como á los mozos de los carniceros la cuaresma.

VERGINIO.

¿Pues tanto piensas tardar allá?

PAJARES.

¿Pues no tengo de tardar yendo á pie como voy?

VERGINIO.

De esa manera razon tiene vuesa merced: entre en casa y ensille un poyo de esos en que vaya caballero.

PAJARES.

¿Un poyo?

VERGINIO.

¿Dónde vas?

PAJARES.

A ensillar un poyo como mandó.

VERGINIO.

¿Pues, animal, el poyo se ha de menear?

PAJARES.

Pues eso es lo que me cumple, porque nunca salga de la posada.

VERGINIO.

¿Sabes tú, inocente, si tengo yo alguna cabalgadura en casa?

PAJARES.

¿Quién le demanda una cabalgadura? Cabalgablanda me diese vuesa merced, que cabalgadura ni grado ni gracias.

VERGINIO.

¿Qué es cabalgablanda?

PAJARES.

Un rollo ó rosca de aquellos que han amasado hoy, porque vaya caballero mi estrógamo; y á necesidad, un buen mendrugo de pan en las manos es bueno, por no ir hombre pensando en mal, ni murmurar de nadie.

VERGINIO.

¿Cata, cata, que todo eso era la caballería y el retorizar? Al fin no podias parar sino en cosas de comer.

PAJARES.

¿No vé vuesa merced que dice el cura de nuestro

pueblo, pedid y daros han, y que todos los buenos con pan son duelos?

VERGINIO.

Pues yo os prometo, don asno, que si apaño un garrote que yo os haga ir presto.

PAJARES.

No me prometa vuesa merced cosa ninguna, qu'eso de garrote no es cosa que me conviene por agora.

VERGINIO.

Primero vernán los otros que este macho se vaya de aquí. Espera, tomaré lo que digo.

PAJARES.

¿Qué os paresce? Espérele el relox de Guadalupe. Aguijad, amo Marcelo, pese á la puta de mi cara, que juro á mí pecador, mas esperado habeis sido vos y esotra, que sereno tras ñublado.

ESCENA VIII.

PAJARES. MARCELO.

MARCELO.

¡Pues qué diablos! ¿Tantos ves que venimos? ¿no ves que vengo solo?

PAJARES.

¿Solo viene? Cuantis que por la otra cantaba el cuquillo: *que por vos siquiera no os trajera Dios acá.*

MARCELO.

Mas que no te hallára.

PAJARES.

Señor amo, nostramo es ido por un garrote.

MARCELO.

¿Para qué?

PAJARES.

Pienso que para engarrotarme.

MARCELO.

¿Por qué?

PAJARES.

Porque no os iba á llamar. Por vida vuestra que si trajere garrote y viéredes que me engarrotea, que os metais en medio.

MARCELO.

Que me place.

PAJARES.

Ya lo trae: quiérole decir que ya no es de menester. Señor, he aqui el amo, deje el garrote.

ESCENA IX.

VERGINIO. PAJARES. MARCELO.

VERGINIO.

¿Es ya venido? Pues tomá vos, porque vais presto cuando os mandáre la cosa.

MARCELO.

Paso, señor, paso.

PAJARES.

Amo, ¿y el concierto?

MARCELO.

Harto le decia, paso, señor.

PAJARES.

Dios le perdone, y á vuesa merced. Estanle diciendo ya no es de menester el garrote, y él no sino sacudir como en costal relleno. Bendito sea Dios.

VERGINIO.

Pues, amo, ¿cómo venís sin aquella moza?

MARCELO.

Señor, entremos en la posada, que allá daré cuenta de todo como me ha acaescido con aquellas señoras, especialmente con la señora abadesa.

VERGINIO.

Vamos.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

(*Calle.*)

FABRICIO. FRULA.

FABRICIO.

Señor huesped, ya os tengo dicho que si despertáre aquel honrado hombre que en mi compañía viene,

y por mí os preguntare, que le digais que soy ido á oir una misa, y á ver otras particularidades deste vuestro pueblo.

FRULA.

¿Y á quién quereis que lo diga, señor? ¿al que paresce abad, el que riñó anoche con el mozo sobre el asar de los caracoles?

FABRICIO.

A ese mismo.

FRULA.

¡Oh como es renegado, cuerpo non de Dios conmigo! Pues perdonadme, señor, vuestro padre pensé que era.

FABRICIO.

Antes le tengo en lugar de mas que padre.

FRULA.

¿Sois de aqui?

FABRICIO.

Romano soy.

FRULA.

¿Habeis estado aqui en Módena otra vez sin esta?

FABRICIO.

En mi vida.

FRULA.

Pues catad, señor huesped, que os aviso que vais advertido de la gente de esta tierra, porque es la mas mala que hay en el mundo, en quien hallareis tantos engaños que os asombrarán, y vos sois mozo, no sería mucho engañaros facilmente.

FABRICIO.

Yo lo agradezco; mas decíme, señor huesped, ¿cómo es vuestra gracia?

FRULA.

Señor, Frula me llamo, á servicio y mandado de todos los buenos.

FABRICIO.

Señor Frula, no me engañarán si yo puedo. Haced lo que os tengo rogado, y quedad con Dios.

FRULA.

Id en buen hora.

ESCENA II.

FABRICIO. JULIETA.

FABRICIO.

Por esta calle será bien atravesar. ¡Oh qué bonita moza! A mí parece que viene encaminada.

JULIETA.

¿Qué es esto? ¿Andas de camino, Fabio? ¿Qué hábito es aquese? ¿Qué es de tu señor?

FABRICIO.

¿Mi señor? ¡Donosa está la pregunta! ¿Si nos vido anoche llegar de camino, y piensa que es mi señor Maese Pedro Quintana? No me maravillo que aun el huesped pensó que era mi padre.

JULIETA.

¿No respondes?

FABRICIO.

Durmiendo queda en el meson, ¿Por qué lo dices?

JULIETA.

¡Mesonero es el tiempo! ¿Cómo andas ansi medrado? Parece que hate dado tu amo esa capa.

FABRICIO.

¿Mi amo? Mi amo es mi buen dinero.

JULIETA.

¿Ya mandais dineros, Fabio?

FABRICIO.

¿Otro Fabio? Errado me ha el nombre. ¿Eres tú por ventura moza de Frula mi huesped? ¿De dónde me conosces tú á mí?

JULIETA.

¡Ganosico vienes de burlas! Anda ya, ya, mala landre me mate despues de muerta. ¡Para mí, que como dicen soy de Córdoba y nascí en el potro! Mira que te ha menester mi señora, ven presto.

FABRICIO.

Bien me dijo á mí mi huesped, que era diabólica la gente de esta ciudad. Esa debe de ser moza de alguna cortesana, y como me vé extrangero querrá procurar de sacarme algunas blanquillas; mas quiero conceder con ella, aunque no traigo dos reales cabales.

JULIETA.

Acabemos. ¿Qué hablas entre dientes, Fabio?

FABRICIO.

Otro Fabio. Fabricio querrás decir.

JULIETA.

Fabricio ó Fabio: ansi veo que te llama tu amo y mi señora.

FABRICIO.

¿Por qué calle iremos?

JULIETA.

Por la de oro: como si tú no supieses las calles mejor que yo.

FABRICIO.

Sí, mas no me acuerdo ya.

JULIETA.

¡Miraldo al desatinadico! Estuviste anoche, y no atinas; pues ven conmigo que yo te adestraré.

FABRICIO.

¿Es lejos?

JULIETA.

Es el mal dolor que Dios te dé, amen. ¿Haces del bobo? Sí, sí, tomaldo acuestas, deciros ha mil gracias. Mira, quédate aqui en este canton, que voy á ver qué hace mi señora, que luego salgo á llamarte.

ESCENA III.

FABRICIO.

Mira si lo dije yo, mira si va la señora á ver si está con alguno su ama: porque si tal hay, no faltará un achaque con que me despedir, y sino, ella volverá por hacerme caer con pie derecho; pues mándole yo que harta mala ventura podrá llevar de mí. Quiérome esconder, que gente viene: no quiero que digan que estoy á puerta semejante aguardando tanda, como quien va al molino á moler.

ESCENA IV.

VERGINIO. GERARDO.

VERGINIO.

¿Qué quereis, señor, que os diga? ¿A quién mas que á mí con mas justa razon debe pesar? Pero dejadme topar con ella.....

GERARDO.

Y dígame, señor Verginio, ¿teneis por cosa cierta andar vuestra hija en el hábito que decís? ¿Y de quién lo habeis sabido?

VERGINIO.

¿De quién? Primeramente lo supe de Marcelo, amo mio, que habiéndole yo enviado al monesterio, dijo que allá no estaba, y tambien que fui yo en persona á sabello.

ESCENA V.

VERGINIO. GERARDO. JULIETA.

JULIETA.

¡Jesus! vista soy de mi señor; volveréme. No, que será peor. Sus, que ya la tengo pensada.

VERGINIO.

Vuelve acá, rapaza: ¿pensabas que no te habia visto? Dí, ¿dó dabas la vuelta, hurona?

JULIETA.

Señor, envíame mi señora Clavela á llamar uno de estos cajeros, que le queria comprar no sé qué cuentas.

GERARDO.

¡Jesú, Jesú, qué mentira tan probada! Cajero dizque iba á llamar, señor Verginio: ¿ha visto atravesar por aqui algun cajero?

VERGINIO.

¿Qué, señor? Poco hace al caso, salga á lo que saliere.

JULIETA.

En buen hora, señor, tan claro se oyeron aquellas campanillas que ellos suelen traer, que no dijeran sino vesme aqui.

GERARDO.

Calla, calla, rapaza. Ven acá, ¿qué hace mi hija Clavela?

JULIETA.

Rezando la dejé.

VERGINIO.

¡Tal sea mi vida! Cierto terná mejor juicio que no la mia. ¿Pero qué digo? Hela, hela, señor, no hay mas que decir: topado ha Sancho con su rocin. Llégate, llégate, hija Lelia, que conoscida eres.

ESCENA VI.

FABRICIO, Y DICHOS.

FABRICIO.

¿Lelia? Abrenuncio: donosa gente es esta.

GERARDO.

Sea bien venida la señora; digo, el galan. Por Dios que os está bien ese hábito: si yo fuese que vos, nunca me le quitaria.

VERGINIO.

¿Qué es aqueso, hija Lelia? ¿Qué pasos son estos en que andas? ¿Qué devaneo ha sido aqueste? ¿Qué ropa es esa? ¿Por qué no me hablas? Bien sé yo que sabes hablar.

FABRICIO.

¿Decís á mí, hombre honrado?

VERGINIO.

¡Donosa es la respuesta! Dí, ¿búrlaste conmigo?

FABRICIO.

No tengo yo por costumbre burlarme con nadie, especialmente con quien no conozco.

GERARDO.

¡Santo Dios, qué poca vergüenza! ¿Que aun fingirá no conoscerte? Toma por ahí: tené gana de casaros con semejantes.

VERGINIO.

Agora, hija Lelia, lo pasado sea pasado, y en lo por venir haya enmienda.

JULIETA.

Cata que es el diablo el buey rabon. Lelia diz que se llama el otro.

GERARDO.

¿Qué dices tú, Julieta?

JULIETA.

Digo que se engañan en buena fé, señores: mejor conozco yo este mocito que á mis propias manos.

VERGINIO.

¿Y tú, de dónde le conosces?

JULIETA.

De mil veces que le he visto con su amo.

GERARDO.

¿Y cómo se llama?

JULIETA.

Fabio, y Lauro su señor.

VERGINIO.

¿Lauro? Dejadme topar con él, que yo le enseñaré si es bien hecho traer á mi hija en semejantes tratos.

FABRICIO.

Por Dios, no sé qué me diga: esta tierra debe de ser de bárbaros, el uno me toma por extrangero, el otro por muger, el otro por page: no hay quien los entienda.

VERGINIO.

No murmureis, hija, sino andad acá conmigo á la posada, y dad al diablo andar en devaneos ni servir á nadie; basta que sirvais aqui á vuestro marido.

FABRICIO.

Por Dios, si no tuviese respeto á las canas honradas, que yo os enseñase á hablar de otra manera. ¿Qué cosa es marido? ¿Estais en vuestro juicio?

GERARDO.

Paso, paso, cuerpo de mi linaje, señora, que no lo teneis tan acabado, que si aqui no nos quieren, acullá nos ruegan, como dicen.

VERGINIO.

Calle, señor Gerardo, que de alguna cosa debe traer el seso perdido. ¿Qué le paresce que hagamos de ella?

GERARDO.

Señor, lo que á mí me paresce, que pues mi casa es tan cerca, la arrebatemos y la metamos en mi aposento, y yo haré á mi hija Clavela que se vea con ella: que quizá por ser muger como ella, la hará venir á lo bueno y le dará cuenta de toda su mudanza.

JULIETA.

¡Muger es el diablo! No verá mi señora Clavela otros mejores toros, que no salí á otra cosa de casa sino á llamalle.

GERARDO.

¿Qué rezas, Julieta?

JULIETA.

Digo, señor, que á la mano de Dios, que es muy bien hecho, que tambien se holgará mi señora por ser muger como ella.

VERGINIO.

Pues alto, señor Gerardo, echalde mano valientemente como yo.

FABRICIO.

Estad quedos, hombres honrados, por Dios.

GERARDO.

¿Qué cosa es por Dios? tené bien, señor, que no se nos vaya.

JULIETA.

Déjate llevar, asno, que no te van á echar con leones, sino con la mas linda dama que en toda Módena se halla.

FABRICIO.

Paso, paso, señores; que no pienso deberos nada.

GERARDO.

Calla, calla, que allá tienes de ir por fuerza ó por grado: ayuda aqui, Julieta.

JULIETA.

Eso es de gracia, que á mas soy obligada por lo que toca siquiera á mi ama. ¿Coceais? Callá, que vos saldreis manso y el patron quejoso, y mi ama contenta, que es lo mejor.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

(*Calle.*)

VERGINIO. GERARDO. JULIETA.

VERGINIO.

El mas contento y satisfecho hombre del mundo salgo de casa de Gerardo, solo por dejar á mi hija Lelia en compañía de la suya.

GERARDO.

¿Adónde se puede sufrir un semejante caso y atrevimiento como este, sino en tierra de Guinea? Yo le castigaré al ribaldo tacaño, segun meresce. ¿Qué cumple mas?

VERGINIO.

¡Válame Dios! ¿Qué es aquello?

JULIETA.

¡Ay, señor Verginio! por el amor de Dios que se vaya presto de aqui.

VERGINIO.

¿Cómo, qué ha sucedido?

JULIETA.

Ya lo decia yo, pecadora de mí, que aquel mancebo era Fabio, criado de Lauro, y ellos que no, sino Lelia.

VERGINIO.

¿Qué dices?

JULIETA.

Digo que mi señor se está armando con determinacion de matar á vuesa merced.

VERGINIO.

No hará, hija.

GERARDO.

¡Asi, que fiándome yo de un hombre de tanta honra, me haya engañado tan malamente! ¡Ah don traidor! ¿aqui estais?

JULIETA.

¡Ay! señor, téngase.

GERARDO.

Déjame, rapaza.

ESCENA II.

CRIVELO, Y DICHOS.

CRIVELO.

Paso, paso, señor Gerardo, tené un poco de respeto, siquiera por quien está en medio.

VERGINIO.

Mirá, buen hombre, si algo presumís que os debo, dejadme llegar á la posada, que presto daré la vuelta y os responderé como mandáredes.

GERARDO.

Andá, que aqui os aguardo.

CRIVELO.

Que no es menester nada deso, señor Verginio. ¿No sabríamos qué ha sido esto?

VERGINIO.

Yo no lo entiendo.

GERARDO.

¿Qué no lo entendeis?

CRIVELO.

Señor Gerardo, por amor de mí, que me diga lo que hay ó sobre qué es la quistion, que si es cosa que tiene remedio, aqui está Crivelo que basta á remediarlo todo.

GERARDO.

¿Qué remedio puede haber, pecador de mí, que fiándome yo de este señor, me engañase?

CRIVELO.

¿De qué manera?

GERARDO.

De esta: que á fuerza de brazos me ha hecho poner un mancebo en mi casa que se llama Fabricio.

JULIETA.

Que no, sino Fabio, señor.

CRIVELO.

Ya le conozco.

GERARDO.

Haciéndome creer que era su hija Lelia.

VERGINIO.

Sí que lo es.

GERARDO.

¿Aún porfias, mal hombre?

CRIVELO.

Téngase, señor, y mire quién está delante.

GERARDO.

Yo fiándome dél, creyendo ser ello asi, púsele en compañía de mi hija Clavela y le he hallado abrazado y besándose con ella. ¿Paréceos si ha deshonrado mi casa para cuantos dias viviere?

VERGINIO.

Restituidme mi hija, digo yo, y dejaos de esas francias.

GERARDO.

Restituidme vos mi honra : no penseis vencerme con palabras.

VERGINIO.

Esperadme pues aqui.

ESCENA III.

GERARDO. JULIETA. CRIVELO.

CRIVELO.

Vuelta, vuelta, señor Verginio. Señor Gerardo, él se va sin duda á armar, quitémonos de aqui.

GERARDO.

¿Cuál quitar? juro á mí pecador, de aqui no me quite hasta verme persona con persona con él: veamos á cuánto llega su lanza.

CRIVELO.

Mejor será que se quite de la calle, y no dé qué decir á los vecinos.

JULIETA.

Bien dice Crivelo, señor.

GERARDO.

Por ese respeto lo quiero hacer.

CRIVELO.

Pues, señor, quédese con Dios y éntrese en su casa.

GERARDO.

Y vaya con él.

ESCENA IV.

FRULA. SALAMANCA.

SALAMANCA.

¡Pues qué diabros! ¿Tanto madrugoren, que no tuvieron acuerdo de almorzar primero que se huesen, señor huesped?

FRULA.

¿Yo no te dije que no sé mas de cuanto el mozo salió primero por esa puerta, que el otro como Abad fue en su busca?

SALAMANCA.

Y dígame, señor mesonero ó bodegonero ó como es su gracia, por vida de'sa cara, cara honrada, ¿sin almorzar se salioren?

FRULA.

Tu señor el mozo bebió con una tórtola.

SALAMANCA.

¡Pues qué diabros! ¿No habia taza en casa, que bebió con una tórtola?

FRULA.

¡Como! Un pájaro, animal.

SALAMANCA.

Y qué ¿animal no es pájaro?

FRULA.

No, pues eres tú.

SALAMANCA.

Mercedes, señor huesped.

FRULA.

Si tú no quieres entenderte. Lo que yo digo es que comió la tórtola y bebió tras de ella, y el Abad viendo que era ido, demandó sopas de la olla, y ansi se fue.

SALAMANCA.

¿Qu'en sopado va? ¡Ah! ¿búrlase?

FRULA.

¿Por qué me tengo de burlar?

SALAMANCA.

Yo juro al cielo de Dios, que no fue ese hecho sino de hombres lamineros: eso meresce el pobre de Salamanca, por irse á dormir en el pajar y ahorrar de cama.

FRULA.

¡Catá! ¿Qué, Salamanca te llamas?

SALAMANCA.

Salamanca me llamo, y aun me pesa dello.

FRULA.

¿Por qué?

SALAMANCA.

Porque en cosas de comer siempre quedo manco.

FRULA.

Hora bien, queda en hora buena.

SALAMANCA.

Vaya con Dios, señor bodegonero. ¡Oh! pobre de ti, Salamanca, ¿dónde irás agora solo y en tierra agena, y sin almorzar ni quien te convide? por aqui será bien que atraviese y pida la plaza á do se venden cosas de comer.

ESCENA V.

LAURO. CRIVELO.

LAURO.

Cuéntame, Crivelo, lo que á contar me empezaste, sin errar solo un punto.

CRIVELO.

Que yo te lo diré, señor, sin discrepar ni tan solamente una puntada.

LAURO.

Pues dí.

CRIVELO.

Has de saber, señor, que como tú me enviaste en casa de Clavela á ver á qué efecto ese rapaz se habia detenido tanto, hallé riñendo á Verginio y á Gerardo.

LAURO.

¿Y sobre qué?

CRIVELO.

Sobre que oí decir á Gerardo que habia hallado á Fabio abrazado con su hija Clavela.

LAURO.

¡Oh traidor! ¿Qué, tal oiste?

CRIVELO.

Dije que lo oí con estas propias orejas, y fue bien oido.

LAURO.

¿Que fue bien oido? ¡Tacaño!

CRIVELO.

No te empines, señor, contra mí, porque es verdad lo que te digo.

LAURO.

Yo te creo.

CRIVELO.

¿Cuál yo te creo? Digo que lo haré bueno al diablo que sea, si es menester, encima de un brocal de un pozo, que cumple palabras.

LAURO.

Vamos: si yo no le diere su pago, no me llamen hombre hijodalgo.

CRIVELO.

¿Qué? yo basto, señor, á cortalle aquellos braźuelos.

LAURO.

Crivelo, vente conmigo, y en velle, dale de tal suerte que le dejes tendido.

CRIVELO.

Eso haz cuenta que está hecho. Yo me porné desta postura, sino desotra, y capete en tierra. Vamos.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

(Calle.)

LELIA. QUINTANA. SALAMANCA.

LELIA.

¿Qué tengo de hacer, pobreta de mí, sino tomar el mejor expediente? Especialmente que Lauro mi señor tiene entendido de Crivelo su lacayo que me han visto abrazada con Clavela. Yo no entiendo quién puede ser este que en mi forma y hábito haya tenido tal atrevimiento.

SALAMANCA.

Señor Mase Quintana. ¿Qué digo? Ojo, hé allí á Fabricio.

QUINTANA.

Ya lo veo.

LELIA.

En manos de Marcelo mi amo voy derecho á ponerme.

QUINTANA.

Llámale; y sin manteo viene.

SALAMANCA.

Habráselo jugado: ¡ah! señor. ¡Válame Dios! ¿está sordo?

LELIA.

¿Qué mozo es este que me ha llamado?

QUINTANA.

¿Qué mozo es este? ¡Ah Fabricio! vergüenza, vergüenza, ¿qu'es del manteo?

LELIA.

Hombre honrado, ¿conosceisme vos á mí?

QUINTANA.

Sí que te conozco.

SALAMANCA.

Sí que os conocemos.

LELIA.

¿Tú sabes con quién hablas?

SALAMANCA.

Bien sé con quién hablo, con Fabricio hablo.

LELIA.

¿Cuál Fabricio?

SALAMANCA.

Mi amo.

LELIA.

¿Yo soy tu amo?

QUINTANA.

Déjate de chacotear, Fabricio, y vamos á la posada.

SALAMANCA.

Vamos, qu'es hora de comer.

LELIA.

¿Quién te quita la comida?

SALAMANCA.

Él me la quita, pues venir no quiere.

LELIA.

Yo no tengo para qué.

SALAMANCA.

Bien lo creo, pues tiene su tórtola en el buche.

LELIA.

Calla, diablo, con tu comida.

SALAMANCA.

Bien teneis vos por qué callar, dómine Faldetas, pues antes de salir de la posada asi os engullís las sopas como anadon nuevo los livianos ó caracoles.

ESCENA II.

LAURO. CRIVELO, Y DICHOS.

LAURO.

Cátale, Crivelo: dale, muera.

LELIA.

¡Santa María, señora! Sed conmigo.

QUINTANA.

Teneos, gentilhombre.

CRIVELO.

Que no hay que tener.

SALAMANCA.

A esotro, no á mí. ¡Oh pecador de Salamanca!

LAURO.

En casa de Verginio se ha metido.

ESCENA III.

MARCELO. QUINTANA. LAURO. SALAMANCA. CRIVELO.

MARCELO.

¿Qué descortesía es esta tan grande, señores, de querer entrar con las espadas tiradas en casa agena?

LAURO.

Dadnos ese rapazuelo de Fabio.

QUINTANA.

¿Fabio? Fabricio se llama, señores.

MARCELO.

Ni es ese ni esotro, que vivís engañados; pero, señor Lauro, antes que te lo dé, primero te suplico que

me oigas un negocio que pocos dias ha que acontesció en mi pueblo, maravilloso de oir.

SALAMANCA.

Señores, ¿parésceles que vaya por sendas sillas al meson?

MARCELO.

¿Para qué, dí?

SALAMANCA.

Porque segun han tomado el comienzo, no es mucho que nos tomen aqui las cumpretas.

QUINTANA.

Déjele, señor.

LAURO.

Que me place de lo oir; pero ha de ser con una condicion, que entregueis luego ese rapaz en mi poder.

MARCELO.

Yo te lo pondré en tus manos propias, á fé de quien soy.

SALAMANCA.

¡Qué gentiles alientos para quien querria estar en la posada, y tener los asadores atravesados por las tripas!

LAURO.

Dí presto.

MARCELO.

Has de saber, señor, que no ha muchos años que un caballero tomó amores con una doncella, la cual le pagaba con el mismo amor. Quiso su desdicha que es-

te caballero se enamoró de otra señora, olvidando la primera: la primera viéndose despreciada de su amante, no sabiendo qué se hacer, acordó de mudar el hábito femenino, y en el de hombre muchos dias le sirvió; pues andando á la desconocida, viéndose todavía aborrecer de este su señor, vino en tanto extremo que estuvo para desesperar, y está hoy en dia que plañe y lamenta en secreto, que es la mayor lástima del mundo.

LAURO.

Dichoso tal hombre, pues con tan firme amor es amado. ¿Y por qué no se da á conocer de su señor?

MARCELO.

Porque teme del mal suceso.

LAURO.

¿Cuál mal suceso? A fé de caballero que si por mí tal acaesciera...... ¿Mas qué digo? No soy yo tan dichoso ni tan bienaventurado.

MARCELO.

Señor, si por ti tal acaesciera ¿qué es lo que hicieras tú? ¿No olvidáras otro cualquier amor por muger tan constante siendo tan hermosa y noble como la otra?

LAURO.

¿Cuál olvidar? ¿Y con qué se podria pagar un tan conforme amor?

MARCELO.

Pues primero que en nuestra casa entres, ni á Fabio veas, quiero me jures á fé de caballero qué es lo que tú hicieras sobre este negocio.

LAURO.

Por el juramento que me has tomado te juro que no le podria pagar con otra cosa, sino con tomalla por muger.

MARCELO.

¿Hiciéraslo ansi?

LAURO.

Y no de otra manera.

MARCELO.

Pues entra, señor, que por ti propio ha sucedido lo contado.

LAURO.

¿Por mí? ¿cómo?

MARCELO.

Porque Fabio (á quien tú quieres matar pensando que es hombre) es tu querida primera Lelia, hija de Verginio, romano, la cual se salió del monesterio por servirte en hábitos de hombre; mira si le debes algo y le eres en grandísima obligacion.

LAURO.

No me digas mas, señor Marcelo, que yo te creo.

CRIVELO.

Y aun por eso, señor, muchas veces cuando se iba

á acostar á la cámara de los lacayos, se apartaba acullá lejos en un rincon á desnudar: yo decíale: hermano Fabio, ¿por qué no te vienes á desnudar á la lumbre? y respondíame él diciendo: hermano Crivelo, tengo sarna.

LAURO.

Sus, entremos allá dentro, que yo le quiero pagar con lo que tengo dicho.

SALAMANCA.

Señor Mase Quintana, si aquel no es Fabricio ¿qué esperamos? vámonos *ad comedendum ad posatam.*

QUINTANA.

¿Qué dices? ¿Qué algarabía es esa?

SALAMANCA.

¿Algarabía es esta? Es gramátula, y aun de la mas fina de Alcalá de Humares.

QUINTANA.

Escúchate. Dígame, señor ¿cómo dijo denantes que se llamaba el padre desa Lelia?

MARCELO.

Verginio Romano.

QUINTANA.

¿Verginio Romano?

MARCELO.

Sí, señor.

QUINTANA.

¿Tuvo otro hijo sin esta?

MARCELO.

Uno, el cual se perdió en el saco de Roma.

QUINTANA.

Por hallado se puede tener el dia de hoy: que llegando á ver aqui á Módena so amparo y guarda mia, se nos ha desparecido, y pensando ser este que se retrajo en vuestra posada, venimos en su seguimiento.

CRIVELO.

¿Y es ese el que llamais Fabricio?

QUINTANA.

Sí, señor.

CRIVELO.

Ta, ta, que me maten si ese que vos decís no es el que han tomado por Lelia, y está encerrado en casa de Gerardo.

MARCELO.

Pues por amor de mí, mientras nosotros nos entramos á efectuar el matrimonio del señor Lauro con Lelia, se vaya aqui con Crivelo.

QUINTANA.

¿Dónde, señor?

MARCELO.

A casa de Gerardo, porque Verginio es ido allá armado con Pajares su mozo á que le restituya á Lelia.

QUINTANA.

¡Válame Dios! Iré porque no suceda algun escándalo.

CRIVELO.

Vamos, y daremos noticia de lo pasado.

ESCENA IV.

QUINTANA. SALAMANCA.

SALAMANCA.

¿Y pues? ¿yo, Mase Quintana ó cuartana, quédome hecho campaleon? ¿Piensa que me he de mantener del aire?

QUINTANA.

¡Oh! toma, cata ahí cuatro reales y dalos á Frula el mesonero en señal que se los debemos, y dile que te dé el portillon de la ropa.

SALAMANCA.

¿Y no mas?

QUINTANA.

Y el pan que sobró del almuerzo, y vente aqui á la posada del señor Verginio.

SALAMANCA.

Que me place, y al pan podeis agradescer la vuelta.

ESCENA V.

VERGINIO. PAJARES.

VERGINIO.

Mira, Pajares.

PAJARES.

Miro, señor.

VERGINIO.

No te cures de mas sino hacer como yo hiciere; veamos si me darán á mi hija por fuerza ó por grado, ó mal que les pese.

PAJARES.

Y dígame, señor, ¿cuántos han de ser los alanceados, si place á la voluntad de Dios?

VERGINIO.

Solo uno es el que me ha ofendido.

PAJARES.

¿Uno no mas? ¿Y cómo se llama?

VERGINIO.

¿De todo te han de dar cuenta? Gerardo se llama. ¿Por qué lo dices?

PAJARES.

Porque querríame llegar á la iglesia.

VERGINIO.

¿Para qué?

PAJARES.

Para hacelle decir una misa de salud.

VERGINIO.

Calla, badajo, que no sé quien viene.

PAJARES.

Crivelo es el uno, y el otro saludador me paresce.

ESCENA VI.

CRIVELO. QUINTANA, Y DICHOS.

CRIVELO.

Guárdele Dios, señor Verginio.

VERGINIO.

Seas bien venido con la compañía.

QUINTANA.

Beso sus manos.

PAJARES.

Señor Crivelo, ¿paréscele en qué andenes y riesgos me han traido mis pecados?

CRIVELO.

¿Cómo, Pajares?

PAJARES.

¿Cómo me pregunta? ¿No ve qué enlanceado estoy?

CRIVELO.

¿Pues qué hace al caso, dí?

PAJARES.

¿Quién me hizo á mí mata hombres? Que aun por mis pecados los dias pasados mató mi padre un huron, y en mas de quince dias no osaba salir de noche al corral do le habia muerto.

QUINTANA.

¿Por qué?

PAJARES.

Porque no me asombrase su álima.

CRIVELO.

Señor Verginio, bien puede vuesa merced enviar este mozo á casa á desarmarse.

PAJARES.

¡Ah! Dios te dé salud, amen.

VERGINIO.

¿Cuál enviar? ¿Venís vos hecho de concierto con Gerardo? Pues tené por entendido que no lo haré hasta en tanto que me dé mi hija, tan sana y tan buena como se la entregué.

CRIVELO.

Señor Verginio, ¿cómo? ¿cómo os puede dar vuestra hija, no teniéndola?

VERGINIO.

¿Dizque no teniéndola? ¿Pues qué cuenta me da de la moza que yo le dejé en su poder?

CRIVELO.

¿Moza? Yo digo que es mozo.

QUINTANA.

Señor, lo que yo tengo entendido de este negocio es que Lelia está en tu casa, con toda la honra del mundo, y desposada con un gentil hombre que se llama Lauro.

CRIVELO.

Dice verdad, señor: con mi amo.

PAJARES.

¿Y sin pedirme perdon, señor?

VERGINIO.

¿De qué te habia de pedir perdon?

PAJARES.

De que me hizo ayunar el lunes sin ser ayuno, ni cantallo el martilojo de mi bravario.

VERGINIO.

¿Qué, mi hija es desposada con Lauro? Dichoso sería yo si tal fuese.

CRIVELO.

Que lo puedes bien creer, señor.

VERGINIO.

Y pues, el que tanto le semeja, que está en casa de Gerardo ¿quién ha de ser?

QUINTANA.

Tu hijo, señor.

VERGINIO.

¿Qué me contais?

QUINTANA.

La verdad sin falta.

VERGINIO.

¡Oh providencia divina!

CRIVELO.

Señor, en casa de Gerardo me entro, por dalle aviso del regocijo tan sobrado, y ganar las albricias.

VERGINIO.

Corre, vé.

PAJARES.

Yo á desalancearme.

ESCENA VII.

VERGINIO. QUINTANA.

VERGINIO.

¿Señor, cómo es su gracia?

QUINTANA.

Quintana, á su servicio.

VERGINIO.

¿De qué tierra?

QUINTANA.

De Roma, ayo de su hijo Fabricio.

VERGINIO.

¿Fabricio? ¿Y quién le puso ese nombre?

QUINTANA.

Señor, tú has de saber que el dia de la revuelta que fue saqueada Roma, quiso su buena dicha ó ventura que vino en poder tu hijo de un capitan español dicho Fabricio, y por quererle tanto, me lo dió que le enseñase toda crianza, llamándole de su propio nombre, y al punto que fallesció, lo dejó heredero de su hacienda.

VERGINIO.

¡Santo Dios!

QUINTANA.

Yo, como por tu hijo y mi criado supiese que tenia padre que se llamaba Verginio, y por informacion de algunos extrangeros que en Módena residian, determiné de encaminarle á esta ciudad y traelle en tu presencia.

VERGINIO.

Digo, señor, que yo estoy por ello á no faltaros en los dias de mi vida.

ESCENA VIII.

GERARDO. FABRICIO. CLAVELA. CRIVELO, Y DICHOS.

CRIVELO.

Señor, he aqui do sale el señor Gerardo y tu hijo Fabricio, con su esposa Clavela mano por mano.

GERARDO.

¿Qué le paresce, señor Verginio, las cosas que son encaminadas por Dios, cómo siempre vienen á parar en buen suceso?

VERGINIO.

Asi es la verdad, señor Gerardo.

QUINTANA.

Fabricio, abraza á tu padre.

FABRICIO.

Déme sus manos, señor.

VERGINIO.

¡Jesus! y cuán semejante es á Lelia: bendígate Dios, hijo mio, y á tu esposa.

CLAVELA.

Y á él dé largos dias de vida.

GERARDO.

Señor Verginio, pues no ha sido servido Dios que

Lelia fuese mi muger, segun aqui Crivelo me ha contado, digo que yo me tengo por muy dichoso y contento que su hijo Fabricio sea mi yerno, y d'hoy mas por consuegros y hermanos nos abracemos.

VERGINIO.

Que me place, y vamos derecho á mi aposento donde se celebrarán las bodas cumplidamente.

CRIVELO.

Sus, señores: si les paresciere alcanzar de la fiesta y confitura que allá dentro está aparejada, alléguense á la posada del señor Verginio, que, á fé de hombre de bien, segun el preparatorio, no falten quejosos; y por tanto, perdonen.

CORNUDO Y CONTENTO.

PASO.

Personas.
- LUCIO, *doctor médico.*
- MARTIN DE VILLALBA, *simple.*
- BÁRBARA, *su muger.*
- GERÓNIMO, *estudiante.*

(Plaza de un lugar.)

LUCIO.

¡*Oh miserabilis doctor!* ¿Qué fortuna es esta, que no haya receptado en todo el dia de hoy recepta ninguna? ¡Pues mirad quién asoma para mitigar mi pena! Este es un animal, que le ha hecho encreyente su muger que está enferma, y ella hácelo por darse el buen tiempo con un estudiante; y él es tan importuno, que no lo hace con dos ni tres visitas al dia. Pero venga, que en tanto que los pollos en el corral le turaren, nunca su muger estará sin fiebre. Sea bien allegado el bueno de Alonso de.....

MARTIN.

No, no, señor Licenciado, Martin de Villalba me llamo, para toda su honra.

LUCIO.

Salus atque vita. ¿Para qué era nada desto, hermano Martin de Villalba?

MARTIN.

Señor, perdone vuesa merced, que aun estan todavía pequeñuelos, pero sane mi muger, que yo le prometo un ganso que tengo á engordar.

LUCIO.

Déos Dios salud.

MARTIN.

No, no, primero á mi muger, plegue á Dios, señor.

LUCIO.

Mochacho, toma esos pollos, ciérrame esa gelosía.

MARTIN.

No, no señor, que no son pollos de gelosía, vuesa merced puede estar descuidado. ¿Sabe cómo los ha de comer?

LUCIO.

No por cierto.

MARTIN.

Mire, primeramente les ha de quitar la vida y plumallos, y echar la pluma, y los hígados, si los tuvieren dañados.

LUCIO.

¿Y despues?

MARTIN.

Despues ponellos á cocer, y comer si tuviere gana.

LUCIO.

Bien me paresce todo eso. ¿Pues cómo se ha sentido esta noche vuestra muger?

MARTIN.

Señor, algun tanto ha reposado, que como ha dormido en casa aquel su primo el estudiante, que tiene la mejor mano de ensalmador del mundo todo, no ha dicho en toda esta noche, aquí me duele.

LUCIO.

Yo lo creo.

MARTIN.

Guárdenos Dios del diablo.

LUCIO.

¿Y queda en casa?

MARTIN.

Pues si aqueso no huese, ya sería muerta.

LUCIO.

¿Tomó bien la purga?

MARTIN.

¡A mi madre! Ni aun la quiso oler: pero buen remedio nos dimos porque le hiciese impresion la melecina.

LUCIO.

¿Cómo asi?

MARTIN.

Señor, aquel primo suyo como es muy letrado, sabe lo qu'el diablo deja de saber.

LUCIO.

¿De qué manera?

MARTIN.

Díjome: mirad, Martin de Villalba, vuestra muger está de mala gana, y es imposible que ella beba nada desto: vos decís que quereis bien á vuestra muger: dije yo, á mi madre, no esteis en eso, que juro á mí que la quiero como las coles al tocino. Dijo él entuences, pues tanto monta: bien os acordais que cuando os casaron con ella, dijo el crego ser unidos en una misma carne. Dije yo, asi es verdad: dijo él, pues siendo verdad lo qu'el crego dijo, y siendo toda una misma carne, tomando vos esa purga, tanto provecho le hará á vuestra muger como si ella la tomase.

LUCIO.

¿Qué hicistes?

MARTIN.

Pardiez, apenas hubo acabado la zaguera palabra cuando ya estaba el escudilla mas limpia y enjuta que la podia dejar el gato de Mari Jimenez, que creo que no hay cosa mas desbocada en toda esta tierra.

LUCIO.

Bien le aprovecharia.

MARTIN.

Guárdenos Dios: yo fui el que no pude mas pegar los ojos, que ella á las once del dia se despertó, y como á mí me habia quedado aquella madrugada tan enfecto el estrómago con aquello de la escudilla, hízole

tanto provecho á ella, que se levantó con una hambre, que se comiera un novillo si se lo pusieran delante.

LUCIO.

¿En fin?

MARTIN.

En fin, señor, que como no me podia menear del dolor que en estos hijares sentia, díjome su primo: andad mal punto que sois hombre sin corazon: de una negra purguilla estais, que me paresceis un buho serenado: entuences el señor diciendo y haciendo, apañó una gallina por aquel pescuezo, que paresce que agora lo veo, y en un santiamen fue asada y cocida, y traspillada entre los dos.

LUCIO.

Hiciérame yo al tercio, como quien juega á la primera de Alemaña.

MARTIN.

¡A mi madre! Bien lo quisiera yo, sino que me hicieron encreyente que le haria daño á mi muger lo que yo comiere.

LUCIO.

Hicistes muy bien, mirad quién ha de vivir seguro de aqui adelante: segun me paresce, á vos basta que curemos.

MARTIN.

Sí señor, pero no me mande mas de aquello de la'scudilla, sino no será mucho á muchas escudilladas ahorrar de tripas, y quedarse el cuerpo como cangilon agugereado.

LUCIO.

Agora pues, yo tengo ciertas visitas, id en buen hora, y acudíos por acá mañana, que con un buen regimiento que y'os ordenaré, basta para que se acabe de curar.

MARTIN.

Dios lo haga, señor.

ESTUDIANTE.

Por el cuerpo de todo el mundo, señora Bárbara, veis aqui á vuestro marido que viene de hácia casa del doctor Lucio, y creo que nos ha visto. ¿Qué remedio?

BÁRBARA.

No tengais pena, señor Gerónimo, que yo le enalbardaré como suelo, hacerle hé encreyente que vamos á cumplir ciertos votos que convienen para mi salud.

ESTUDIANTE.

¿Y creerlo ha?

BÁRBARA.

¿Cómo si lo creerá? Mal lo conosceis: si yo le digo que en lo mas fuerte del invierno se vaya á bañar en la mas helada acequia, diciendo que es cosa que importa mucho á mi salud, aunque sepa ahogarse, se arrojará con vestidos y todo. Háblele.

ESTUDIANTE.

Bien venga el señor Martin de Villalba, marido de la señora mi prima, y el mayor amigo que tengo.

MARTIN.

¡Oh señor primo de mi muger! Norabuena vea yo aquesa cara de pascua de hornazos. ¿Dónde bueno? ¿Ó quién es la revestida, como borrica de llevar novias?

ESTUDIANTE.

Déjala, no la toques, una moza es que nos lava la ropa allá en el pupilage.

MARTIN.

¿Mas, á fé?

ESTUDIANTE.

Sí en mi ánima, ¿habíate decir yo á ti uno por uno?

MARTIN.

Bien lo creo, no te enojes: ¿y adónde la llevas?

ESTUDIANTE.

A casa de unas beatas, que le han de dar una oracion para el mal de la jaqueca.

MARTIN.

¿Búrlasme, dí?

ESTUDIANTE.

No, por vida tuya, y de cuanto luce delante mis ojos.

MARTIN.

V'en buen hora, ¿has menester algo?

ESTUDIANTE.

Dios te dé salud, no agora.

MARTIN.

Como tú deseas.

BÁRBARA.

¡Oh grande alimaña! que aún no me conosció. Aguija, traspongamos.

MARTIN.

Ola, ola, primo de mi muger.

ESTUDIANTE.

¿Qué quieres?

MARTIN.

Aguarda, cuerpo del diabro, que ó yo mengaño, ó es aquella saya la de mi muger; sí, ella es: ¿dónde me la llevas?

BÁRBARA.

¡Ah don traidor! Mirad qué memoria tiene de mí, que topa su muger en la calle, y no la conosce.

MARTIN.

Calla, no llores, que me quiebras el corazon, que yo te conosceré, muger, aunque no quieras de aqui adelante; pero dime, ¿dónde vas? ¿volverás presto?

BÁRBARA.

Sí volveré, que no voy sino á tener unas novenas á una santa con quien yo tengo grandísima devocion.

MARTIN.

¿Novenas? ¿Y qué son novenas, muger?

BÁRBARA.

¿No lo entendeis? Novenas se entiende que tengo de estar yo allá encerrada nueve dias.

MARTIN.

¿Sin venir á casa, álima mia?

BÁRBARA.

Pues, sin venir á casa.

MARTIN.

Sobresaltado me habias, primo de mi muger, burlonazo, maldita la sangre que me habias dejado engotada.

BÁRBARA.

Pues concédeme una cosa.

MARTIN.

¿Y qué, muger de mi corazon?

BÁRBARA.

Que ayuneis vos todos estos dias que yo allá estuviere á pan y agua, porque mas aproveche la devocion.

MARTIN.

Si no es mas que aqueso, soy muy contento: v'en buen hora.

BÁRBARA.

A Dios: mirad por esa casa.

MARTIN.

Señora muger, no te cumple hablar mas como enferma, que el doctor me ha dicho que á mí me ha de curar, que tú, bendito Dios, ya vas mejorando.

ESTUDIANTE.

Quedad en buen hora, hermano Martin de Villalba.

MARTIN.

Vé con Dios: mira, primo de mi muger, no dejes de aconsejarla que si se halla bien con las novenas, que las haga decenas, aunque yo sepa ayunar un dia mas por su salud.

ESTUDIANTE.

Yo lo trabajaré, queda con Dios.

MARTIN.

Y vaya con él.

PAGAR Y NO PAGAR.

PASO.

Personas. { BREZANO, *hidalgo.* CEVADON, *simple.* SAMADEL, *ladron.* }

(*Sala de casa particular.*)

BREZANO.

Hora, no es cosa extraña que á un hidalgo como yo se le haya hecho semejante afrenta y agravio cual este, y es que un casero de esta mi casa en que vivo, sobre cierto alquiler que le quedé á deber, me ha enviado á emplazar docientas veces. Yo quiero y tengo determinado de llamar á Cevadon mi criado, y dalle los dineros para que se los lleve. Ola, Cevadon, sal acá.

CEVADON.

Señor, señor, ¿llama vuesa merced?

BREZANO.

Sí señor, yo llamo.

CEVADON.

Luego oí que me llamaba.

BREZANO.

¿En qué oyó que le llamaba?

CEVADON.

¿Diz que en qué? En nombrarme por mi nombre.

BREZANO.

Hora, ven acá, ¿conosces?

CEVADON.

Sí señor, ya conuezco.

BREZANO.

¿Qué conosces?

CEVADON.

Es otro el aqueste, el que dijo vuesa merced.

BREZANO.

¿Qué dije?

CEVADON.

Ya no se m'acuerda.

BREZANO.

Dejémonos de burlas: dime si conosces á aquel casero desta mi casa en qúe vivó.

CEVADON.

Sí señor, muy bien lo connesco.

BREZANO.

¿Dónde vive?

CEVADON.

Acullá en su casa.

BREZANO.

¿Dónde está su casa?

CEVADON.

Mire vuesa merced, eche por esta calle derecha, y torne por esotra á mano izquierda, y junto la casa, empar de la casa al otra casa mas arriba está un poyo á la puerta.

BREZANO.

No me entiendes, asno: no te digo sino si conosces al casero de mi casa.

CEVADON.

Que sí señor, muy rebien.

BREZANO.

¿Dónde mora?

CEVADON.

Mire vuesa merced, váyase derecho á la iglesia, y éntrese por ella, y salga por la puerta de la iglesia, y dé una vuelta alrededor de la iglesia, y deje la iglesia, y tome una callejuela junto á la callejuela, empar de la callejuela, la otra callejuela mas arriba.

BREZANO.

Bien sé que sabes allá.

CEVADON.

Sí señor, demasiadamente sé.

BREZANO.

Sus, toma estos quince reales, y llévaselos, y dile que digo yo que lo ha hecho ruinmente en enviarme á emplazar tantas veces, y que digo yo que me haga merced de no hacello tan mal conmigo; y mira que al que se los has de dar ha de tener un parche en el ojo, y una pierna arrastrando, y primero que se los des te ha de dar una carta de pago.

CEVADON.

¿Que primero que le dé yo los dineros, le tengo de dar una carta de pago?

BREZANO.

Que no, asno, él á ti.

CEVADON.

Ya, ya, él á mí, yo lo haré muy requísimamente.

(*Calle.*)

SAMADEL.

Segun soy informado, por aqui ha de venir un mozo con unos dineros que los ha de dar á un mercader: yo le tengo de hacer encreyente que soy el mercadante y cogelle los dineros, que bien creo que serán buenos para alguna quinolilla: ta, ta, quiero disimular, que helo aqui do viene.

BREZANO.

Mira que lo sepas hacer, diablo.

CEVADON.

Que lo sabré hacer, ¡válame Dios!

SAMADEL.

Ola, hermano, ¿es hora que traigais esos dineros?

CEVADON.

¿Es vuestra merced el que los ha de recibir?

SAMADEL.

Y aun el que los habia de tener en la bolsa.

CEVADON.

Pues señor, díjome mi amo que le diese á vuesa merced, y tomase vuesa merced quince reales.

SAMADEL.

Sí, quince han de ser, dad acá.

CEVADON.

Tome: aguarde vuesa merced.

SAMADEL.

¿Qué tengo de aguardar?

CEVADON.

¿Diz qué? las insinias.

SAMADEL.

¿Qué insinias?

CEVADON.

Dijo mi amo que habia de tener vuesa merced un parche en el ojo, y traer una pierna arrastrando.

SAMADEL.

Asi, pues si no es mas deso, cata aqui el parche.

CEVADON.

Avese d'ay, ¿diz qu'eso es parche?

SAMADEL.

Digo que sí es.

CEVADON.

Digo que no es.

SAMADEL.

Digo que lo es, aunque os pese.

CEVADON.

No quiero pesar, señor, séalo al mandado de vuesa merced, parche es ¡válame Dios! son como traía vuesa merced abajo el sombrerillo, no habia visto el parche.

SAMADEL.

Hora, sus, dad acá los dineros.

CEVADON.

Tome vuesa merced.

SAMADEL.

Echa.

CEVADON.

Aguarde.

SAMADEL.

¿Qué tengo de aguardar?

CEVADON.

¿La pierna arrastrando qu'es della?

SAMADEL.

¿La pierna? Vesla aqui.

CEVADON.

Tome vuesa merced los dineros.

SAMADEL.

Vengan.

CEVADON.

Aguarde.

SAMADEL.

¡Oh pecador de mí! ¿qué quieres que aguarde?

CEVADON.

¿Qué tengo de aguardar? La carta de pago.

SAMADEL.

Pues vesla aqui, toma, bobo, que en verdad veinte años ha que está escrita, y decidle á vuestro amo que digo yo que es un grandísimo bellaco.

CEVADON.

¿Que le diga yo á mi amo que vuesa merced es un grandísimo bellaco?

SAMADEL.

Que no, sino que yo se lo digo á él, y que lo ha hecho ruinmente.

CEVADON.

Ta, ta, eso de ruin le habia de decir yo á vuesa merced, que mi amo me dijo que se lo dijese, téngalo por recibido.

SAMADEL.

Bien está, vete con Dios.

CEVADON.

Vaya vuesa merced: ofrézcole al diabro el parche que lleva, que miedo tengo que no me haya engañado.

BREZANO.

Ola, Cevadon, ¿traes recado?

CEVADON.

Sí señor, traigo todo recado, y la carta de pago, y todo negocio viene.

BREZANO.

¿Mirástele bien? ¿viste si tenia parche?

CEVADON.

Sí señor, un parchazo tenia tan grande como mi bonete.

BREZANO.

¿Vístelo tú?

CEVADON.

No señor, mas él dijo que le traía.

BREZANO.

¿Pues asi habias de fiar de su palabra?

CEVADON.

Sí señor, sé que no habia de infernar ellotro su alma á truque de un parche ni de quince reales.

BREZANO.

Ora, sus, que tú traerás algun buen recado; y dime, ¿traía la pierna arrastrando?

CEVADON.

Sí señor, luego que le di los dineros arrastró ansina la pierna, mas luego que se fue, iba mas derecho que un pino.

BREZANO.

Baste, veamos la carta.

CEVADON.

Tome, señor.

BREZANO.

Señor hermano.

CEVADON.

¿Dice ahí señor hermano?

BREZANO.

Sí, que dice señor hermano.

CEVADON.

Debe de ser hermano del que recibió los dineros.

BREZANO.

Ansi debe de ser. *Las libras de azafran.....*

CEVADON.

¿Ahí dice libras de azafran?

BREZANO.

Sí, aqui asi dice.

CEVADON.

¿Las libras de azafran? ¿Yo no he traido á vuesa merced azafran?

BREZANO.

A mí no.

CEVADON.

¿Pues cómo viene el papel enzafranado?

BREZANO.

¿Tú no ves que te ha engañado, que por darte carta de pago te ha dado carta mensagera?

CEVADON.

¿Carta, ó qué?

BREZANO.

Carta mensagera.

CEVADON.

Pardiez si eso es verdad, que lo ha hecho muy bellaquísimamente.

BREZANO.

¿Qué remedio, señor?

CEVADON.

Yo diré á vuesa merced qué remedio. Que tomemos sendos palos, y que vamos callibajo, vuesa merced primero, yo tras del, y si á dicha l'encontramos, cobraremos nuestros dineros; cuando no, servirme ha de criado estuences.

BREZANO.

¿Qué es servirte de criado?

CEVADON.

¿Qué, señor? Que y'os compezaré á bravear con él, como lo hizo de ruin hombre de llevarse los dineros sin pàrche ni pierna arrastrando, y en esto vuesa merced descargará con la paliza.

BREZANO.

Pues, sus, vamos.

CEVADON.

Vamos.

SAMADEL.

Bien dicen que lo bien ganado se pierde, y lo malo, él y su amo: esto dígolo porque aquellos dineros que tomé al simple mozo, los medios se fueron en un resto, y los otros se quedaron en un bodegon: dicen que van en busca mia, no tengo otro remedio sino diferenciar la lengua.

BREZANO.

Haz que le conozcas bien.

CEVADON.

Pierda cuidado vuesa merced, que yo le conosceré rebien. Véngase poco á poco tras mí.

BREZANO.

Anda.

CEVADON.

Señor, señor.

BREZANO.

¿Qué?

CEVADON.

Caza tenemos, el del sombrerito es.

BREZANO.

Cata que sea él.

CEVADON.

Que sí señor, este me tomó los dineros.

BREZANO.

Sus, háblale.

CEVADON.

Hombre de bien.

SAMADEL.

La gran bagase qui us parí.

CEVADON.

No habla cristianamente, señor.

BREZANO.

Sepamos pues en qué lengua habla.

SAMADEL.

Yuta drame á roquido dotos los durbeles.

BREZANO.

¿Qué dijo?

CEVADON.

Que se los comió de pasteles.

SAMADEL.

¿No he fet yo tan grasa llegea?

BREZANO.

¿Qué es lo que dice?

CEVADON.

Qu'el los pagará, aunque se pea.

SAMADEL.

¿Qué he de pagar?

CEVADON.

Los dineros que me quisiste hurtar.

SAMADEL.

Tomá una higa para vos, don villano.

CEVADON.

Pero tomad vos esto, don ladron tacaño.

BREZANO.

Eso sí, dale.

CEVADON.

Aguarda, aguarda.

PRENDAS DE AMOR.

COLOQUIO.

Personas. MENANDRO, *pastor.*
SIMON, *pastor.*
CILENA, *pastora.*

SIMON.

Menandro, ya hemos llegado
do podemos deslindar,
y dejar averiguado,
cuál es mas aventajado,
y tiene mas que esperar.
Que si Cilena pastora
á los dos favor nos dió,
á mí mas me aventajó,
pues aquella clara aurora
su zarcillo me entregó.

MENANDRO.

Si por combate ó razones
la gran locura en que estás,
Simon, defender querrás,
propon luego tus quistiones,
porque á todo me hallarás:

dices que te dió un zarcillo
de su oreja delicada
y que á mí no me dió nada,
porque m'entregó un anillo
de mano tan alindada.

SIMON.

¿Quién vido señal de amor
tan manifiesta y tan clara,
ni de tan alto valor?
pues me dió por mas favor
las insinias de su cara:
por aqui quiero cazarte.
Ven acá, Menandro hermano,
pues quieres aventajarte,
¿cuál es mas preciosa parte
las orejas ó la mano?

MENANDRO.

Si va por via de honor
de honra, los afrentados
por justicia y castigados
viven con gran deshonor
si fueren desorejados.
Y por tanto yo diria
que en esta causa ó quistion,
Simon, las orejas son
de menor precio y valía,
que no nuestras manos son.
¿Quieres ver como la mano

es de mayor excelencia?
ten cuenta, Simon hermano,
y verás la diferencia
porque no estés tan ufano.
Si te vas á desposar,
en señal de casamiento
lo primero que has de dar
¿qué ha de ser?

SIMON.

A mi pensar
es la mano, á lo que siento.

MENANDRO.

¿Y despues el sacerdote
cuando os velais en la igreja,
el anillo, acemilote,
pónetelo, di, majote,
en la mano ó en la oreja?
No tienes que responder,
que ya queda averiguado,
por ser mas aventajado
y esto se puede bien ver
por el anillo esmaltado.

SIMON.

Sea, dices que es ansi:
tú, contento con tu anillo,
yo, con mi dulce zarcillo.

MENANDRO.

A la fé sábete aqui
que te he vencido, carillo.

SIMON.

La gran soberbia que cobras,
Menandro, en el proponer,
me da muy claro á entender
que por la envidia que sobras
te tengo aqui de vencer.

MENANDRO.

Mi fé tú estás añasgado,
no te aprovechan razones,
y tus debres conclusiones
claramente han demostrado
ser fracas en dos ringlones.

SIMON.

Tente que siento pisadas:
Cilena debe de ser.

MENANDRO.

Suso, ella podrá hacer
que cesen nuestras puñadas,
y altercanza y contender.

(Entra Cilena, pastora.)

CILENA.

Anday, mi branco ganado

por la frondosa ribera,
no vais tan alborotado,
seguid hácia la ladera
deste tan ameno prado:
gozad la fresca mañana
llena de cien mil olores,
paced las floridas flores
de las selvas de Diana
por los collados y alcores.

MENANDRO.

¡Oh Cilena! bien llegada:
dichosos tales collados
que de ti son visitados:
de ti, pastora agraciada,
queremos ser acrarados.
Bien te acuerdas que en el prado
á Simon diste un zarcillo,
y á mí me diste un anillo
en señal de aventajado,
causa de nuestro omecillo.
Dice y afirma Simon
que todo el favor le diste,
y que á mí me aborreciste:
aquesta es nuestra quistion,
y tú en ella nos posiste.

CILENA.

Quisiera lugar tener,
cierto, garridos pastores,

para que vuestros errores
dejáran de proceder
sobre tal causa de àmores.
Mas pues que soy allegada,
porque no os quejeis de mí,
tomad eso que va ahí,
y otra vez en la majada
sabreis presto el no, ó el sí.
Por agora perdonad
que no puedo detenerme:
pastores, en paz quedad,
y en lo que os dí contemplad
porque dejeis de quererme.

SIMON.

Di, Menandro, ¿qué te ha dado?

MENANDRO.

A mí dióme un corazon
con un letrero esmaltado.

SIMON.

Y á mí su rostro pintado
al vivo en gran perfeccion:
tambien lleva su letrero.

MENANDRO.

¿Qué dice?

SIMON.

Mira y verás

en mí, cuanto tú querrás.
Dichoso Simon cabrero,
¿qué es lo que deseas mas?
En esto se ha conoscido
yo ser mas aventajado
amado y favorecido,
pues mi Cilena me ha dado
su rostro al vivo esculpido.

MENANDRO.

Simon, no estés tan ufano,
no pienses con tu labor
llevarte todo el favor.

SIMON.

¿Qué dice tu letra, hermano?
que ésta llena está de amor.

MENANDRO.

Ya no tengo mas que dar,
pues te doy el corazon;
mas con aqueso, garzon,
no tienes de gloriar
ni mostrar mas presuncion.
¡Oh señal nada imperfeto
de la pastora Cilena!

SIMON.

¡Oh empresa de mi pena!

MENANDRO.

¡Oh espejo de mi objeto!

SIMON.

¡Oh voz que en mi alma suena!
¡Oh rostro mas que hermoso!

MENANDRO.

¡Oh pastor bien fortunado!

SIMON.

¡Oh retrato delicado!

MENANDRO.

¡Oh corazon amoroso,
qué de contento me has dado!
Dejemos nuestro altercar,
Simon, que si vas contento,
yo voy mas que recontento.

SIMON.

Yo sin mas que desear,
de alma y de pensamiento.

ALONSO DE LA VEGA.

AMOR VENGADO.

PASO.

PERSONAS.
- CUPIDO.
- FALACIO, *pastor.*
- BRUNEO, *pastor.*
- DORESTA, *pastora.*

FALACIO.

Mira, Amor, no nos persigas ni apremies, tente afuera, que el que no es acostumbrado á ser captivo, adora la libertad: no pienses con tus blasones y poderes absolutos que publicas, enternescer nuestro silvestre y salvagino natural, que nosotros la soledad amamos, las peñas nos acompañan, los jarales nos recrean, las yerbas nos refrescan, adonde con nuestras brutales fuerzas despedazamos los osos, los tigres y basiliscos amontamos. Reconosce, Amor, que los corazones que contra tales fieras pueden, contra tus fuerzas mas que bastantes serán.

CUPIDO.

¡Oh brutos zagales! ¿Contra mi poder tan atrevidamente hablais? Tornad, tornad en vosotros, y co-

nosced que soy hijo del sapientísimo Vulcano, y á los pechos blancos de la diosa Venus mi madre criado: temido de los fuertes, generalmente de todos obedescido; ¿pues qué haceis, brutos zagales, que ante mí no os humillais? Amando á la pastora Doresta, que por uno de vosotros se deshace, gozad, gozad de la primavera, del verano, y no aguardeis la invernal senectud; catad que como me sirviéredes, asi sereis de mí galardonados.

BRUNEO.

¿Cómo? ¿cómo? Tente á una banda, Falacio, no piense con los fieros que publica subjectarnos, ni con yerba de su flecha nos herir. Saca, saca tu cachicuerno cuchillo, aquel con que las verdes hayas y altos robles de estas nuestras montañas destroncar sueles; y si fuerza contra fuerza poner quiere, á las manos lo tomemos, y ellas solas lo determinen.

FALACIO.

Muera.

BRUNEO.

Llega, dale.

FALACIO.

No viva el que nos piensa subjectar bajo sus pies.

DORESTA.

Paz, paz, zagales, que contra el poderoso Amor no hay fuerzas ni mañas que basten..... Escogido rey, en tal guerra sin tu ayuda no se puede haber victoria.

CUPIDO.

Amadora y sierva mia, pues amas sin ser amada,

y los corazones de estos dos zagales se enduruescen contra ti, toma mi arco y mi enherbolada flecha, y al que mas amares atraviésale el corazon.

FALACIO.

Defiéndete, Bruneo.

BRUNEO.

No tires, zagala, que no hay quien te ame.

FALACIO.

Y si tirares no nos yerres, que á nuestras manos morirás.

CUPIDO.

Suelta, zagala.

FALACIO.

¡Ay, que me siento herido!

BRUNEO.

¿Tan presto desmayas? Poco ánimo es el tuyo. ¿De quién?

FALACIO.

De amores de esta zagala.

BRUNEO.

Ten, ten fuerte como yo.

CUPIDO.

Aguarda porque no te alabes.

BRUNEO.

¡Ay que me siento vencido de aquesta que adora mi vida!

CUPIDO.

¿Sois amantes?

FALACIO Y BRUNEO.

Y tus siervos.

FALACIO.

¡Oh zagala! pues tu amor nos ha vencido, apiádate de nosotros.

DORESTA.

Como si nunca os viera.

FALACIO.

Tú eres mi señora.

DORESTA.

Vosotros mis enemigos.

BRUNEO.

¡Oh gran diosa!

DORESTA.

¡Oh crueles!

FALACIO.

Aguarda, aguarda.

DORESTA.

No me cumple.

BRUNEO.

Por ti morimos.

DORESTA.

Yo vivo en veros morir.

FALACIO.

Yo peno.

DORESTA.

Yo descanso.

BRUNEO.

Yo tu esclavo.

DORESTA.

Yo señora.

FALACIO.

Yo sospiro.

DORESTA.

Yo canto.

BRUNEO.

Yo te sigo.

DORESTA.

Yo huyo.

(Aqui se arrodillan los pastores delante de Cupido.)

FALACIO Y BRUNEO.

Amor, Amor, apiádate de nosotros.

CUPIDO.

Levantaos, nuevos amantes; aunque rebeldes habeis sido, es justo que de la que os amó y amais, seais galardonados. ¡Oh hermosa zagala! ámalos, pues que te aman.

DORESTA.

¿A cuál de ellos?

CUPIDO.

Bien preguntas: esa causa no quiero determinarla

sin consejo de amadores; mas como rey absoluto mando que entretanto que se determináre, andes en medio de los dos por selvas y boscajes, adonde con casto amor de ellos servida seas, y con su vista te contentes. Ea, caballeros, gentiles hombres, lindas damas, en vuestro juicio lo dejo que juzgueis lo que aqui ha pasado: entrambos la aborrescian: entrambos fueron forzados. ¿Cuál se puede llamar amador, el que la zagala hirió con su flecha, ó el que yo herí de mi voluntad?

JUAN DE TIMONEDA.

LOS CIEGOS Y EL MOZO.

PASO.

Personas. MARTIN ALVAREZ, *ciego.* PERO GOMEZ, *ciego.* PALILLOS, *mozo.*

PALILLOS.

Muy excelentes señores,
con humil acatamiento
las manos veces sin cuento
les beso muy sin temores.
Acá por intercesores
so enviado,
y lo que mas me ha forzado
á deciros la verdad
es tener necesidad,
de lo cual Dios sea loado.
Pero en fin tengo pensado
que al presente
donde está tan noble gente
un amo no faltará,
por ser menester habrá

á este pobre sirviente:
que de oficios mas de veinte
sé hacer;
y si el trage y parecer
demuestra que poco valgo,
consuélome que hijodalgo
so, aunque pese á Lucifer.
Por eso quien de comer
me dará
y por mozo me terná,
podrá alabarse y decir
que á él le suelen servir
hijosdalgo de verdá.
Asi mi querer está
de ponerme
(porque no haya de perderme)
hora sea á melcochero,
ó á mozo de cocinero,
para poder socorrerme,
aunque sé un poco entenderme
de harbolario
y tambien de apotecario;
y aunque el oficio es muy viejo,
del arte de mandilejo
os daré todo el sumario.
Para mozo de un vicario
me pornia
solo porque cada dia
de las ofrendas comiese,
y al beber, cuando me viese,

de mí no se quejaria;
pues si á la voluntad mia
amo hallase,
yo os doy fé que trabajase
aunque me hiciese mil sobras,
de mis servicios y obras
en valde no se quejase.
Porque el tiempo no se pase
en hablar,
empezaros he á contar
las condiciones que tengo.
Allá do voy nunca vengo,
y es condicion singular;
la otra es no levantar
de mañana,
la cual tengo por muy sana:
sé romper lo que está sano,
sé al pan dar una mano
si de comer tengo gana.
Si veo que está liviana
la redoma,
el pesar que alli me asoma
jamás tiene par ni cuento:
cuando estoy harto y contento
por jamás harán que coma.
Pues si alguno dice, toma,
con dinero,
luego me vuelvo ligero.
Por abreviar de razones,
en fin estas condiciones

son propias de caballero.
Si preguntais de ganchero,
por mi fé
nunca en mi vida lo usé,
sino una vez seis ducados,
y estos me fueron forzados
hurtar de do los hurté.
Sobre ellos contaros he,
con que holgueis,
un donaire, y tomareis
en oillo pasatiempo.
Yo estaba, no ha mucho tiempo,
con un amo que reireis,
y porque mejor noteis
era ciego:
que de su vida reniego,
cual el triste lo pasaba,
que de pan no me hartaba.
Yo, como rapaz matiego,
acordé tramalle un juego
muy gracioso
y para mí provechoso,
y es que supe que escondia
los dineros que tenia,
por ser dellos codicioso;
yo, como mozo astucioso,
de hambre muerto,
acechéle el lugar cierto
do escondia este dinero,
y ví que en un agujero

lo escondia con concierto.
Yo en haberlo descubierto
la vereda,
con mi mano mansa y beda
apañé todo el caudal;
pero en fin todo fue á mal,
yo perdido y la moneda.
Pues del hurtar no me queda
ningun bien,
quiero huir de tal desden.
No sé en qué precio preciase
que al presente un amo hallase
ansi plegue á Dios. Amen.

MARTIN ALVAREZ.

Devotos cristianos, ¿quién
manda rezar
una oracion singular
nueva de nuestra Señora?

PALILLOS.

Parece que he oido agora
ad algun ciego hablar.
Veislo por do fue á asomar,
ciego es:
este es mi amo, pardiez,
de quien agora os hablé.
Huïré..... ¿mas para qué?
Esconderme quiero pues.

MARTIN ALVAREZ.

Mandadme rezar, pues que es
noche santa,
la oracion segun se canta
del nacimiento de Cristo.
¡Jesus! nunca tal he visto,
cosa es esta que me espanta:
seca tengo la garganta
de pregones
que voy dando por cantones,
y nada no me aprovecha:
es la gente tan estrecha
que no cuida de oraciones.

PERO GOMEZ.

¿Quién manda sus devociones,
noble gente,
que rece devotamente
los salmos de penitencia,
por los cuales indulgencia
otorgó el Papa Clemente?

MARTIN ALVAREZ.

Ciego es este ciertamente
como yo,
el que agora voces dió:
mi compadre es si no miento.

PERO GOMEZ.

La oracion del nacimiento
de Cristo.

MARTIN ALVAREZ.

Ce.

PERO GOMEZ.

¿Quién llamó?

MARTIN ALVAREZ.

Pero Gomez.

PERO GOMEZ.

¿Quién es?

MARTIN ALVAREZ.

¿No
me conoceis?

PERO GOMEZ.

Martin Alvarez, ¿qué haceis?
buenas noches le dé Dios.

MARTIN ALVAREZ.

Compadre, asi haga á vos,
¿á do bueno?

PERO GOMEZ.

Ver podeis:
vo por ciudad, como veis,
pregonando
y la oracion voceando

de Cristo, pues en verdad
es hoy su natividad.

MARTIN ALVAREZ.

En la mesma oracion ando.

PERO GOMEZ.

¿Sin mozo vais? dende cuando
me decí.

MARTIN ALVAREZ.

Dos mil años ha que en mí
ya no está, que segun fundo,
en el universo mundo
tan gran bellaco no ví.

PALILLOS.

Llegarme quiero hácia alli
cerca de ellos
y un poquito revolvellos,
pues contra mí se desmandan.

PERO GOMEZ.

Compadre, tábanos andan,
¿no sentís?

MARTIN ALVAREZ.

Rabia con ellos.
¡Oh! hideputa en los cabellos
he tomado.....

Creo que no..... ¡Oh! mal grado
que se me fue..

PERO GOMEZ.

Mas..... pardios.....
¡Oh! reniego non de vos.

MARTIN ALVAREZ.

Juro á diez que va enlodado.
Pues volviendo á lo pasado
que primero
hablamos, deciros quiero
que mi mozo cuando huyó
seis ducados me hurtó.

PERO GOMEZ.

Mais..... ¿burlais?

MARTIN ALVAREZ.

No, son de vero.
Dejóme tan lastimero
de verdad,
y en tanta necesidad,
compadre, podeis creer,
cual nunca me pensé ver.

PERO GOMEZ.

¡Oh qué mozo y qué bondad!
Si Dios me dé sanidad
y alegría,
que en verdad tal no sabia.
¿Mas cuánto ha que yo os hablo
que deis los mozos al diablo?

vos teneis vuestra porfia
que os roban de cada dia
por razon
cuanto pueden sin pasion,
y el mozo, por hablar claro,
para nosotros es caro
tan solo por la racion.
Asi que en mi opinion
hallo pues
que ir á solas mejor es
que no mal acompañado;
y sino cuando es mirado,
ganancia y caudal perdés.

PALILLOS.

¡Oh qué gracioso entremés!
El buen viejo
¡qué ejemplos da y aparejo!
muy bien predica elegante.

MARTIN ALVAREZ.

Compadre, de aqui adelante
tomaré vuestro consejo,
pues se vé que sois añejo
de saber.
Mas vos tambien á mi ver
debeis, compadre y vecino,
el dinero de contino
en buen recado poner,
y no ansina lo tener
aviniente

sin temor de inconveniente:
si los poneis á su bozo,
ved si los hurtará el mozo,
no digo seis, pero veinte.

PALILLOS.

¡Sí, tomaldo al inocente,
que si hallára
los veinte que los dejára!

MARTIN ALVAREZ.

¡Pues, pésete á la fortuna!
do estaban, persona alguna
hallarlos nunca pensára:
no pues porque los ganára
mal ganados,
sino creo que mis pecados
me han traido á pagadero.

PERO GOMEZ.

¿Do estaban?

MARTIN ALVAREZ.

En un aujero
dentro en mi casa guardados.

PERO GOMEZ.

¡Oildo! cuán bien alzados
(cara atras)
los tenia.

MARTIN ALVAREZ.

No sé qué mas
podia hacer en guardallos.

PERO GOMEZ.

Compadre, con vos llevallos
era muy mejor y en paz.

PALILLOS.

¡Oh hideputa, y qué hipocras,
sino miento,
que sois vos, segun que siento!

PERO GOMEZ.

Aosadas que yo no he miedo
los dineros, si hacer puedo
me hurten do los asiento.

MARTIN ALVAREZ.

Pues ese tal regimiento
que usar
soleis, me debeis vos dar.

PERO GOMEZ.

Pláceme. Siempre procuro,
compadre, por ir seguro
los dineros no apartar
de mí, sino los llevar
yo conmigo,
pues son nuestro bien y abrigo;

que alli do el dinero vá
mi corazon siempre está
con él, por ser fiel amigo,
y aun mis dineros me obligo,
si quereis
apostar que no sabeis
en qué parte van de mi
persona.

MARTIN ALVAREZ.

Ea que sí.

PERO GOMEZ.

Compadre, no acertareis.

MARTIN ALVAREZ.

Apostay que los traeis,
sin mentir,
en los zapatos.

PERO GOMEZ.

Reir
me haceis á boca llena.

PALILLOS.

¡Oh qué plática tan buena!
llegar quiero por oir.

PERO GOMEZ.

En fin quiérooslo decir
donde estan

y el lescondrijo do van,
mas con todo no quisiese
que aqui alguno lo oyese
por no me ver en afàn.

PALILLOS.

Callar cumple, juria san
con primor.

MARTIN ALVAREZ.

Esperá y será mejor
reconoscer si habrá alguno
por aqui. No hay ninguno,
hablar podeis sin temor.

PERO GOMEZ.

Pues sabed que alrededor
del bonete
los llevo como á ribete,
compadre, y emparejados.

MARTIN ALVAREZ.

¿Y serán cuántos ducados?

PERO GOMEZ.

Hasta cinco, ó seis ó siete.....
Dad acá: ¡en gentil sonete
os entonais!

MARTIN ALVAREZ.

¿Qué diablos me demandais?

PERO GOMEZ.

Mi bonete.

MARTIN ALVAREZ.

¿Cómo? ¿Cuándo
os faltó?

PERO GOMEZ.

No esteis burlando:
echaldo acá.

MARTIN ALVAREZ.

Mas ¿burlais?

PERO GOMEZ.

Compadre, ¿de eso os picais?

MARTIN ALVAREZ.

¡Qué hablar!
Mirá si os soleis picar
vos en hacer cosa tala,
que esa palabra es muy mala.

PERO GOMEZ.

¡Oh qué buen disimular
que teneis!

MARTIN ALVAREZ.

Id á rodar,
que no nada.

PERO GOMEZ.

Compadre, á mí no me agrada
que con dineros burlemos;
sino ved que perderemos
la nuestra amistad pasada.

MARTIN ALVAREZ.

Dígoos que esa badajada
que decís
es mal dicha, si sentís.

PERO GOMEZ.

Ea, dejad aquesos fieros,
y volvedme los dineros,
que vos los teneis.

MARTIN ALVAREZ.

Mentís.

INTROITO.

PERSONAS.
- CUPIDO.
- GINEBRO, *pastor.*
- CLIMACO, *pastor.*
- CLAUDINO, *pastor.*

CORO.

Oye, Cupido, señor,
no te quejes de pastores,
que el remedio de amador
es decir mal del amor
y á la fin morir de amores.

CUPIDO.

Atrevidos y enamorados pastores, ¿de dónde os vino tanta osadía que recostados en vuestras cabañas y con gran descuido osásedes ultrajar mi divinidad? Y pues con mi potencia os he traido á este lugar, cada uno dé razon de sus quejas para que se haga justicia.

GINEBRO.

Dios y señor Cupido, á mí ningun perjuicio me tienes hecho, antes vivo con contentamiento.

CLAUDINO.

Yo con gran descontentamiento.

CLIMACO.

Yo con mucho mas.

CUPIDO.

Sepamos la causa.

CLAUDINO.

Yo te la contaré, muy alto Cupido. Ha de saber tu magestad que viéndonos heridos de tu mano Ginebro, Climaco y yo de amores de la muy hermosa zagala Temisa, acordamos por quitarnos de rencillas y cordojos de presentarnos delante su agraciado conspecto para que dijese ella misma á cuál de nosotros escogia por su requebrado.

CLIMACO.

Y porque, encumbrado Cupido, mejor lo comprendas, has de saber que primero cada cual de nos contó en su presencia las gracias de que era dotado.

CUPIDO.

Sepa yo qué gracias le propusistes.

CLAUDINO.

Yo le dije: amantísima zagala, sábete que soy tan esforcejudo, que por mis fuerzas soy temido en toda Extremadura de los mas valientes zagales, por lo cual pretiendo que me has de escoger por tu servidor.

CLIMACO.

Yo le dije: oye, zagala de bel parescer: tú sabrás que en toda la Mesta no se hallará zagal tan franco y liberal como yo, y porque nasce esta virtud de ánimo

generoso y grande creo que me recibirás por tu zagal, dejando á cualquier desotros.

GINEBRO.

Yo le dije: requebrada pastora, sabrá tu hermosura que la cosa de que yo mas me precio es de ser prudente y sabio en tanta manera que primero que hable ni ponga por obra ninguna cosa, tengo gran cuenta con el fin della, y porque á quien esto tiene no le puede ser dañosa la próspera ni adversa fortuna, debes rescebirme por tu requebrado.

CUPIDO.

En fin, ¿á quién escogió?

CLIMACO.

A Ginebro, por mi mala suerte.

GINEBRO.

A mí, porque asi convenia.

CLAUDINO.

A ti, que nunca debiera.

CUPIDO.

Antes sábiamente escogió la zagala.

CLIMACO.

¿Por qué?

CUPIDO.

Yo te lo diré. Para que la muger discreta quiera

bien, has de saber que no son bastantes las fuerzas de Hércules, ni las liberalidades del magno Alejandro.

CLAUDINO.

¿Sino qué, señor Cupido?

CUPIDO.

Saber virtuoso, honesta conversacion, continua crianza, amor luengo, zelar la honra: todas estas cosas bien alcanzadas, solo el verdadero saber las alcanza.

CLIMACO.

Ahí te aguardaba, Cupido. Si los amores son luengos, pasa peligro que se descubran; y si son descubiertos, síguense grandes peligros.

CLAUDINO.

Dice la verdad.

CLIMACO.

Dí, para ello ¿qué remedio dará el sabio?

CLAUDINO.

Por cierto ninguno, antes el esforzado y liberal terná ganados amigos que le favorezcan en semejantes peligros.

CUPIDO.

Bien paresce que sois pastores. Habeis de saber que al verdaderamente sabio ninguna cosa de esas le falta: él es esforzado en refrenar sus ojos, mandándoles que no miren á quien bien aman, si por mirar se ha de seguir escándalo: es mas que liberal en no dar parte

de sus secretos, cuando vé que no conviene: y habeis de saber que los amigos adquiridos por esfuerzo y liberalidad suelen faltar muchas veces á sus amigos en las necesidades, porque faltando el interese y esfuerzo con que fueron ganados, faltan ellos tambien.

CLIMACO.

Tienes razon: vencido nos has, oh alto Cupido, y damos por buena la eleccion que hizo la sabia pastora Temisa.

CLAUDINO.

Lo que te suplicamos agora es que nos vuelvas á nuestras acostumbradas cabañas y pracenteros sombríos.

CUPIDO.

Soy contento, mas primero quiero que narreis lo que os encomendó el autor al entrar de la puerta.

GINEBRO.

Que somos contentos.

CLIMACO.

Sapientísimos auditores, nuestro autor os desea paz y salud tan larga como la vida de Matusalen, y os hace saber como quiere, por daros placer y regocijo, representar una comedia de Plauto, llamada de los Menemnos: pídeos por merced que esteis atentos, que en breves palabras se os dirá el argumento.

CLAUDINO.

Quítate allá: déjamelo comenzar á mí.

CLIMACO.

Comienza ya.

CLAUDINO.

Sabrán vuestras reverencias que en la ciudad de Sevilla hobo un rico mercader llamado Menemno, el cual tenia dos hijos nascidos de un parto: eran tan semejantes en la forma y gesto que muchas veces la misma madre que los habia parido tomaba al uno por el otro.

GINEBRO.

Vino acaso que siendo estos dos hermanos de edad de quince años, cargó el padre una nave de muchas mercaderías para levante, y llevando consigo uno de sus hijos llamado Menemno, se partió dejando el otro con su madre Claudia.

CLIMACO.

Siendo embarcado, fuelè la fortuna tan contraria que tres dias y tres noches corrió por la tempestuosa mar sin saber adonde iban, y á la fin vino á dar en una peña de la isla Conejera adonde todos perecieron, excepto el hijo Menemno, el cual abrazado con una tabla vino á tomar tierra en el cabo de Cullera.

CLAUDINO.

El desdichado mancebo vínose á Valencia, adonde asentó por criado de Casandro, mercader de mucho trato y viudo, el cual teniendo no mas de una hija, á cabo de tiempo la casó con él en pago de sus buenos servicios.

GINEBRO.

La desventurada madre sabiendo en Sevilla las tristes nuevas y creyendo ser todo perescido, puso nombre Menemno al hijo que le quedaba, por el amor que tenia al hijo y marido ya defuntos.

CLIMACO.

De manera, señores, que ambos á dos hermanos (porque mejor lo entendais) se llamaban Menemnos.

GINEBRO.

Muerta la madre, el Menemno sevillano certificado por un adevino que su hermano era vivo y que estaba en España, determinó de ir á buscallo con un esclavo suyo, y á cabo de tiempo aportó en Valencia, adonde por sus medios se vernan á conoscer, como aqui claramente verán los que atender quisieren.

CLAUDINO.

Nosotros no podemos atender.

CUPIDO.

Ni quiero que atendais, sino que nos vamos cantando.

CLIMACO.

Vamos.

CANCION.

Quien falsario y ciego me llama,
bien es el pecho que yo le abra.
Quien ama sin ser amado
meresce ser desamado,
y ese tal enamorado
con este que descalabra,
bien es el pecho que yo le abra.

LOS MENEMNOS.

COMEDIA.

PERSONAS.

CASANDRO, *padre de*
AUDACIA, *muger de*
MENEMNO, *casado.*
MENEMNO, *mancebo.*
TRONCHON, *esclavo.*
TALEGA, *simple.*
DOROTEA, *ramera.*
AVERROIS, *médico.*
LAZARILLO, *criado.*

(*Calle.*)

ESCENA I.

MENEMNO, CASADO. TALEGA.

MENEMNO C.

¡Oh qué simple cosa es este diablo de Talega! que le hice del ojo para que me siguiese, y no sé si me habrá entendido: mas simple soy yo que no él en darle parte de mis negocios; mas helo aqui donde sale.

TALEGA.

¡Pecador de mí, señor Menemno! ¿y piensas que no te habia entrujado? muy bien te entrujé, qu'esas son mis mieses y comer y tomar solaz á costa agena.

MENEMNO C.

¿En qué te detuviste?

TALEGA.

¡Ojo en qué me detuve! En esperar que el viejo de tu suegro se hiciese invisible, qu'estaba rezando en el patin y quiso Dios que s'encambró.

MENEMNO C.

¿Qué algarabía es esa?

TALEGA.

¿No lo entiendes? Digo que se entró en la cámara, y asi no me vido.

MENEMNO C.

Y á mí sí me ha visto.

TALEGA.

Que no te vió. Pues dime, señor Menemno, ¿en qué estamos? ¿Llevas hecha presa para dar á tu preñada ó enferma?

MENEMNO C.

¿Qué enferma ó preñada dices?

TALEGA.

Enferma llamo yo á tu amiga Dorotea, pues contino dice que pena por tus amores, y preñada de deseos, pues nunca hace sino pedir. Mira, Menemno, que esas presas se han de dar á semejantes mugeres *cum modis et formis*, y á ten con ten.

MENEMNO C.

Mas sabiamente has hablado de lo que te piensas; ¿pero qué haré, pecador de mí, si sus deseos y mi aficion viven conformes?

TALEGA.

Señor, aficion ciega razon: plegue á Dios que á bien te salgan esos arremangos, á feria vayas que mas ganes.

MENEMNO C.

Si no quisieres venir, quédate.

TALEGA.

No haré yo tal poquedad: vaya perro tras su dueño. Abreviemos, señor; la presa que llevas es sustanciosa.

MENEMNO C.

¿Pues no? Una rica saya es de mi muger, la cual prometí de dar á mi Dorotea.

TALEGA.

¿Y ella á ti qué te dará?

MENEMNO C.

Harto me da en querer rescebir lo que yo le doy, cuanto mas que ha prometido de aparejar una espléndida comida para mí y otros amigos, enviándole yo lo necesario.

TALEGA.

Pues que en casa de Dorotea ha de ser el *tu autem* y tragazon, no faltaré alli por la vida, que tambien soy tu amigo.

MENEMNO C.

¿Por dó iremos mas encubierto?

TALEGA.

Guárte, que las paredes han oidos, y no dé sobre mí tu relámpago.

MENEMNO C.

¿De qué temes, cobardazo?

TALEGA.

¿De qué? ¿No sabes tú que dicen *facientes, et consentientes*, y no sé como mas? Lo que yo te aconsejo es que por no ser descubiertos no te cures de convidados, porque ya sabes que en los convites reina el vino, y á do el vino reina el secreto es descubierto, sino que pues gracias á Dios yo como por cuatro, y á necesidad por cinco, que nosotros á solas con Dorotea le peguemos; porque en fin es gran dolor muchas manos en un tajador.

MENEMNO C.

Bien dices, no iremos sino los dos.

TALEGA.

Si asi lo haces, Dorotea terná mas contento, tú menos sospecha y yo mas provecho, y la saya no será descubierta. Por tu vida que me la tornes á mostrar que tengo deseo de verla.

MENEMNO C.

Mírala bien.

TALEGA.

Mírola. ¡Oh qué linda color tiene!

MENEMNO C.

¿Y qué olor? si lo sintieses.

TALEGA.

¿Qué olor? Veamos: á tres cosas huele.

MENEMNO C.

¿Cómo á tres?

TALEGA.

Déjamela tornar á oler. Veamos.

MENEMNO C.

¿A qué huele?

TALEGA.

A hurto lo primero, pues la hurtaste á tu muger.

MENEMNO C.

¿Lo segundo?

TALEGA.

A puta, pues se la ha de vestir Dorotea.

MENEMNO C.

¿Y lo tercero?

TALEGA.

Lo tercero, huele á linda comida, pues por su respeto hemos de comer.

MENEMNO C.

Chacotero estais, amigo.

TALEGA.

No estó por cierto. ¿Pero la comida para cuándo será?

MENEMNO C.

Para cuando yo quisiere.

TALEGA.

Mire, que se trabaje que sea hoy, porque quien pasa punto, pasa mucho.

MENEMNO C.

Anda, que hoy se hará.

TALEGA.

Mira, señor, que te soplico que en nuestra comida no habite carne cuadrángula.

MENEMNO C.

¿Qué es carne cuadrángula?

TALEGA.

Segun el cura de mi lugar, cuadrángulo es aquello que tiene cuatro partes, cuatro esquinas, cuatro asientos, cuatro peañas, y por eso llamo yo, señor, carne cuadrángula el carnero, la vaca, *et totius animalibus de quatuor pedos.*

MENEMNO C.

Ya te entiendo, bachiller: yo te prometo que no falten pollos y palominos, *et caetera.*

TALEGA.

¿Y *et caetera* tambien? ¿Qué cosa es, señor?

MENEMNO C.

Quiero decir, otras cosas muchas.

TALEGA.

Pues mira, señor, que entre esas no falte para los principios carne conforme á mi nombre.

MENEMNO C.

¿De qué manera conforme á tu nombre?

TALEGA.

¿Cómo me llaman á mí?

MENEMNO C.

Talega.

TALEGA.

Pues la carne entalegada pido, cuerpo non de Dios, si me ha de entender.

MENEMNO C.

¿Qué es carne entálegada?

TALEGA.

Longanizas, morcillas, sobre-asadas.

MENEMNO C.

Pues eso no faltará.

TALEGA.

Asi, asi, háblame de esa manera, que pues yo encubro tus maldades, encúbreme el estómago de buenas viandas.

ESCENA II.

MENEMNO, CASADO. TALEGA. AUDACIA.

AUDACIA.

¡Ah! señor Menemno. ¡Ah! señor marido.

MENEMNO C.

¡Oh pesar de la fortuna! Mi muger me llama. ¿Qué haremos, Talega?

TALEGA.

Qué me sé yo.

MENEMNO C.

Ven acá: cúbrete esta capa, y toma esta saya, y disimuladamente aguárdame en ese canton.

TALEGA.

Ensimúleme vuestra mercé.

MENEMNO C.

Vuélvete. Anda que bien estás.

TALEGA.

Ya estoy vuelto. Señor, señor.

MENEMNO C.

¿Qué quieres? maldito seas tú.

TALEGA.

Que se me resbala, que se me cae la saya que has hurtado de tu muger para dar á Dorotea.

MENEMNO C.

Calla, endiablado.

AUDACIA.

¡Ah marido!

MENEMNO C.

¡Ah muger!

AUDACIA.

Jesus, y qué respuesta tan seca.

MENEMNO C.

Cual la pregunta.

AUDACIA.

¿No quieres que sea mi pregunta seca y desabrida, pues sin propósito sales tan de mañana de casa?

TALEGA.

En salvo está quien repica.

MENEMNO C.

¡Oh muger loca y perversa! ¿Y siempre me has de dar enojos con tus zelos y locuras? ¿Cómo? ¿y qué entiendes tú de mis negocios para que digas que sin propósito salgo de casa?

AUDACIA.

Malo está de ver de qué pie cojqueas.

MENEMNO C.

Pues yo te prometo, que si de hoy mas haces lo que agora heciste, que nos han de oir los sordos.

AUDACIA.

¿Por qué nos han de oir los sordos?

TALEGA.

Ahí, ahí, que encaja bien un bofeton.

MENEMNO C.

Cada vez que salgo de casa me ha de detener y llamar dos y tres veces, y demandarme adónde voy, y adónde vengo, qué tengo que hacer, ó qué negocios traigo. De manera que mas la tengo de tener por portera alquilada, que por muger propia.

AUDACIA.

Tales sois vosotros, que no hay de quien fiar.

MENEMNO C.

Mas tales sois vosotras, que no hay quien os pueda contentar.

AUDACIA.

Por eso haces tú bien, que no procuras de contentar sino á una que yo conozco.

MENEMNO C.

¿Cómo se llama?

TALEGA.

Dorotea.

AUDACIA.

Basta que tú sepas cómo se llama.

MENEMNO C.

Ya sé do van esos tiros.

AUDACIA.

Si lo sabes, algo digo.

MENEMNO C.

Sí, dices hartas necedades; y habla paso, porque no demos enojo al viejo de tu padre.

AUDACIA.

No quiero, sino dar voces como loca.

MENEMNO C.

Pues vocea cuanto quisieres, que por darte mas enojo, iré á cenar y á tomar mis placeres con la que dices que conosces.

TALEGA.

Asi, asi, anden voces.

AUDACIA.

¡Oh mal siglo haya quien me casó contigo!

MENEMNO C.

Mas quien te me dió á conoscer.

ESCENA III.

CASANDRO. AUDACIA. MENEMNO, CASADO. TALEGA.

CASANDRO.

¡Ah vergüenza! ¡Enhoramala, vergüenza! y no deis tan desmesuradas voces, ni hagais testigos de vuestras poquedades á los vecinos. ¿Qué es esto que de contino yo he de ser tercero de vuestros enojos?

AUDACIA.

¡Ay padre! á esta vida dígole muerte.

CASANDRO.

¿Cómo? ¿Sobre qué ha sido?

MENEMNO C.

Déjala mientra llora sin razon, y está con aquel corage, que yo te lo contaré brevemente. Has de saber, señor, que á su soberbia y menosprecio han sobrevenido zelos.

CASANDRO.

¡Zelos! ¿y de qué?

MENEMNO C.

Dice que tengo manceba, y que robo la casa.

TALEGA.

Verum est.

AUDACIA.

Mas cómo si asi no fuese.....

CASANDRO.

Óyete, serpentina, déjanos hablar.

MENEMNO C.

Con los cuales zelos y sin razon me mata cada dia, y porque le oso responder me trata peor que si fuese Talega.

TALEGA.

¡Y mala talegada te dé Dios! ¿y quién te manda nombrarme?

AUDACIA.

¿Pues qué, no robas la casa? ¿Y el diamante quebrado que te dí, qué es de él?

TALEGA.

¿Pues qué si supieses de la saya?

MENEMNO C.

En casa del platero está para soldalle.

TALEGA.

Mas en casa de la puta para aniquilalle.

AUDACIA.

Plegue á Dios que sea verdad lo que dices.

MENEMNO C.

Yo digo verdad mejor que tú meresces.

CASANDRO.

¿No has de callar, loca?

AUDACIA.

Callaré, pues son dos contra mí.

TALEGA.

Y tres, aunque os pese.

AUDACIA.

Platicad á vuestro placer, que yo entrarme quiero por no oir palabras locas.

MENEMNO C.

Tomad que rebite.

CASANDRO.

Calla y súfrete, hijo Menemno, que de los pacientes es el reino de Dios.

TALEGA.

Asi es la verdad; mas no de él, sino de ella.

CASANDRO.

Pues que solos estamos, oye, hijo Menemno, que cuando uno está contento, dice mas loores de aquel contentamiento por la lengua que no tiene en el corazon; y por el contrario, cuando está descontento, dice menos de lo que le queda en el pecho encerrado. Dígolo esto, yerno mio, porque me han lastimado las lágrimas de mi hija y tus pesadas razones, de tal manera que ni sabré decir lo que siento, ni sentir lo que meresces.

MENEMNO C.

Di lo que pudieres decir.

CASANDRO.

Sola una cosa diré, y es que deberias acordarte de quien fuiste por tu desdicha, y de quien eres por mi causa, y como de perdido te hice ganado y de siervo libre, casándote con mi única y amada hija, con la cual llevaste linage, hermosura, virtud y mucho dinero.

MENEMNO C.

Antes, señor, si lo juzgas, quitada esa pasion de pa-

dre, hallarás que me diste mucho hueso y poca carne: quiero decir que es tanta su altivez, locura y soberbia, que obscurece y desdora todo ese linage, hermosura y hacienda, de tal manera que me hace vivir el mas triste y desconsolado del mundo.

CASANDRO.

Quien mula quiere sin tacha, hijo Menemno, estese sin ella. ¿No sabes tú ya que todas las mugeres quieren hablar y que todos callen: quieren mandar y ninguna ser mandada: quieren libertad y que ninguno sea libre, y quieren regir y ninguna ser regida?

MENEMNO C.

¿Pues qué es lo que quieren?

CASANDRO.

Una sola cosa.

MENEMNO C.

¿Y es?

CASANDRO.

Ser alabadas, y ver, y ser vistas.

MENEMNO C.

Leido he (y por mis pecados lo tengo experimentado) que el mas fiero y peligroso enemigo del hombre es la muger mal acondicionada, y de aqui nasce una verdad, y es que el marido hace todo lo que quiere la tal muger, y ella no ha de hacer ninguna cosa de las que desea su marido.

CASANDRO.

Sabiamente has hablado; pero mira que no es de hombres cuerdos lastimar á sus mugeres con palabras, luego que han enojo con ellas.

MENEMNO C.

Concediendo ser verdad lo que dices, te certifico, señor, que si antes alcanzára lo que agora alcanzo, y de lo mucho que siento sintiera entonces un poco, no trocára yo mi pobreza y libertad por tu próspero casamiento.

CASANDRO.

Por haberle yo mandado á mi hija que se casase contigo, se casó, que no porque lo quisiese ella de grado, que de nobles fue demandada, sabiendo que viene de muy buena parte.

TALEGA.

Sí, cuando viene de la igreja.

MENEMNO C.

Aqui no tratamos de linages, que cuanto á eso tambien sabria defender mi partido, sino que si vieses de la manera que me trata, dirias que me sobra razon.

CASANDRO.

Oye, hijo Menemno, ningun hombre sufre tanto á su muger que no sea obligado de sufrille mas, considerando que al fin el hombre es hombre, y la muger muger. Cierto, muy atrevida es la muger que se toma con su marido, pero muy mas loco es el marido que toma pendencias públicas con su muger.

MENEMNO C.

Las injurias que me dice no las puedo, señor, sufrir.

CASANDRO.

Mira, las injurias que hacen las mugeres mejor se castigan con tenerlas en poco, que con vengarlas.

MENEMNO C.

En fin ¿no hay castigo para ellas?

CASANDRO.

Yo no digo que no le hay, pero sepan todos los hombres del mundo que todas las cosas sufren castigo, sino la muger que quiere ruego. El hombre que quiere vivir en paz con su muger, tres reglas ha de guardar.

MENEMNO C.

¿Cuáles son?

CASANDRO.

Amonestarla mucho, reprenderla poco, y no poner manos en ella.

TALEGA.

Y los pies sí, á buenas coces.

MENEMNO C.

¿Y de cuándo acá las puse yo en mi muger?

CASANDRO.

Ni es menester, porque la causa porque ella te riñe y yo te amonesto, es poquedad tuya, y daño suyo y mio en tener amiga, como dicen que la tienes.

MENEMNO C.

Ni hay tal, ni quien tal diga.

TALEGA.

Sí hay tal, y quien tal diga, que so yo.

CASANDRO.

Bien está: el tiempo es tan buen maestro, que ni por miedo ni por vergüenza no deja de descubrir las verdades.

TALEGA.

Ni yo tampoco.

CASANDRO.

Abaste lo dicho. ¿Y agora qué piensas de hacer?

MENEMNO C.

Queria ir á casa de Micer Duarte, porque Talega es ido ya delante con el libro.

TALEGA.

Mas con la saya.

MENEMNO C.

Para que acabemos de rematar aquellas cuentas.

CASANDRO.

Ve con la bendicion de Dios, que yo entretanto me acabaré de vestir.

ESCENA IV.

MENEMNO, CASADO. TALEGA. DOROTEA.

TALEGA.

Gracias sean dadas á Dios que el viejo acabó de predicar.

MENEMNO C.

Ven, Talega.

TALEGA.

Vamos, señor, y desensimúlame y toma la saya, porque no me hallen con el hurto en las manos.

MENEMNO C.

Daca, acabemos ya.

TALEGA.

No me paresces agora propísimamente sino al hijo prólogo, que lleva á empeñar ropa por mengua de dineros.

MENEMNO C.

Déjate de esas gracias, y da en esa puerta y llama á Dorotea, porque salga á rescebir este presente.

TALEGA.

¿Quién está en casa? ¡Ola, aho! No responde nadie, señor. Si has perdido quizá por la mano.

MENEMNO C.

No te entiendo.

TALEGA.

No *sé* si está dentro algun *dominus fatotum*, de esos que llevan ropas largas.

MENEMNO C.

No se ha de presumir tal de mi querida Dorotea.

TALEGA.

Si de amor de ramera te fias, engañado vas, porque no dura tanto como sol de hibierno y pluvia de verano, *et est impossibile* que la que es acostumbrada de someterse á muchos por fuerza, ame á ninguno de grado.

MENEMNO C.

Déjate de eso. Torna á llamar.

TALEGA.

¡Ola, aho! ¿No hay nadie acá?

DOROTEA.

¿Quién llama?

MENEMNO C.

Yo, mi señora.

DOROTEA.

¡Ay mi señor Menemno! ¡ay entrañas mias! ¿y tú eres? Vengas en buen hora.

MENEMNO C.

Y en esa misma estés tú, deleite mio. En mirándote se me quitan todos los enojos y aborrezco á mi muger.

DOROTEA.

¿Quién viene contigo, señor Menemno?

MENEMNO C.

Talega, criado de tu merced.

TALEGA.

Y de su criada, que es bonita.

MENEMNO C.

Crianza, señor.

TALEGA.

Estoy tan criado, que ha veinte años que no mamé.

DOROTEA.

Gracioso está Talega.

MENEMNO C.

De desgraciado está gracioso.

DOROTEA.

Señor Menemno, ¿qué es eso que traes?

TALEGA.

Abre el ojo. Olido ha de narices como podenco de muestra.

MENEMNO C.

Rosa y vida mia, son tus vestidos, y los despojos de la loca de mi muger.

DOROTEA.

¿Esta es la saya que me prometiste?

MENEMNO C.

Esta es, tómala, que si yo puedo, haré de manera que cuantas tiene mi muger sean tuyas, pues yo soy tuyo.

DOROTEA.

Mercedes, amor mio.

TALEGA.

Oreja, perra, y cuán bien que la ase.

MENEMNO C.

Yo las rescibo de ti en quererlas tú rescebir de mí.

TALEGA.

Asi, asi con el diablo. Desa manera presto quedarán en blanco los bienes de nostramo.

MENEMNO C.

¿Qué es eso que dices de blanco y de presto?

TALEGA.

Digo, señor, que se entienda de presto en la comida, y que no falte vino blanco.

MENEMNO C.

Bien dices. Mira, señora, ya sabes lo que me prometiste si la saya venia en tu poder.

DOROTEA.

Muy bien, señor, ya lo entiendo.

MENEMNO C.

Pues aparéjanos muy bien de comer para medio dia.

DOROTEA.

A mejor tiempo no podias hablar, porque está la olla bien forrada ya.

TALEGA.

¿Es el aforro de pluma ó de lana?

DOROTEA.

De todo hay: una gallina y carnero.

TALEGA.

Poco es eso para mis apetitos.

DOROTEA.

¿Qué tú has de comer acá?

MENEMNO C.

Convidado le he porque veas cuán bien sabe comer.

TALEGA.

Como, señora Dorotea, á dos cajos, que de verme folgarás mochísimo.

DOROTEA.

De veras que tomo placer que sea Talega mi convidado una y muchas veces.

TALEGA.

Un placer y mochísimos que Dios te dé.

DOROTEA.

Por amor de tú, prometo de multiplicar dos pares de pollos mas.

TALEGA.

Multiplicadas que tengas las narices.

MENEMNO C.

¿Qué dices, asno?

TALEGA.

No, no, sino los dias de su vida. Los pollos me turbaron. Señora, mira que sean asados, por vida de esa cara de rosa.

DOROTEA.

Yo lo haré mejor que tú te piensas.

TALEGA.

De esa manera la talega de Talega quedará rellena de esta vez.

DOROTEA.

¿Qué quiere decir eso?

TALEGA.

Yo soy talega de mi amo, y mi talega es mi vientre: si como bien, mi talega está buena, y la de mi amo ruin, porque no me puedo mover despues de harto.

DOROTEA.

Buenas propiedades tienes.

MENEMNO C.

Señora, entretanto que se adereza la comida, voy á casa de Micer Duarte á negociar un poco.

DOROTEA.

Ven, señor, presto y no te detengas.

TALEGA.

Bien dice la señora. Hagamos pasos de fraile convidado, que mejor es que nosotros aguardemos la comida, que la comida á nosotros.

MENEMNO C.

Escucha, Talega, que en esto va mucho. Allégate á la posada, y dirás á mi suegro que somos convidados por Micer Duarte, que no nos aguarden. ¿Sabráslo decir?

TALEGA.

Mirad si sabré.

MENEMNO C.

Vuelve luego, que en su casa te aguardo.

TALEGA.

Muy bien, señor.

ESCENA V.

MENEMNO, MANCEBO. TRONCHON.

MENEMNO M.

Hágote saber, Tronchon, que la mayor alegría que sienten los navegantes, es cuando de lejos sobre las marítimas ondas descubren la tierra.

TRONCHON.

Y mayor si la tierra que descubren fuese suya.

Mas dime, señor, yo te soplico, ¿á qué respeto ó causa, habiendo rodeado todas las islas del mar, venimos á desembarcar á Valencia?

MENEMNO M.

Necio, ¿no sabes tú que voy buscando á mi hermano?

TRONCHON.

No sé cuando acabarás de llevarme de aqui para allá, y de Rodas á Poyatos. Seis años hace agora que andamos en busca de él.

MENEMNO M.

¿De qué te fatigas, asno?

TRONCHON.

Fatígome que si anduviéramos á buscar una aguja, en tanto tiempo la hobiéramos hallado. Dígolo porque pienso que buscamos á tu hermano entre los muertos.

MENEMNO M.

Pluguiese á Dios que hallase quien de cierto me dijese que está ya entre los muertos; pero entretanto que esto no supiere, no dejaré de buscarlo entre los vivos.

TRONCHON.

Sea como tú mandares, esclavo te soy, no puedo sino seguirte, pero no querria que nos detuviésemos mucho en Valencia.

MENEMNO M.

Ven acá, torpe, en una ciudad tan insigne y noble como esta ¿no será bien que nos detengamos mas que no en otra para considerar muy particularmente el regimiento de su república, la suntuosidad de los edificios, la riqueza de los templos, los trages de los caballeros y damas, y en fin otras mil cosas?

TRONCHON.

Tal es cual la pintas, y aun mejor, si no la gastasen tres erres como la gastan.

MENEMNO M.

¿De qué modo la gastan tres erres?

TRONCHON.

La primera es rameras, porque hay de ellas *magnam quantitatem.*

MENEMNO M.

¿Y la segunda?

TRONCHON.

La segunda renegadores, que reniegan y juran de Dios haciéndolo mil partes.

MENEMNO M.

¿La tercera?

TRONCHON.

La tercera regatones, porque hay tantos que no podeis poneros un bocado en la boca que no pase por tres ó cuatro manos. Y porque veo que la moneda se nos va apocando y la costa cresciendo, querria que saliésemos presto de esta ciudad.

MENEMNO M.

¿Qué? Dios hará merced.

TRONCHON.

Y entretanto échate á dormir. ¿No sabes tú que por el dinero baila el perro?

MENEMNO M.

¿De dónde diablos sacas tanta cosa como dices hoy, y otras veces eres tan necio?

TRONCHON.

Son lunadas que me toman.

MENEMNO M.

En verdad que lo creo, y hoy mas que nunca.

TRONCHON.

Volviendo á las rameras supradichas, has de saber que todas ellas tienen asalariados sus cabestreros.

MENEMNO M.

No hay quien te entienda hoy.

TRONCHON.

Los cabestreros son aquellos que por otro nombre son llamados alcahuetes.

MENEMNO M.

¿Pues qué nasce de ahí?

TRONCHON.

Sabrás que estos cabestreros tienen de costumbre de irse al Grau de Valencia, y si veen alguna nao recien venida, preguntan cómo se llama el patron y pasageros de ella, y aun en los mesones los extrangeros de arte.

MENEMNO M.

¿A qué fin todo eso?

TRONCHON.

Para que viéndolos por la ciudad, los llaman por sus propios nombres, porque piensen que los conocen, y asi los engañan.

ESCENA VI.

DOROTEA. MENEMNO, MANCEBO. TRONCHON.

DOROTEA.

¿Ce, señor?

MENEMNO M.

¿Qué es aquello, dí?

TRONCHON.

No sé: detengámonos.

DOROTEA.

¡Ah mi alma! ¡ah mi corazon! ¿Cómo no entras en esta casa que es mas tuya que mia?

MENEMNO M.

¿Con quién habla esta muger?

DOROTEA.

Con ti hablo, mi señor.

TRONCHON.

¿Cómo? ¿Quién es él?

DOROTEA.

Menemno: el *omnis homo* de mi casa.

TRONCHON.

No hay aqui ningun olmis olmo de tu casa.

DOROTEA.

Amigo, ¿quién te pone á do no te mandan? Yo con Menemno hablo, á quien conozco, y no contigo, que nunca te ví.

MENEMNO M.

Habla pues lo que quisieres.

DOROTEA.

Lo que quiero es que entres luego á comer, pues la comida que mandaste aparejar, está á punto ya.

MENEMNO M.

¿Qué comida ó qué bebida es esa?

DOROTEA.

La que tengo aparejada para tí y para mí.

MENEMNO M.

¿Para mí? Ojalá dijeses verdad.

DOROTEA.

Sí, para tí. Sino, entra, y verlo has.

MENEMNO M.

Señora, no burles de un hombre tan extrangero y no conoscido como yo.

TRONCHON.

Abre el ojo, que cabestrero anda por aqui.

DOROTEA.

Ea, señor Menemno, dejemos de eso y no sufras que ese burle de mí. Dí, ¿qué es de Talega?

TRONCHON.

Mirad si está informada ya de la talega de la ropa que viene en la nave.

MENEMNO M.

¿Por cuál talega ó saco pides?

DOROTEA.

Por el mozo de Casandro tu suegro, el cual vino contigo cuando me diste la saya que hurtaste á tu muger.

MENEMNO M.

Ni tengo muger, ni sé qué te dices, ni jamas estuve en esta ciudad hasta hoy que desembarqué de la nave.

DOROTEA.

¿De qué nave?

TRONCHON.

De una que es de tablas y madera.

DOROTEA.

Señor Menemno, por amor de mí que dejadas las burlas aparte, entres en casa, entretanto que voy á mirar los pollos que se asan demasiado.

MENEMNO M.

Oye, Tronchon, ¿no será pusilanimidad mia dejar de entrar allá?

TRONCHON.

No será sino sabieza dejar de entrar allá.

MENEMNO M.

Audaces fortuna juvat. ¿Qué me puede hacer una muger?

TRONCHON.

Segun tú eres bueno, lo menos que puede es dejarte sin blanca.

MENEMNO M.

Para eso buen remedio: toma la bolsa.

TRONCHON.

Daca. Pero mira que dice el refran que quien mucho se rasca, llaga se hace: por eso mira mucho el fin.

MENEMNO M.

Anda, que es de cobardes mirar mucho los fines. Entrar quiero, y ve tú al meson y despues vernás por acá.

TRONCHON.

A Dios te encomiendo.

MENEMNO M.

¡Ah señora mia!

DOROTEA.

¡Ah señor!

MENEMNO M.

Conozco haber errado en burlarme de tí; pero si lo hice fue por disimular con el esclavo que estaba conmigo.

DOROTEA.

¿Cómo? ¿De quién es el esclavo?

MENEMNO M.

De mi suegro, que no ha dos dias que lo compró.

DOROTEA.

Avisado paresce.

MENEMNO M.

Eslo cierto, y pues él no nos ve ni nos oye, entremos cuando mandares.

DOROTEA.

¿No quieres aguardar á Talega?

MENEMNO M.

Ni lo quiero aguardar, ni quiero que entre acá, porque estoy enojado con él.

DOROTEA.

Sea como tú mandares; empero, amor mio, quiero que me hagas una merced.

MENEMNO M.

No una sino ciento haré, por eso pide.

DOROTEA.

Que despues de comer lleves aquella saya que me diste á maestre Chillon el sastre, para que la desfigure y haga á mi voluntad.

MENEMNO M.

Avisada eres en todo, porque haciéndolo asi, ternás saya á tu medida, y no la conoscerá aquella maldita de mi muger.

DOROTEA.

¿Puedes llevarla cuando te fueres?

MENEMNO M.

¿Por qué no la tengo de llevar?

DOROTEA.

Entra, amor mio, y cierra esa puerta.

ESCENA VII.

CASANDRO. AUDACIA. TALEGA.

CASANDRO.

¿Dó estás, hija? Sal acá.

AUDACIA.

¿Qué mandas, señor padre?

CASANDRO.

Dias ha que deseaba decirte mi parescer, y lo he dilatado hasta que me dieses una ocasion para ello de tantas como me has dado para sentillo.

AUDACIA.

¿No te paresce que tengo razon, señor padre, de estar quejosa?

CASANDRO.

No, porque si cuando yo te casé con Menemno, no seguí el uso de este maldito tiempo que primero se habla de la hacienda y á la postre de la persona, fue la causa viendo las virtudes de mi criado y tu marido, que pienso no haberle dado tanto cuanto meresce.

AUDACIA.

Demasiado le diste.

CASANDRO.

Es verdad si tú fueras de otra suerte.

AUDACIA.

¿De qué suerte? ¿Soy alguna fea?

CASANDRO.

No, sino hermosa, y es lo peor que le dí.

AUDACIA.

¿Por qué?

CASANDRO.

Porque se ofresce á grandísimos trabajos el que casa con muger hermosa.

AUDACIA.

¿A qué trabajos siendo ella buena?

CASANDRO.

Oye. Lo primero se ofrece á sofrille su altivez y soberbia por ser hermosa como tú. Lo segundo, que por ser buena de su persona (cual tú te precias de serlo) le nasce, por no ser acompañada de humildad, una vanagloria insoportable de sufrir, y sin eso pretendeis todas las hermosas que cometen heregía vuestros maridos, si entienden en otro sino en daros placeres.

AUDACIA.

Tales los tenga quien mal me quiere, cuales mi marido me los da á mí.

CASANDRO.

Eres tú la causa de ello.

AUDACIA.

¿Yo? ¡Ay desdichada de mí! ¿Que él viva amancebado soy yo la causa?

CASANDRO.

Sí, en serle tan desdeñosa como lo eres, segun que yo por mis ojos lo he visto: que si te sigue le huyes,

si te sirve no lo estimas, si te ama lo aborreces, si te halaga le maldices, si te olvida lo infamas, y si te hace fiestas dices que te engaña.

AUDACIA.

En cuanto á eso no le debo nada.

CASANDRO.

Sí le debes, y mucho, porque las costumbres del marido han de ser leyes para la muger, y tú haces lo contrario.

AUDACIA.

Porque son malas sus costumbres, por eso las contradigo yo.

CASANDRO.

En tu mano está hacer que sean buenas.

AUDACIA.

¿De qué manera?

CASANDRO.

Con cinco yerbas que traigas contigo.

AUDACIA.

¿Dime qué yerbas son esas?

CASANDRO.

La primera que seas callada: la segunda que seas pacífica: la tercera que seas sufrida: la cuarta que seas honesta, y la quinta que seas retraida. Estas cinco yerbas, hija mia, son de tal propiedad, que las malas costumbres del marido convierten en buenas.

AUDACIA.

Asi podrian ser cincuenta, que á mi marido no le quitarán que no tenga una puta. Pero no quiero altercar mas contigo, que siendo mi padre abogas contra mí.

CASANDRO.

Ni es menester sino que mudemos de palabras y tú de condicion. Aquel que alli viene parece que sea Talega.

TALEGA.

¡Ah señor!

CASANDRO.

¿Qué hay de nuevo?

TALEGA.

Calzas, zapatos, sayos, camisas, en fin cuanto querrás comprarme.

CASANDRO.

Acabad ya de decir á lo que venís.

TALEGA.

Pues no me turbe su mercé. El señor Duarte manda..... No, no, sino que soplica á vuestra merced.

CASANDRO.

¿Qué me soplica, enalbardado?

TALEGA.

Que le ruega que perdone y que coma á su pracer con la señora, porque yo y.....

AUDACIA.

Siempre el ruin delantero.

TALEGA.

Tiene razon. Que el señor Menemno y yo quiere que manduquemos con él.

CASANDRO.

Bien está. Entremos, hija, y tú tambien.

TALEGA.

No yo. ¡Pésete á mal grado! Que me acusará contumacia la señora Doro..... El señor Duarte quise decir, si no voy á comer luego.

CASANDRO.

¿Qué es eso de la señora Doro? Entra, entra, que luego te irás.

ESCENA VIII.

MENEMNO, MANCEBO. DOROTEA. TALEGA.

MENEMNO M.

¡Oh inmortales dioses! Muchas gracias os hago porque habeis permitido que una ramera, que acostumbra de robar á los mancebos, me haya dado de su propia voluntad á comer y este diamante y saya. Bien sé que me ha tomado por otro, mas con todo eso no me acusa la conciencia para tornárselo por agora, por-

que dicen que quien hurta al ladron, &c. Buscar quiero á mi esclavo para reir con él de la burla, y gozar con él de estos putánicos despojos.

TALEGA.

Yo doy al diabro las preguntas, y á quien las inventó á las horas del comer. Sabia Casandro que soy convidado, y preguntábame mas cosas de su yerno que dias hay en longanizas, como si le habia yo de otorgar la verdad..... Mas ¡oh! helo allí. La saya es vuelta en su poder. Mal va esto: tormenta debe de correr entre él y la pelleja Dorotea. ¡Cuál sería que la comida se embarazase! ¡Ah Menemno!

MENEMNO M.

¿Qué quieres, amigo?

TALEGA.

¿Dó va la saya?

MENEMNO M.

No va, que yo la llevo.

TALEGA.

¿A dó por tu vida?

MENEMNO M.

A casa de maestre Chillon el sastre para que la adobe.

TALEGA.

Despues se hará eso, señor: vamos á comer primero.

MENEMNO M.

¿Qué diablo ha de ser esto con tantos convidadores como hay en esta ciudad?

TALEGA.

Yo no te convido, señor, antes tú me has convidado á mí.

MENEMNO M.

¿Adónde?

TALEGA.

En casa de Dorotea.

MENEMNO M.

¿Cómo te llamas?

TALEGA.

¿A la hora del comer cómo te llamas? Buena burla es esa.

MENEMNO M.

A fé que no burlo.

TALEGA.

Talega me llamo.

MENEMNO M.

¿Qué tú eres Talega?

TALEGA.

Al tiempo de vete allá, vete acá, no me desconoces como agora, si no te burlas.

MENEMNO M.

Que ni me burlo, ni te conozco. Ve con Dios.

TALEGA.

Una vez que en toda mi vida he sido convidado, salirme tan al revés por mal agüero lo tengo. Mas no quiero desconfiar sin primero hablar con Dorotea. ¿Quién está en su casa?

DOROTEA.

¿Quién llama?

TALEGA.

Talega soy, señora. ¿Qué es de mi amo Menemno? ¿Es venido á comer?

DOROTEA.

¿Cómo si es venido? Ya vino y se fue.

TALEGA.

¿Qué ya comió? ¡Mezquino de mí!

DOROTEA.

Ya comió. ¿Cómo no veniste?

TALEGA.

No me burle, señora, que me fino de hambre.

DOROTEA.

Que no me burlo.

TALEGA.

Oiga, señora Dorotea.

DOROTEA.

Ve con todos los diablos que no quiero oirte.

TALEGA.

¿Asi que desa manera se trata á Talega? ¡Oh Ta-

lega! ¡Talega! ¿quién te vido en el establo almohazando los caballos, harto de torreznos, y agora muerto de hambre por andar entre putas y rufianes? Mas para esta que yo haga de manera que le haga mal provecho á Dorotea la saya y á Menemno la comida, que yo lo diré á mi señora.

ESCENA IX.

MENEMNO, CASADO. DOROTEA. AUDACIA. TALEGA.

MENEMNO C.

No me acuerdo despues que naci estar sin comer á tal hora, especialmente siendo convidado; mas cáusalo tambien este diablo de Micer Duarte con ser tan prolijo en sus cuentas. ¿Pero qué es esto que Talega no vuelve de donde lo envié? Por ventura estará ya en casa de Dorotea. Quiero llegarme allá. La puerta veo cerrada. ¡Ola, aho! Abrid aqui.

DOROTEA.

¿A quién han de abrir?

MENEMNO C.

A tu cativo, señora mia.

DOROTEA.

¿Qué es esto, señor Menemno?

MENEMNO C.

¿Qué ha de ser?

DOROTEA.

¿Tan presto eres de vuelta? ¿Diste ya la saya á Chillon el sastre y el diamante al platero?

MENEMNO C.

¿Qué saya, qué diamante me has dado?

DOROTEA.

No te hagas de nuevas ni burles de mí, que la saya y el diamante que me diste, te dí.

MENEMNO C.

¿Para qué?

DOROTEA.

Para que lo hicieses adobar todo.

MENEMNO C.

¿Adónde me lo diste?

DOROTEA.

Aqui dentro con mis propias manos.

MENEMNO C.

¿Cuándo?

DOROTEA.

Cuando acabamos de comer tú y yo.

MENEMNO C.

Engañada vives.

DOROTEA.

Asi es la verdad, pues que burlas de mí.

MENEMNO C.

Digo que despues que te dí la saya no he puesto los pies en tu casa.

DOROTEA.

Buen disimular es ese, Menemno.

MENEMNO C.

No hay aqui ningun disimular.

DOROTEA.

¿Y cómo? ¿de esa manera te piensas alzar con la saya y el diamante? Pues para esta, que ó no seré yo Dorotea, ó tú me lo trairás todo perfumado.

MENEMNO C.

No me espanto de fieros de puta. ¿Qué, cerráisme las ventanas? Ábranse estas puertas.

AUDACIA.

Asi, qué rufian te has tornado, marido. ¿Pensabas que no te habia de tomar en el lazo? Nunca mi corazon me fue traidor.

MENEMNO C.

¡Oh señora muger! ¿y qué buscas por acá?

AUDACIA.

Agora me dice señora, y me pregunta qué busco.

MENEMNO C.

¿Pues á quién, á Talega?

TALEGA.

Yo no sé nada de la saya.

MENEMNO C.

Por mi vida que me digas á qué vienes.

AUDACIA.

Por la saya vengo.

MENEMNO C.

¿Por qué saya ó sayo?

AUDACIA.

Por la que me has hurtado, sin otras cosas, para dar á tu puta.

TALEGA.

Él es de ella, que no ella de él.

MENEMNO C.

¿No callareis vos, don bellaco?

TALEGA.

Tú haces las bellaquerías: no me cale hacer señas que calle.

MENEMNO C.

Por el dios Júpiter te juro, muger, que tales señas no he hecho; mas si no mirase que viene contigo, yo le castigaria.

AUDACIA.

Déjate de eso: daca la saya.

MENEMNO C.

¿Ha habido en casa algun desaguisado que asi vienes despavorida?

AUDACIA.

Palabras.

MENEMNO C.

¿Has habido quistion con tu padre?

TALEGA.

¡Cómo anda huyendo por no otorgar!

MENEMNO C.

¿No basta que hable ella, sino tú, bellaco?

TALEGA.

No, que yo por la comida lo he.

MENEMNO C.

¿Estás enojada contra mí por ventura?

AUDACIA.

¿Pues contra quién, don traidor?

MENEMNO C.

Dime la causa, que yo haré justicia de mí.

TALEGA.

¡Oh hideputa! *Jocantibus* gorgoreais: bien paresce que está la barriga llena.

MENEMNO C.

Calla, perro, si no por vida de la señora.....

TALEGA.

No callaré, pues comiste sin mí.

MENEMNO C.

Dí adónde, ahorcado.

TALEGA.

Ponte en medio, señora.

AUDACIA.

No me le toques. Dí adónde.

TALEGA.

En casa de la puta Dorotea.

MENEMNO C.

¿Yo? aun me vea comido vivo si hoy he comido bocado ni puesto los pies en su casa.

AUDACIA.

No lo niegues, que la verdad de todo me ha contado Talega.

MENEMNO C.

¿Qué le dijiste, puerco?

TALEGA.

No *sé*. *Dictum vel non dictum*, ya está dicho. Pregúntaselo á ella que te sabrá bien jabonar.

MENEMNO C.

¿Qué te dijo, señora mia?

AUDACIA.

¡Cómo haces del raposo! Díjome que me hurtaron de mi casa una saya.

MENEMNO C.

¿Cómo? ¿A tan buen recaudo la tenias?

AUDACIA.

¿Quién se podrá librar del ladron de casa?

MENEMNO C.

¿Quién es el ladron de casa?

AUDACIA.

Uno que se dice Menemno.

MENEMNO C.

¿Por ventura hay otro Menemno sino yo?

AUDACIA.

Mira, dame la saya, y no me hagas decir desatinos y tornarme loca.

TALEGA.

Ninguna muger se puede tornar loca.

MENEMNO C.

Ya tengo probado, señora muger, lo mucho que me amas y te debo. Si yo he fingido tener amistad con Dorotea, ha sido para ver si harias aquel sentimiento que las que mucho aman á sus maridos sue-

len hacer. La saya se la dejé para solamente sacar la invencion de ella, porque dijo que nunca tan gentil dama te ha visto, como cuando vas con aquella saya. Sosiégate por amor de mí, que yo la cobraré.

AUDACIA.

Creyera lo que dices si no creyese quien tú eres; mas pues te conozco por mis pecados muy conoscido, á otro can con ese hueso, y venga la saya y el diamante.

TALEGA.

Pues que Dorotea se contenta con las obras, conténtate tú con las palabras.

MENEMNO C.

Hasta que yo os muela á palos no callareis, don mazorral. Señora, ve con Dios, que no pararé hasta que seas servida.

AUDACIA.

Vamos, Talega, que razon es que mi padre sea informado de vuestras trapazas.

TALEGA.

Yo, no señora. *Audi aliam partem si vis recte judicare.*

AUDACIA.

¿Qué tengo de oir?

TALEGA.

Que harto le amonesté que no fuese tras putas, pues que le sobraba tenerte á tí.

AUDACIA.

Calla, mal criado, y anda allá, que tú y él entonces sereis buenos cuando la rana terná pelo.

TALEGA.

Crea, señora, que *col natura dat nemo negare putas.*

AUDACIA.

Entra, enhoramala con tus latines.

ESCENA X.

MENEMNO, MANCEBO. CASANDRO. AUDACIA. TALEGA.

MENEMNO M.

¿Qué es esto, que no puedo encontrar con mi esclavo Tronchon? Por cierto que lo hice como mal considerado en darle la bolsa de los dineros, que por ventura se habrá metido á jugar en algun bodegon; mas no será para tanto, segun es avariento. Mas yo ¿en qué tengo de parar con esta saya callejera que parezco pregonero? ¿Pero quién son estos que vienen medio riñendo? Quiero escuchar qué pendencias traen consigo.

AUDACIA.

¿Cómo se puede sufrir, señor padre, que esté yo casada con un tan mal hombre como este?

CASANDRO.

Descásate pues.

AUDACIA.

¡Ojalá! y costáseme un dedo de la mano.

TALEGA.

Eso *non potest fieri*, señor, porque *col Deus conjungit homo non sepalat.*

CASANDRO.

Calla, chismero, que no se dice por tanto.

TALEGA.

Sí, callad, estando muerto de hambre.

CASANDRO.

¿De qué te quejas de tu marido?

AUDACIA.

Quéjome de que me hurta el oro, sayas y cuanto tengo para dar á rameras.

CASANDRO.

Si él eso hace, lo hace muy mal; y si no, tú lo haces peor en levantarle falso testimonio.

AUDACIA.

Que no es sino verdadero. Helo do viene. ¡Desvergonzado! ¿No tienes vergüenza de parescer delante de mí con ese vestido?

MENEMNO M.

Muger honrada ¿con quién piensas hablar?

AUDACIA.

Con uno que meresce estar en la horca.

MENEMNO M.

Porque sois hermosa, no seais atrevida.

CASANDRO.

Aparta, hija. Menemno, ven acá. Dime, ¿qué rencillas son estas que tienes con tu muger?

MENEMNO M.

Padre honrado, ni te conozco, ni tengo muger, ni jamas fui casado.

AUDACIA.

¿Negarás, bellaco, que eres mi marido?

MENEMNO M.

Porque sé que hablas con pasion, y porque veo que me tomas por otro, responderé con paciencia, diciendo que ni soy tu marido, ni eres mi muger.

TALEGA.

Cásate, señora, conmigo, y váyase él con todos los diablos el traga pollos.

AUDACIA.

Quítate de ahí, asno. Dime, ¿no es esa la saya que me hurtaste y prometiste devolver?

MENEMNO M.

Habla cortesmente, que nunca fui ladron, ni jamas me precié de hacer cosa fea.

TALEGA.

Eso sí, Menemno, negar á pie juntillas.

MENEMNO M.

¿De dónde me conosces y sabes mi nombre?

TALEGA.

¿Mas de dónde desconoces tú á Talega?

MENEMNO M.

De nunca haberlo conoscido.

TALEGA.

¿No tomaste tú esta saya á tu muger y la diste delante de mí á tu puta?

MENEMNO M.

No seas mal criado, si no el diablo será.

AUDACIA.

Señor padre, ¿esta no es mi saya, y este no es mi marido Menemno?

CASANDRO.

Ella es tu saya, y él es tu marido.

MENEMNO M.

De todo eso no tengo sino el nombre.

CASANDRO.

Ven acá, Menemno: veamos si negarás esto. ¿Tú no moras en aquella casa frontera?

MENEMNO M.

Plegue á Dios que si yo en ella jamas entré, que dentro en los infiernos more.

CASANDRO.

Sin duda que se ha tornado loco.

MENEMNO M.

Pues estos dicen que soy loco, mejor será fingir locuras por echarlos de mí.

AUDACIA.

Bien dices, señor padre; ¿no vees qué boca abre? parece que me quiere comer.

MENEMNO M.

El dios Apolo me manda que queme los ojos á esta muger con lámparas ardiendo.

TALEGA.

La paz de Dios descienda sobre ti y sobre mosotros, amen.

MENEMNO M.

Sí, sí, Apolo, yo haré lo que mandas, que á esta muger y á Talega les dé con esta mi espada mil cuchilladas.

TALEGA.

Señora, huigamos de aqui, que tengo miedo que ni tú tengas Talega ni yo señora.

CASANDRO.

Bien dice: id á casa los dos porque no haga en vosotros algun desatino; pero mira, Talega, que vayas en un salto á llamar al médico Averrois para ver si dará algun remedio á este loco.

TALEGA.

Sí haré, señor.

MENEMNO M.

Ya te entiendo, Apolo, que quieres que desmenuce los huesos de este viejo con su bordon.

CASANDRO.

Caro te costará si tú á mí te allegas.

MENEMNO M.

¿Qué dices? ¿Que tome una azuela con la cual acepille las carnes de este mal viejo?

CASANDRO.

Mal te dé Dios: mejor me será huir de este, porque el loco y el buey se han de mirar de lejos.

MENEMNO M.

Muchas cosas me has mandado, Apolo, ¿y agora de nuevo quieres que vaya con ímpetu y mate á este viejo?

CASANDRO.

¡Oh cruel enfermedad! No estoy mas aqui. Quiero llamar al médico.

MENEMNO M.

¡Cuán á cuenta me ha venido hacer del loco! Mas ¿cuál fuera que esta señora me rescibiera en su cama creyendo que era su marido, como la otra en la mesa, tomándome por su amigo? Yo lo hiciera cierto, segun ella es hermosa, si no se aventurára mas que aventuré con la otra, porque á la ramera quitéle lo que ella hurtó, y yo le puedo tornar tres doblado; mas á la casada, en este caso quitárale la honra, que quitada no se la pudiera tornar. En fin quiero huir de pueblo donde tantas cosas en tan poco tiempo me han acontecido: y si viniere el viejo, no le digan por cuál de estas dos calles me fui.

ESCENA XI.

MENEMNO, CASADO. CASANDRO. AVERROIS. LAZARILLO.

MENEMNO C.

Dia triste y de aciago ha sido este para mí, pues todo lo que pensaba hacer muy secreto, me ha echado en público aquel bellaco de Talega; pero á fé que no se reirá de ello. Tambien esotra bellaca al fin hízolo como ramera, que por mas que le rogué que me diese la saya con propósito de darle otra mejor, está en sus trece que ya me la dió. ¡Desdichado de mí! No sé qué me haga. ¿Qué es aquello?

AVERROIS.

Camina, Lazarillo.

LAZARILLO.

Ya camino, *Domine*.

AVERROIS.

Eso sí, siempre que podrás hablar algun latin congrio ó no congrio, no lo dejes de hablar, que yo te haré gran persona. Dí, *quid est necessitas?*

LAZARILLO.

La necesaria, señor.

AVERROIS.

No solamente respondiste como gramático, mas como excelente filósofo, porque aquella cosa es puramente necesaria, adonde echamos aquello que si no lo echásemos moriríamos.

LAZARILLO.

Verum est.

AVERROIS.

Bona salus, señor Casandro.

CASANDRO.

Sea bien venido, señor doctor. Escuchado he la plática que has pasado con tu criado, y he holgado en oir sus agudezas.

AVERROIS.

Es el mas agudo rapaz del mundo, y es hermano de Lazarillo de Tormes, el que tuvo trescientos y cincuenta amos.

CASANDRO.

¿Cuánto ha que está contigo?

AVERROIS.

No ha mas de medio año, y sabe ya todos los nominativos, conjugaciones y cuarto libro de coro, y hablará todo un dia latin tan bien como yo, sin que le entiendan palabra.

CASANDRO.

Bien lo creo: ¿mas cómo te has detenido tanto?

AVERROIS.

He curado una pierna al dios Esculapio, y he concertado un brazo á Baco, que los dos habiendo tastado ciertos vinos en la isla de Candía, dieron consigo por una escalera abajo.

CASANDRO.

De manera que tambien eres médico de los dioses como de los hombres.

LAZARILLO.

Ita, Domine.

AVERROIS.

¡Oh qué *ita Domine* tan regalado! ¿Qué te parece, señor Casandro?

CASANDRO.

Muy bien, pero vengamos al caso. Has de saber que Menemno mi yerno está doliente, y pienso que es de alguna imaginacion diabólica que habrá entrado en su entendimiento.

AVERROIS.

Eso verná de algunos enojos rescebidos con mugeres.

CASANDRO.

A la letra es ese su mal, señor doctor.

AVERROIS.

Has de saber, señor, que Hipócrates, Galeno y Avicena *et omnia schola medicorum* ponen ciento y cincuenta remedios para ese mal. El primero es.....

CASANDRO.

Ce, silencio: he alli á Menemno.

AVERROIS.

Juntémonos los dos.

CASANDRO.

Sea ansi. Menemno, hijo, ¿qué es de la saya?

MENEMNO C.

¿Qué saya, señor?

CASANDRO.

La que tenias agora.

MENEMNO C.

¡Oh dioses inmortales! ¿y qué será esto?

CASANDRO.

¿No oyes lo que dice?

AVERROIS.

Ya veo que invoca los dioses.

CASANDRO.

¿Qué esperas? Haz tu oficio, maestro.

LAZARILLO.

¿Qué quiere decir maestro? *Domine Doctor, Domine Doctor* acostumbran de llamarle.

CASANDRO.

Calla, rapaz, no seas tan reagudo.

AVERROIS.

Menemno, dame esa mano. No pasees tanto, no pasees tanto, pecador de mí, que es malo eso para tu enfermedad.

MENEMNO C.

¿Qué enfermedad? Vete enhoramala.

AVERROIS.

¿Veis cómo desvaría? Escucha y verás que le hago unas preguntas tan profundísimas que bastan á tornar un hombre de cuerdo loco, y otras para tornarle de loco cuerdo: *et operibus credite.*

CASANDRO.

Pues acabemos ya.

AVERROIS.

Hijo Menemno, sosiégate. Dime, ¿sientes alguna cosa?

MENEMNO C.

¿Soy por ventura insensible, que no tengo de sentir?

AVERROIS.

Ya lo decia yo, que no podias estar sin sentir. Dime, ¿qué vino bebes, blanco ó tinto?

MENEMNO C.

Vete á la horca tú y tus preguntas.

CASANDRO.

Ya comienza á enloquecer.

AVERROIS.

¿Qué te tengo dicho, señor?

MENEMNO C.

Mas pregúntame si como el pan colorado ó verde, ó aves con escama y peces con pluma.

CASANDRO.

Maestro ¿no vees qué locuras se le sueltan? ¿Por qué no le das remedio?

AVERROIS.

Espera: preguntalle he otras cosas.

CASANDRO.

Pregunta cuantas quisieres.

AVERROIS.

Menemno, dime, ¿suélensete algunas veces endurecer los ojos?

MENEMNO C.

¡Qué diablos! ¿Soy de género de laugosta?

AVERROIS.

Ya sé que blandos los has de tener. Burlábame contigo. Esté atento, señor, que agora vienen las preguntas para volverle en todo su seso. Dime, Menemno, ¿sientes algunas veces que te rugen las tripas?

MENEMNO C.

Cuando estoy harto, no; mas agora sí, que estoy hambriento, y con gana de comer.

AVERROIS.

Dí, ¿duermes los ojos cerrados?

MENEMNO C.

Como tú, velando, abiertos.

CASANDRO.

Agora cuerdamente respondió.

AVERROIS.

Pues cátatelo ahí sano, señór.

CASANDRO.

No está agora tan loco como cuando amenazaba á su muger con fuego.

AVERROIS.

¿Habíalo de estar? Duelos me dé Dios.

MENEMNO C.

¿A quién dices que amenazaba yo?

CASANDRO.

¿No te acuerdas cuando á mí y á tu muger nos querias matar?

MENEMNO C.

¿Yo matar á quien tanto deseo la vida?

AVERROIS.

Pecador de mí, señor. ¿Quiéres echarme á perder? ¿Téngole medio curado y estás contendiendo con él? Ven acá, Menemno, hablemos aparte tú y yo. Has de saber que nosotros somos los locos, que tú demasiado seso tienes. Tú, rapaz, no es aún tiempo que sepas estos secretos de medicina. Apártate allá.

LAZARILLO.

Recuérdate digo yo de los *quinquaginta cruciatos auri.*

AVERROIS.

¡Oh! sí señor. Téngalos á punto que son mucho menester, porque tengo de hacer con ellos en mi casa un cierto cocimiento con cincuenta maneras de yerbas, para cada cruzado una, traidas de la ínsula fortunada, y despues de todas hacer un emplastro por ciertos puntos de astrología, y despues ponérselo en los pies para fortificar la cabeza.

CASANDRO.

Abreviemos, que ya está á punto todo.

AVERROIS.

Bene dixisti. Oye, Menemno. Tú has de saber que conozco muy bien que si tu entendimiento está algo alterado, es por algun enojo que has habido.

MENEMNO C.

Dices la verdad.

AVERROIS.

Hora pues por hacer placer á mí y acreditar mi medicina y no enojar á tu suegro, haz todo lo que yo te dijere.

MENEMNO C.

Soy contentísimo.

AVERROIS.

Si lo haces, yo te prometo de partir contigo los cincuenta cruzados, porque tú ni has menester medicina, ni yo la entiendo mas que esa pared.

MENEMNO C.

Pero haz de manera, maestro, que me lleven en todo caso á tu casa.

LAZARILLO.

Bien dices, porque alli haremos buena gira y beberemos *autant.*

AVERROIS.

Decir yo, señor Casandro, que está Menemno del todo sano, no diria verdad; pero helo traido á punto de hacer que me sea en todo obedientísimo.

CASANDRO.

Veamos.

AVERROIS.

Menemno.

MENEMNO C.

¿Qué mandas, señor Doctor?

AVERROIS.

Alza el brazo derecho. ¿No puedes mas?

MENEMNO C.

No señor.

AVERROIS.

Agora da una vuelta en derredor. ¿No ves, señor? Por la doctrina del grande Hipócrates te juro que si quiero, te lo convertiré en nabo. Échate de esa ventana abajo.

MENEMNO C.

¿Qué es de la ventana?

AVERROIS.

Está quedo, loco, no te muevas. Aprende, rapaz, estos medicinales puntos. Agora, Menemno, dame esa espada.

CASANDRO.

Agora vas bien: eso me contenta.

AVERROIS.

Coge asi los brazos.

MENEMNO C.

Ya estan cogidos. ¿Qué es lo que haces?

AVERROIS.

Súfrete, que por tu bien se hace que estés atado un poco con este cordel, porque asi dice Avicena que se debe hacer.

LAZARILLO.

In quarta et sexta ad finem.

AVERROIS.

¡Oh cómo acotaste bien, rapaz! Es menester, señor Casandro, que de esta manera atado lo lleven á mi casa, porque alli con aquel emplastro aureo te lo daré sano en tres dias.

CASANDRO.

Antes ha de ir así como está á la casa de los locos, porque aquella es su propia morada. Vaya, vaya presto.

MENEMNO C.

¡Oh ciudadanos! ¡Oh amigos mios! Socorredme, que me llevan contra mi voluntad acusado falsamente.

ESCENA XII.

MENEMNO, CASADO. CASANDRO. AVERROIS. LAZARILLO. TRONCHON, Y DESPUES MENEMNO, MANCEBO.

TRONCHON.

¡Oh Dioses inmortales! ¿qué es lo que con mis ojos veo? No sé por qué causa llevan aquellos á mi amo forzosamente.

CASANDRO.

Averrois, ayúdame. ¿En qué piensas?

TRONCHON.

Menemno.

MENEMNO C.

¡Oh amigo! No consientas que se me haga tamaña afrenta.

TRONCHON.

¿Por qué llevais asi á este gentil hombre?

CASANDRO.

Porque es loco.

TRONCHON.

¿Quién dice tan gran maldad?

CASANDRO.

Este médico.

TRONCHON.

Asosegaos que no es loco.

CASANDRO.

Si no, ¿qué mal tiene?

TRONCHON.

Está asombrado y endemoniado.

AVERROIS.

¿Endemoniado? Arriedro vaya Satanás.

CASANDRO.

Di, Doctor, ¿cómo no le conociste el mal?

AVERROIS.

Sé que yo, señor, nunca fui Doctor en diablos, pero veamos este lo que sabe.

CASANDRO.

¿Qué remedio darás tú?

TRONCHON.

Muy grande. Quiero hablarle al oido para ver si es de los demonios secretos. Mira, Menemno, si quieres librarte de estos tus enemigos, yo te daré una espada entre manos.

MENEMNO C.

Ya la querria tener.

TRONCHON.

De los demonios públicos es: á voces quiero hablarle. Yo te mando de parte de Dios que te vayas á los infiernos sin dañar ni atormentar á este hombre.

MENEMNO C.

No saldré si primero no veo la cruz, ó señal della.

CASANDRO.

¡Oh pobre mancebo! Bendito seas tú, Dios. ¡Oh cruel mancilla!

TRONCHON.

¿No hay por aqui una cruz? Mostradme esa espada que tanto montará como cruz.

AVERROIS.

Déjasela, Lazarillo.

TRONCHON.

Besa, ladron, y abrázate con ella.

MENEMNO C.

¿Asi que como loco me llevábades? Aguardad un poquito, perros traidores.

AVERROIS.

A huir, señor Casandro, que soltádose ha.

MENEMNO C.

Id con la maldicion, bellacos.

TRONCHON.

¿Qué te parece, señor, con qué astucia te he librado de esta gente?

MENEMNO C.

Mas te debo que á cuantos hombres hay en el mundo: por eso mira lo que yo podré hacer por ti.

TRONCHON.

Que me hagas libre te pido.

MENEMNO C.

¿Por ventura eres tú mi esclavo para que te haga libre, ó conózcote yo?

TRONCHON.

No quiero entrar en si me conoces ó no, sino que me des por libre.

MENEMNO C.

Digo que te doy por libre, y que te tengo en cuenta de hermano.

TRONCHON.

Quiero ir agora al meson, y traerte he la bolsa de los dineros y las piezas de plata que me encomendaste.

MENEMNO C.

Anda, que aqui te espero. Cosas maravillosas me han acontecido hoy. Dorotea me dió á entender que habia comido con ella, y que me dió la saya y el diamante. Mi suegro y este borracho de médico que estoy loco, y este agora que soy su amo y que me traerá los dineros y la plata. Esperar quiero y ver en qué para esto.

MENEMNO M.

Dios te guarde, gentil hombre.

MENEMNO C.

Asi haga á ti.

MENEMNO M.

¿Habitas en esta tierra?

MENEMNO C.

Sí habito, hartos años ha.

MENEMNO M.

¿Por ventura sabríasme dar razon de un esclavo extrangero?

MENEMNO C.

Si no das otras señas, es preguntar por Mahoma en Granada.

TRONCHON.

¡Ah! señor Menemno.

MENEMNO C. Y M.

¿Qué quieres?

TRONCHON.

Qué, ¿dos amos tengo yo?

MENEMNO C. Y M.

No sino uno.

TRONCHON.

¿Quién es ese uno?

MENEMNO C. Y M.

Yo soy.

TRONCHON.

¿Qué quiere decir yo soy? Esperad, ¿quién ha de rescebir esta plata?

MENEMNO C. Y M.

Yo.

TRONCHON.

Válame Dios ¿y qué será esto? ¿A cuál de los dos libré yo cuando lo llevaban atado como loco?

MENEMNO C.

A mí.

TRONCHON.

Pues tú eres mi amo, y habrás la plata, y él que perdone.

MENEMNO M.

¿Tórnaste loco, Tronchon? ¿Y cómo no te acuerdas que veniste hoy conmigo de la nave?

TRONCHON.

Por cierto que tienes razon. Tú busca mozo, que este es mi amo.

MENEMNO C.

¿Dó vas, desconocido? ¿Yo no soy quien te ha hecho franco en este lugar?

TRONCHON.

Por cierto, sí, tú eres mi amo y mi señor.

MENEMNO M.

Ven acá, desmemoriado, ¿no te acuerdas que cuando quise entrar en casa de la ramera te encomendé la bolsa con los dineros?

TRONCHON.

Tú sin duda eres mi amo Menemno.

MENEMNO C.

Tambien yo me llamo Menemno.

MENEMNO M.

¿Tú Menemno?

MENEMNO C.

Sí, yo Menemno, y mi padre Menemno.

TRONCHON.

¿Cuál sería, que fuese este quien buscamos tanto ha?

MENEMNO M.

¿Eres natural de esta tierra?

MENEMNO C.

No, sino de Sevilla.

MENEMNO M.

¿Acuérdaste algo de allá?

MENEMNO C.

Acuérdome que siendo yo de quince años nos embarcamos mi padre y yo en una nave para las partes de levante.

MENEMNO M.

Dime, y no rescibas pesadumbre, ¿cuántos hijos tuvo tu padre?

MENEMNO C.

No mas de dos.

MENEMNO M.

¿Cuál era el mayor?

MENEMNO C.

Ninguno.

MENEMNO M.

¿Cómo pudo ser eso?

MENEMNO C.

Porque nacimos de un mismo parto.

MENEMNO M.

¿Llamásteisos entrambos Menemnos?

MENEMNO C.

No, que el otro se decia Claudio.

MENEMNO M.

Pues yo soy ese Claudio.

MENEMNO C.

¿Tú? ¡Oh hermano mio! Claudio, seas muy bien venido.

MENEMNO M.

Y tú muy bien hallado, hermano Menemno.

MENEMNO C.

Dime, hermano, ¿quién te mudó el nombre de Claudio en Menemno?

MENEMNO M.

Has de saber que como nos vinieron nuevas que mi padre y tú érades muertos, luego nuestra madre (que en gloria sea) por el amor que tenia á nuestro padre y á ti, me mudó el nombre de Claudio en Menemno.

ESCENA ULTIMA.

MENEMNO, CASADO. MENEMNO, MANCEBO. TRONCHON. AUDACIA. TALEGA.

AUDACIA.

¿Es verdad eso que me cuentas, Talega?

TALEGA.

¡Toma si es verdad! ¡Vieras huir á Casandro tu padre y al faldudo de Maestre Averrois mas ligeros que gamos!

AUDACIA.

¿Y á Menemno á do lo podria yo hallar agora para meterlo secretamente en casa?

TALEGA.

¿Qué me sé yo? Dios se lo perdone á vuestra merced, y á mí tambien, porque al principio se podia excusar todo esto. Albricias, albricias, señora, albricias.

AUDACIA.

¿Qué has, inocente? ¿De qué te tengo de dar albricias?

TALEGA.

¡Oh señora! que en lugar de un Menemno tienes dos Menemnos, y en lugar de un marido dos maridos. Cátalos alli.

AUDACIA.

La verdad dice. ¡Qué es esto, Dios mio!

MENEMNO C.

No te aflijas, señora, que yo soy tu marido, y alégrate, que este gentil hombre que vees tan semejante á mí, es mi hermano, que ha mucho tiempo que anda en busca mia.

AUDACIA.

¿Tu hermano? Abrazarle quiero por cierto.

TRONCHON.

Sin duda que la ramera te tomó por el señor tu hermano.

MENEMNO C.

¿Qué es eso de la ramera?

MENEMNO M.

Has de saber que una ramera tomándome por ti me convidó á comer, y despues me dió una saya y un diamante.

TALEGA.

En fin, señor, que sobre vos vino el *comedentes,* y *super nos* el *gementes et flentes.*

MENEMNO C.

Has de saber, señor hermano, qu'esa comida yo la ordené para mí á Talega, y dí la saya.

AUDACIA.

¿Otorgais, otorgais, don ladron?

MENEMNO C.

Es la verdad que yo te la hurté para darla á Dorotea.

MENEMNO M.

No recibas pena, señora, qu'él lo hará muy mejor de aqui adelante, y la saya y diamante está en mi poder con otras joyas muchas que traigo para servirte con ellas.

AUDACIA.

En verte, señor hermano, se me ha quitado todo el enojo que tenia.

MENEMNO C.

Señor hermano, yo prometí de hacer libre á Tronchon.

MENEMNO M.

Desde agora le doy por libre para siempre.

AUDACIA.

Sus, señores, entremos dentro, porque alcance mi padre de este placer y alegría.

TALEGA.

¡Oh! ¿qué haremos de comer?

MENEMNO C.

Entremos cantando.

CANCION.

Enhorabuena vengais vos,
hermano mio,
pues á pesares hoy entre nos
dais desvío.



